

Hugo Fernández Panconi

La melga y la estrella

Apuntes sobre la dependencia simbólica



ediciones
capiangos

PERONISMO MILITANTE

Niño
capiangos
2014

Fernández Panconi, Hugo

La melga y la estrella : apuntes sobre la dependencia simbólica . - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capiangos Peronismo Militante, 2014.
176 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-987-45628-0-7

1. Relatos. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 25/09/2014

Ilustración de tapa:

Juan Manuel Núñez Lencinas

Foto:

Candela Fernández

Diseño de cubierta y diagramación:

Sol Moyano

Todos los derechos reservados

1ª edición: octubre de 2014

3.000 ejemplares

ISBN 978-987-45628-0-7

Impreso en

.....

en el mes de octubre de 2014

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en Argentina

Con este libro, la Organización Peronismo Militante comienza la que, esperamos, sea una larga serie de publicaciones de compañeros aportando a la causa nacional y popular.

Estamos convencidos de que la batalla central es cultural. El gran poeta cubano, José Martí, lo dijo a su modo, que hacemos propio:

De pensamiento es la guerra mayor que se nos hace: ganémosla a pensamiento.

Centrados en una concepción humanista, daremos esa batalla y la ganaremos “a pensamiento”, pero fundándolo en el corazón americano que late desde nuestra historia señalando el ritmo de nuestro futuro. Porque no hay nación argentina sin Patria Grande y no hay pensamiento digno si no parte desde el corazón, única manera de concebir una doctrina destinada a la Justicia Social, el más elevado de todos los objetivos políticos.

Hugo Fernández Panconi

La melga y la estrella

Apuntes sobre la dependencia simbólica

*“Debe trazar bien su melga
Quien se tenga por cantor
Porque sólo el impostor
Se acomoda en toda huella
Que siga una sola estrella
Quien quiera ser sembrador”*

Atahualpa Yupanqui
“Coplas del payador perseguido”

Introducción

Los escritos aquí reunidos han logrado forma de libro gracias a la porfiada tozudez del Gallego Fernández y a los compañeros del Frente de Arte del Peronismo Militante. Son resultado de un recorrido personal que registra vivencias y reflexiones cuya mayor pretensión o finalidad es la de despertar o avivar, según sea el caso, la discusión sobre los efectos de la penetración cultural en nuestra cotidianeidad.

También –ya que estamos, y va de suyo– bregar a favor del nacionalismo cultural, sumándome a los que, aun en desventaja, hicieron y hacen todo lo posible para rescatarlo del ridículo al que lo condenaron las instancias formadoras y legitimadoras de opinión del establishment; para que la mezcla hispano-originaria-africano-gringa que funda nuestra identidad cultural siga aportando al mundo sus particularidades y sobreviva al impulso homogeneizante del imperialismo económico y cultural.

He abordado desde lo vivencial tópicos como: trabajo, instrucción escolar, mercado cultural, identidad y perte-

nencia, para reflexionar e intentar producir pensamiento, en la inteligencia de que es la experiencia de vivir lo que nutre a la expresión popular, antes que cualquier saber técnico o específico, y es, por tanto, el lugar natural donde sus cultores crean lazos de filiación e identificación simbólica con el pueblo.

Muchos compañeros de ruta que han realizado aportes claves para el lento y profundo aprendizaje que uno intenta desarrollar aparecen en estos relatos. A todos ellos, y a los que aún permanecen en el tintero, mi profunda y sincera gratitud.

Un reconocimiento especial al “consultor” personal, Sergio Lobo, al corrector y prologuista, Juan Cruz Cabral, y a mi “lectora de pruebas”, Denise Fernández.

Afectuosamente.

H. F. Panconi

Prolegómeno*

De cómo el autor reflexiona sobre lo popular

Como tomando distancia de sí mismo, Hugo Fernández Panconi comienza este libro con un relato en tercera persona, pero en donde el personaje protagonista es él. En este único cuento visto desde tal (supuesta) distancia nos enteramos de que Fernández Panconi se convierte, ya de pequeño, en “un personaje”, el más joven del barrio. Sólo al final del libro –excepto que lea este prólogo– verá el lector que se trata casi de un condicionamiento de origen. Resulta que Villa Atuel “**es así: de personajes**”... Y Panconi, claro, es villatuelino.

En todos los relatos –incluso en “**Fernández S.A.**”, aquel primero– “el Panco” está inmerso en los hechos y comprometido con los dichos. Será que así es este narrador.

* Seguimos aquí las dos acepciones de la Real Academia Española. Prolegómeno: 1) Tratado que se pone al principio de una obra o escrito, para establecer los fundamentos generales de la materia que se ha de tratar después. 2) Preparación, introducción excesiva o innecesaria de algo.

Y será que su manera de “pensar situado”, como quería Rodolfo Kusch, lo ha llevado a recorrer un camino desde su infancia –esa patria de cada hombre y cada mujer, donde se arraiga la propia vida– con un cielo de estrellas entre nubes, visto desde la ventanilla de un camión amarillo, hasta las profundidades del pensamiento nacional acerca de lo popular.

Mezcla rara de Museta y de Mimí, este primer libro de Hugo Fernández Panconi intercala el cuento con el ensayo. Así va acercándose del poblado a “lo popular”, para cerrar el círculo con un regreso rotundo al pueblo, en un cogollo cuyano.

Los ensayos precisan los relatos, en un doble sentido: porque los necesitan para, de algún modo, extraer de ellos sus premisas y porque afilan sus derivaciones reflexivas.

Finalmente, como se ha dicho, cuando en “**El pueblo desde el bar de Ramos**”, por boca de Don Marcos, Fernández Panconi nos ratifique tácitamente que él mismo es un personaje, confirmaremos, a la pasada, que su pensamiento ha sido “de pueblo”, primero, para ser luego un pensamiento sobre lo popular. Y, así, volverá a la tierra nuestra propia reflexión, enraizada luego de haberse entremezclado con los relatos de un observador profundo.

Del Nacionalismo Cultural

En 1973, Juan Domingo Perón da tal relevancia a la necesidad de enarbolar un “*nacionalismo cultural*”, que justifica el agregado de este principio como Cuarta Bandera peronista, a ser sumada a las tres históricas de Justicia So-

cial, Soberanía Política e Independencia Económica.

Para entonces, ya estaba sobre la mesa una de las cartas más fuertes del imperialismo: la infernal maquinaria de reproducción cultural para las masas. En su “Modelo argentino para el Proyecto Nacional”, Perón nos dice:

“El proceso argentino de las últimas décadas evidencia un creciente desarrollo de la penetración cultural. La consolidación de una cultura nacional se ha enfrentado con el serio obstáculo de la reiterada importación de determinaciones culturales ajenas a la historia de nuestro Pueblo.”¹

Durante el siglo XIX fue la oligarquía la que —a través de su adscripción lisa y llana a los postulados librescos emanados desde los “países centrales”— vehiculizó la ideología colonial para consumo de la periferia, ideología que en principio encarnaría en las élites pero que se intentaría inculcar a las masas, con éxito dispar, mediante las instituciones educativas.

Pero el surgimiento de las industrias audiovisuales y del *entertainment* posibilitaría, ya no a través del libro sino por medio de la televisión, el cine y el disco, acercar la producción cultural a todos los hogares de todo el mundo, de un modo capaz de producir “colonización cultural” masivamente sin necesidad siquiera de recurrir a la inestimable ayuda de la escuela o como etapa superior de colonización, simultánea y posterior a la educación formal. Paulatinamente más y más hogares accederían a determinados

¹ Perón, Juan Domingo: “Modelo argentino para el Proyecto Nacional”; Obras Completas, Tomo 25, pg. 381 (Editorial Docencia, 2002).

contenidos. Tras las masacres interimperialistas llamadas “Guerras Mundiales”, esos contenidos serían principalmente estadounidenses, expresando, primero, la esfera de influencia asignada a nuestro país en el reparto imperial de Yalta y, luego, el surgimiento de la “unipolaridad” posterior a la implosión de la Unión Soviética.

“Dos han sido los fundamentales agentes desencadenantes de tal penetración (cultural):

“En primer lugar, la desaprensiva –o interesada– utilización de los medios de comunicación masivos como eficaces factores del vasallaje cultural.”²

“El segundo factor desencadenante del colonialismo cultural tiene su origen en la vocación elitista y extranjerizante de diferentes sectores de la cultura argentina.

“Pese a enarbolar distintos fundamentos ideológicos, tales sectores se han unido en la actitud expectante y reverente respecto de la “civilización” encarnada por pautas culturales siempre externas a nuestra Patria (...)”³

La referencia que hace Perón a los “distintos fundamentos ideológicos” de los “diferentes sectores” de nuestra cultura (nótese que la llama “argentina”, y no “nacional”) que comparten un complejo de inferioridad frente a lo extranjero –que debe precisarse como europeo y/o yanqui– nos remite no sólo a la autodenigración originada por el precepto sarmientino de “civilización” europea contrapuesta a “barbarie” americana (el educador-degollador no la filiaba

² Ibidem, pg. 381.

³ Ibid., pg. 382.

simplemente “argentina”), sino, también, al resultado de décadas de institucionalización de una mentalidad colonizada: ninguna producción cultural, ideológica ni académica merecería ser convalidada mientras no se fundara en los sabios preceptos (“pautas culturales”, dice Perón) irradiados por la incontrastable civilización dominante.

El problema es que los Estados Unidos y la Europa producen, naturalmente, desde perspectivas propias. Las virtudes y miserias de su cultura popular y académica surgen de su realidad y están destinadas a reproducirla, conservarla o modificarla, pero difícilmente contengan respuestas a las necesidades de los países periféricos, sean coloniales o semicoloniales. Peor aun, probablemente –y suele ser así– la difusión de esa producción simbólica esté destinada a consolidar la dominación, máxime teniendo en cuenta que los aparatos culturales suelen estar primordialmente en manos de clases y sectores que usufructúan la dependencia en alianza espuria con el imperialismo de turno. Esos actores sociales beneficiarios de la dependencia y poseedores de los medios de reproducción simbólica harán lo imposible por evitar el surgimiento de ideas o realizaciones artísticas que cuestionen seriamente el *statu quo* de la dominación. Sobre todo allí donde la dominación cultural sustituye a la de las armas, es decir, en las semicolonias:

“Si en la colonia de Kenya la policía reemplaza a Eliot, en la vieja semicolonia de la Argentina, Eliot debe suplantar a la policía colonial en el sistemático intento imperialista de sofocar la aparición de una conciencia nacional, punto de arranque y clave de toda cultura.

“En la medida que la «colonización pedagógica» no se ha realizado (según la feliz expresión de Spranger, otro imperialista alemán), sólo predomina en la colonia el interés económico fundado en la garantía de las armas. Pero en las semicolonias, que gozan de un status político independiente decorado por la ficción jurídica, aquella «colonización pedagógica» se revela esencial, pues no dispone de otra fuerza para asegurar la perpetuación del dominio imperialista —y ya es sabido que las ideas, en cierto grado de su evolución, se truecan en fuerza material—.”⁴

Más allá de algunos destellos disruptivos, fruto de la persistencia de nuestra vocación nacional y de la vitalidad intrínseca de lo popular, la nueva capacidad tecnológica de reproducción, desarrollada a partir del siglo XX, enancada a la preexistencia en nuestros países de aparatos culturales imbuidos de la ideología (funcional al estatus semicolonial) de las élites oligárquicas, fue provocando una ocupación de los espacios de **“reproducción simbólica”** y desplazando sistemáticamente a las producciones culturales propias.

Consecuentemente, se produciría una tendencia a cierta homogeneización cultural merced a la cual no sólo se difuminan las características identitarias de las sociedades periféricas sino que, también, se produce la ilusión de que las respuestas (y aun las preguntas) emanadas del centro del poder mundial son irrevocablemente válidas para la periferia. Tal impostura dificulta, necesariamente, la elaboración

⁴ Ramos, Jorge Abelardo: “Martín Fierro y los bizantinos”, en “El marxismo de Indias”, pg. 88 y sig. (Editorial Planeta, 1973).

de las propias ideas y, sobre todo, su difusión, que pondría a la mano de cada pueblo los elementos teóricos y culturales para su liberación y el despliegue autónomo de sus fuerzas espirituales. Sintéticamente, lo explicó Arturo Jauretche:

“A la estructura material de un país dependiente corresponde una superestructura cultural destinada a impedir el conocimiento de esa dependencia, para que el pensamiento de los nativos ignore la naturaleza de su drama y no pueda arbitrar propias soluciones, imposibles mientras no conozca los elementos sobre los que debe operar, y los procedimientos que corresponden, conforme a sus propias circunstancias de tiempo y lugar.”⁵

Todo nuestro drama radica en nuestra condición semi-colonial, es decir, en el hecho de que, a pesar de poseer los atributos soberanos de una nación independiente, no somos dueños de los resortes fundamentales de nuestra economía ni, todavía peor, de los espacios de producción simbólica que generan “sentido” entre nosotros.

De la lucha contra la dependencia cultural

Si bien estos asuntos fueron ampliamente debatidos y estudiados durante el siglo XX desde la perspectiva del “pensamiento nacional”, los problemas derivados de nuestra conformación cultural persisten.

⁵ Jauretche, Arturo. Citado por Norberto Galasso en “La colonización pedagógica y el mundo que nos enseñaron”, contratapa (Editorial Antídoto).

“La cuestión está planteada en los hechos mismos, en la europeización y alienación escandalosas de nuestra literatura, de nuestro pensamiento filosófico, de la crítica histórica, del cuento y del ensayo. Trasciende a todos los dominios del pensamiento y de la creación estética y su expansión es tan general que rechaza la idea de una tendencia efímera.”⁶

En algún momento, tras la lucha sin cuartel que el pueblo argentino brindó por el retorno del General Perón, que fuera sustentada por una notable ebullición teórica que desarrolló profusamente al pensamiento nacional, pudo suponerse que se estaba a las puertas del triunfo definitivo del pensamiento autocentrado. Jauretche diría por entonces:

“...la conciencia nacional crece y crece, y es cada día más poderosa, con lo que se comprueba que si los males son aterradores, la salud de lo argentino los supera en la afirmación de su propia personalidad. Sólo así se explica que subsistamos, y que subsistiendo seamos cada día más definidamente argentinos; lo seremos si, como en el judo, la fuerza del adversario se convierte en un instrumento de fuerza propia, para lo que bastará conocer la estructura y modos de la colonización pedagógica.”⁷

Pero, no en vano, a pesar del fundado optimismo que

⁶ Ramos, Jorge Abelardo: Ob. Cit., pg. 89.

⁷ Jauretche, Arturo: “Los profetas del odio y La yapa”, pg. 106 (Ediciones Corregidor, 2002).

transluce este párrafo, insiste Jauretche en recordarnos la necesidad de que observemos la fuerza del adversario para –conociéndolo y deconstruyendo su discurso, el de la colonización pedagógica– poder vencerlo. Porque la colonización pedagógica, cultural y simbólica son el reaseguro de la dependencia económica y política. Y operan sobre la sociedad sometiéndola a los designios de las metrópolis y el poder financiero, instrumento contemporáneo de la dominación. El establishment, las corporaciones, la oligarquía garantizan a través de ellas su predominio, constituyéndose en aliados del imperialismo y atrayendo a las “clases subalternas” –sobre todo a las capas medias, en sentido amplio– hacia la defensa de los intereses de aquella dependencia, es decir, en contra de las necesidades propias de esas clases. Tras el vidrio opaco de la colonización, realizada en esas diversas etapas y capas de generación de sentido, los sectores sociales oprimidos no alcanzan a distinguir los hilos de la dominación ni los elementos que, enraizados en las profundidades de la identidad, posibilitarían la emancipación a través de la constitución del “frente de clases” necesario para librar la lucha irrenunciable por la autonomía nacional y la realización popular.

“**La melga y la estrella**”, efectivamente una serie de “**apuntes sobre la dependencia simbólica**”, realiza un aporte invaluable a la introspección necesaria para tomar de aquellos elementos identitarios las armas imprescindibles para quebrar esa dependencia.

“Porque nos legaron una maravilla que, cual hechizo, no termina de cristalizar en todos los luga-

res que debiera pero que, como herederos, debemos transmitir.

“Y les debemos a nuestros hijos ese “imprescindible”: sentirse parte de una identidad cultural propia del paisaje y de la mano que lo trabaja.”

Sin realizar esta tarea, no habrá independencia económica ni soberanía política. Mucho menos justicia social. Nuestra historia lo atestigua así.

*“Anda mi pueblo prendido del sol
Como racimo de un vino mejor
Pleno de tiempo para madurar
Porque la historia sabrá melescar...”*

De la bisagra histórica en nuestra lucha política y cultural

El triunfo popular de 1973 había sido posible en gran medida porque tras la deriva reaccionaria del período que va desde el derrocamiento de Perón, en 1955, hasta el final de la “Revolución Argentina”, las clases medias que habían dado la espalda al primer gobierno peronista (incluidos sectores que accedieron a tal condición social gracias al Peronismo) rompieron lanzas contra el liberalismo vernáculo, que ya nada tenía para ofrecerles, como no fuera decadencia y represión. Se produjo entonces lo que se conoce como “nacionalización de los sectores medios”, que no es otra cosa que su acercamiento al peronismo,

aunque tamizado en muchos casos por la irrupción del fenómeno cubano, de corte socialista. Esa nueva conformación de un frente policlasista posibilitó el retorno de Perón y su triunfo electoral, el más holgado de nuestra historia democrática.

Pero la prolongada proscripción del Peronismo había instalado la violencia entre nosotros, y el brutal enfrentamiento faccioso entre sectores que disputaban el sentido del Peronismo, sumado a la estrategia antiperonista de organizaciones de izquierda y de corporaciones económicas, truncó la experiencia movimientista y abrió el camino al golpe de Estado de 1976. La dictadura cívico-militar llamada “Proceso de Reorganización Nacional”, inspirada en la Doctrina de la Seguridad Nacional e impulsada por la CIA, hizo el resto.

La represión ilegal diezmó a una generación y quebró la cadena del conocimiento, desenganchando a las generaciones futuras de aquel rico desarrollo teórico desplegado en las décadas anteriores.

En alguna conversación con Fernández Panconi lo he oído señalar que esa “cadena de conocimiento” es también una persistencia en el autodescubrimiento, destinada a rescatar las raíces de la cultura nacional. Jauretche afirma que esa cultura nuestra está “privada de los modos de expresión”, pero Hugo Fernández Panconi señala que en realidad faltan los “modos de difusión”, pues la expresión persiste en existir y puede rescatarse para todos, aunque temporalmente quede confinada “patio adentro”, dice en referencia a ese espacio donde aún se expresa nuestra identidad.

De nuestra deriva en la democracia formal

Al recuperarse la democracia, en 1983, el proyecto alfonsinista, representativo de la tradición política y cultural de los sectores medios, resultó electo para conducir el Estado. El aparato cultural se pondría a disposición de una condena a cualquier idea nacional, homologándola al supuesto “nacionalismo” de los dictadores. Una cultura supuestamente cosmopolita, pero en realidad tributaria de la socialdemocracia europea, para colmo ya en franca decadencia, preparaba el terreno de una entrega sistemática que sólo se esbozaría tibiamente, por el momento.

Por su parte, los sectores populares quedarían sin representación. Algo similar había ocurrido tras la derrota del federalismo, allá cuando llegaba a su fin la patria vieja, hecha a caballo y defendida tacuara en mano.

“La plebe, que por la composición de clases de la sociedad tradicional no tenía acceso a la «culturización» y sólo podía expresarse con sus intuiciones y su empiria a través de los caudillos, no tiene ya presencia desde que estos últimos a su vez son exterminados con la liquidación de sus puntos de apoyo.

“No es que la realidad y sus expresiones culturales, a las que la «intelligentzia» niega como tales, hayan dejado de existir, pero quedan privadas de modos de expresión y es como si no existieran.”⁸

⁸ Jauretche, Arturo: “Los profetas del odio y La yapa”, pg. 209 (Ediciones Corregidor, 2002).

Aún no lo sabían, pero los peronistas de finales del siglo XX pronto experimentarían la misma sensación de orfandad –atisbada con la muerte de Perón– que seguramente sufriera aquella “plebe” que mentaba Jauretche. Tras la experiencia progresivamente decolorada del alfonsinismo, su fracaso rotundo y el empujoncito final de los grandes grupos económicos nunca confrontados por el gobierno que terminaba, el Peronismo llegaría al poder para realizar la traición programática más fenomenal de nuestra historia. Otra vez, la alianza entre sectores populares y medios quedaría para otro momento... El gobierno de Carlos Menem trabajaría para el imperialismo y para la oligarquía. Pero tras el desencanto temprano, aunque paulatino y confuso, de los sectores populares, consolidaría un efímero sustento en los sectores medios y medios-altos encandilados por el “uno a uno” y una supuesta entrada al Primer Mundo.

El fenómeno se sustenta no sólo en la interrupción de la cadena del conocimiento, en la ruptura de la tradición política masacrada por los esbirros de la patria financiera, sino también en la situación sobreviniente tras la caída del Muro de Berlín y el triunfo de los EE.UU., el mundo capitalista, sobre la U.R.S.S., el “socialismo real”. Se lo llamó “Doctrina del Realismo Periférico” y postulaba que nuestro lugar en el mundo era subsidiario del imperialismo triunfante. La historia había terminado y nuestro futuro estaba escrito con la letra de un presente de sumisión.

La aceptación de tal perspectiva humillante requería una base autodenigratoria en nuestra conformación cultural. Esa base estaba forjada desde la antinomia sarmientina de “civilización y barbarie”. Su signo era liberal. Su herra-

mienta había sido la colonización pedagógica, expandida gracias a, paradójicamente, la democratización del acceso a los bienes culturales producida durante un siglo y profundizada por los gobiernos populares de Yrigoyen, primero, y Perón, sobre todo.

*“La ideología liberal que ya no es patrimonio de un grupo social exclusivo se expande hacia los elementos intelectualizados de las nuevas clases ampliando masivamente su base de sustentación. La «colonización pedagógica» que desde la escuela derrama sus presupuestos intelectuales y su desconexión con el país cumple con su tarea. (...) Así, la cultura, al cambiar de asentamiento social, es un instrumento de consolidación del sistema. El intelectual, por el hecho de serlo, se siente distinto del pueblo del que proviene, conforme a la idea de civilización y barbarie con que lo ha adoctrinado la colonización pedagógica que continúa operando aun más eficazmente sobre él, según se eleva en el plano cultural. (...) Como sus predecesores, parte del supuesto de la inferioridad de lo nacional, cuya superación sólo se logrará por la transferencia de los valores de cultura importados. (...) Desprecia toda empiria y constatación del hecho local como posible fuente de conocimientos porque como a sus predecesores, que lo enseñaron, lo que le interesa no es la realidad sino la transferencia, es decir, el esmalte cultural superpuesto a toda posibilidad original.”*⁹

⁹ *Ibíd.*, pg. 215.

Los medios de comunicación, determinantes cultural y políticamente (y ya formateados para el embrutecimiento colectivo), harían el resto. A una dirigencia envilecida y arrodillada se correspondería un espíritu de época informado por el pasatismo y la cultura chatarra.

Cuando finalice el período menemista, Fernando De la Rúa hará su campaña electoral basándola en una gran falacia. La inviabilidad del modelo neoliberal impuesto ya era visible, pero el mecanismo que lo sustentaba permanecía oculto para el gran público. Entonces, la Alianza se presentaría como dispuesta a romper con la calamidad supuestamente principal del gobierno saliente: la corrupción. Pero nada diría del sistema económico impuesto por el Consenso de Washington. Mucho menos del modelo político de sumisión al centro del poder mundial. Así, una de las principales promesas de campaña sería: “conmigo, un peso igual a un dólar”. La avidez de la sociedad por un cambio de rumbo buscaría canalizarse por allí, entonces. Todo se reducía a cambiar el gobierno del corrupto y “bárbaro” Menem por el del honesto y “civilizado” De la Rúa. La trampa del establishment estaba tendida. Nada parecían tener que ver con el drama argentino el imperialismo ni la oligarquía originalmente vacuna y ahora reconvertida en financiera. El pensamiento jauretcheano se mostraba nuevamente, si no profético, acertado y vigente:

“Se verá cómo los valores culturales —que se desestiman en las interpretaciones puramente materialistas— son factores decisivos en la historia y al mismo tiempo podremos apreciar en vivo, y a través de una

larga parábola de tiempo, los efectos logrados por la «colonización pedagógica» en la conformación de la mentalidad colonial.»¹⁰

El asalto final a la Argentina estaba al llegar. Con el “Megacanje” y el “Blindaje” sellábamos nuestra dependencia mediante la constitución de la deuda externa más fabulosa de nuestra historia, luego de veinticinco años de un sobreendeudamiento sistemático. Mientras tanto, el gobierno de la Alianza descargaba sobre los sectores populares toda su furia: reducción de salarios y jubilaciones, flexibilización laboral y represión. De la Rúa había llegado matando, al reprimir una protesta en Corrientes durante su primera semana de gobierno, y estaba a punto de irse también matando.

El “Corralito” terminaría definitivamente con la base electoral de sustentación de la Alianza. Los sectores medios, con sus ahorros confiscados, unían su lucha a la de los desposeídos, al menos momentáneamente: “Piquete y cacerola, la lucha es una sola”. Tras sólo dos días de lucha callejera, De la Rúa tuvo que renunciar.

Ya comenzaba a cocinarse el caldo de la salida del modelo neoliberal. Distintos sectores sociales requerían un giro en la política económica. Las clases populares y las clases medias, inclusive amplios sectores burgueses ligados al mercado interno, coincidían en su interés emancipatorio. Sobre un edificio de la 9 de Julio, un enorme cartel de propaganda reproducía, gigantografiado, el facsímil del famoso bando de San Martín que declama: “Seamos libres.

¹⁰ *Ibíd.*, pg. 206.

Lo demás no importa nada.”

Como el “**Don Agüero**” de Fernández Panconi, cuando el pueblo **describe** el “**árbol añoso**” de las luchas patrias, **no sólo lo evoca: lo está invocando**.

Tras un período de breves presidencias provisionales que se suceden en 10 días, el Congreso designa Presidente (también provisorio) a Eduardo Duhalde. El gigantesco plan Jefes y Jefas de Familia instituido durante su gobierno y aceptado por todos los sectores expresa la voluntad general de atender a las necesidades de los excluidos. Se ratifica la necesidad de un frente de clases, en tanto se ha hecho evidente que no hay destino para el conjunto si no lo hay para sus partes. Sectores medios y populares, sindicatos y empresarios parecen converger para enfrentar a la patria financiera.

Es la máxima de “**Don Distéfano**”.

“Te lo dicen en todos lados y a cada rato: busca ser generoso, el resto se te dará por añadidura.”

Duhalde finaliza abruptamente su mandato tras el asesinato de Kosteki y Santillán, de cuya responsabilidad se lo acusa, y convoca a elecciones. Al realizarse, queda claro que el pueblo argentino no ha encontrado aún quien lo represente. Cinco candidatos se reparten el voto popular. Lo demás es historia conocida, por reciente: Menem y Néstor Kirchner pasan a segunda vuelta, Menem huye como rata por tirante y Kirchner resulta Presidente.

De la reconstrucción del frente nacional

A poco de andar su Gobierno, se manifiesta la capacidad de Kirchner para incluir en su estrategia frentista a distintos actores sociales. Sus políticas tienden a contener tanto a sectores populares como medios, tanto a los sindicatos como al empresariado. Su coraje para encarar la deuda en cesantía de pagos y su audacia para echar por tierra al proyecto anexionista del ALCA evidencian el carácter nacional de su gobierno. El carácter popular se muestra en la institucionalización del Consejo del Salario Mínimo y en el retorno a las paritarias y los convenios colectivos de trabajo; también en la política jubilatoria y en la descomunal creación de nuevos derechos, desde la AUH hasta el matrimonio igualitario. El enfrentamiento con la Corte Suprema y la apertura de los juicios por *lesa humanidad* indican el fin de la impunidad. La Argentina neoliberal termina de crujir y cae al fondo de la grieta que ella misma abrió.

***“Su justa gloria debe merecer
Quien desde abajo se apresta a crecer”.***

Una Argentina posible pero hasta entonces prohibida se abre camino: la de la Justicia Social, la Soberanía Política y la Independencia Económica; basada en un proyecto de unidad latinoamericana que comienza a construirse y en un nacionalismo cultural esbozado por su conductor.

“Si uno no sabe buscar, basta con que quiera encontrar”, nos diría también ***“Don Distéfano”***.

Las mayorías recobran su representación y retornan a la

participación política, cuyas puertas abre de par en par el nuevo proyecto nacional y popular.

*“Que cuando el fruto sabe en su raíz
Crece en el pueblo la savia de aquí”.*

Para fines del 2007, ya con Cristina Fernández como Presidenta, el proyecto antinacional muestra su capacidad de reorganizarse. Mientras Cristina lanza su campaña presidencial en el Teatro Argentino de La Plata, el grupo Clarín, a través de sus canales televisivos, sus radios y su diario, completamente hegemónicos, machaca persistentemente con el *affaire* Antonini Wilson. Claramente, los servicios de inteligencia estadounidenses otorgan a la reacción cipaya un caballito de batalla para enfrentar al exitoso gobierno de un peronismo que, con Néstor y Cristina, ha reencontrado su cauce histórico, en alianza con diversos sectores provenientes de ideologías y experiencias políticas distintas, pero que han logrado coincidir en un programa de liberación nacional y social.

El combate se vuelve encarnizado y el enfrentamiento por la Resolución 125, que sube las retenciones a la exportación de granos, divide las aguas nítidamente y pone en jaque al proyecto nacional y popular, gracias a un aparato mediático oligopólico puesto al servicio del establishment financiero, controlante de la actividad agropecuaria.

Comienza entonces una nueva etapa política signada por un profundo enfrentamiento de carácter cultural. Como no podía ser de otra manera, se expresa inicialmente en torno de la cuestión agraria. Los dos proyectos históricos chocan

y se sacan chispas. Uno, el del país agroexportador enganchado de modo dependiente al mercado mundial; otro, el del desarrollo con inclusión social, que requiere para la industrialización y la creación de empleo los recursos generados por los sectores privilegiados, entre los que se encuentran los beneficiarios de la “renta diferencial de la tierra”.

La batalla cultural se pone en el centro de la escena y se dirime, Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual mediante, allí donde se disputa hoy el sentido de todas las cosas: en la arena mediática.

Desde 2008 hasta ahora esa batalla cultural ha pasado por distintas alternativas, que se expresaron en los diversos resultados electorales de 2009, 2011 y 2013. Si atendemos a los de las elecciones presidenciales, podemos decir que, en sustancia, la batalla cultural viene siendo positiva para el campo nacional.

“La cáscara de la superestructura cultural está rota y la almendra encuentra la tierra propicia donde enraíza; ya hay más que el germen: está la planta y la planta viene de abajo para arriba, como tiene que venir, y será árbol.”¹¹

Pero si atendemos a las intermedias, veremos que la cosa no es tan sencilla. Aun con la batalla cultural lanzada en todos los frentes, puede verse cómo la presión del aparato cultural antinacional encuentra campo fértil para imponer sus criterios, aunque más no sea transitoriamente, a pesar de todo el sufrimiento que la conducción liberal les infrin-

¹¹ *Ibíd.*, pg. 236.

gió a los argentinos.

Puede ser útil referir aquí el argumento típicamente “gorila” de la Pitonisa del Chaco, cuando, tras el triunfo de Cristina en 2007, manifestó que la legitimidad de la Presidenta electa era “fragmentada”, porque no había sido votada en los grandes centros urbanos, sino que la habían elegido los pobres, a quienes ella (la Pitonisa) se proponía liberar del Peronismo, para lo cual convocaba a la clase media.

Se establecía allí un discurso clasista orientado al imaginario constituido en ciertos sectores medios tributarios de la colonización pedagógica que, como ya se ha dicho, parte de la concepción de “civilización y barbarie”, eso que podríamos llamar “la grieta sarmientina”...

“Con todo, en las clases intermedias aún es necesario el esclarecimiento. La oligarquía y los trabajadores son en general congruentes con sus intereses cuando piensan. Saben dónde les aprieta el zapato y su posición nacional o antinacional no se vincula a la ideología que es sólo una apariencia. Pero la clase intermedia colocada en el perfil de las otras y conteniendo una amplia gama de matices económicos, es la más propicia a desorientarse en el pensamiento desde que está ubicada en la tierra de nadie, bajo el fuego cruzado de las ideas vinculadas a hechos que parten de los otros sectores y es además, como grupo de ascenso, el más urgido por la culturización. A ellas está dirigido todo el aparato de la colonización pedagógica, tanto por la importancia que revisten en el contexto social

como por la indefensión en que se encuentran y de la que las hace víctima su misma avidez de conocimientos que las urge a asimilar las recetas y específicos que difunde el instrumental colonizador, mejor que analizar sensatamente los propios síntomas y buscar la medicación dictada por el buen sentido.”¹²

De buitres, autodenigración y derecho a la pertenencia

Si quedase alguna duda de hasta qué punto hay una batalla cultural necesaria entre la perspectiva nacional y la antinacional, bastaría observar lo que está sucediendo ahora mismo en nuestro país.

La Argentina está encabezando una de las peleas más significativas de la actualidad mundial. El “anarco-capitalismo financiero”, esa expresión paradigmática del sistema impuesto por el imperialismo al mundo, pretende, a través de los “fondos buitres”, someter a nuestro país a un megaendeudamiento que destruya para siempre no sólo lo reconstruido y construido hasta aquí por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández sino, sobre todo, la posibilidad de que nuestro pueblo se atreva, siquiera, a emprender un camino propio.

Ante esta situación, los voceros internos del colonialismo económico (que hoy parece inmerso en una disputa entre su expresión estatal y la financiera supranacional), naturalmente, dedican su participación en todos los ám-

¹² Jauretche, Arturo: “Los profetas del odio y La yapa”, pg. 236 y sig. (Ediciones Corregidor, 2002).

bitos –mediáticos, políticos o académicos– a establecer no sólo la razón del lado de los piratas internacionales de la usura sino, también, la inferioridad técnica de nuestra conducción política y económica frente a la sapiencia inconmensurable de los especuladores del Primer Mundo, o del propio Primer Mundo, a secas.

Parece que nosotros somos poco serios, a diferencia de ellos. Incluso se nos acusa de querer “malvinizar” la cuestión, con lo cual se realiza de un plumazo la doble operación de negar la existencia de una cuestión nacional en el enfrentamiento con los fondos buitres y el Poder Judicial estadounidense (colonizado por el Tea Party y las finanzas) y de insultar al pueblo argentino acusándolo por la supuesta estupidez de celebrar la recuperación de las islas Malvinas, como si los argentinos hubiésemos ignorado en 1982 la naturaleza del gobierno de Galtieri. (No han faltado, dicho sea de paso, quienes desde el antiguo diario probritánico “La Nación” nieguen, incluso, los derechos soberanos argentinos sobre el Atlántico Sur en el diferendo con Gran Bretaña.) Por añadidura, lo que se censura es el sentimiento nacional de nuestro pueblo y su natural gallardía. El mensaje no es otro que un llamamiento a agachar la cabeza frente a los grandes poderes internacionales, sean estatales o transnacionales. Lo que se pretende negarnos es el derecho a la autonomía nacional.

“Los seudointelectuales de nuestro país, educados en esta escuela de imitación, expresan invariablemente su aversión a una teoría de lo nacional que los explica y los niega. (...) (Rechazan) el derecho de reivindi-

*car o desarrollar nuestra propia tradición nacional, sin cuya afirmación no puede probarse el derecho de un país a pertenecerse.*¹³

De la “dependencia simbólica”

Claramente, la cuestión cultural, la cuestión de la existencia o no de una cultura de carácter nacional, se relaciona directamente con nuestra posibilidad de existencia autónoma. Si queremos ser, tenemos que ser nosotros mismos.

“El fundamento primero de toda cultura, en el sentido moderno de la palabra y no por cierto en el dominio tecnológico, es una afirmación de la personalidad nacional, que tiende a propagarse en su primera fase en el ámbito de una ideología propia y que puede o no contener implicaciones estéticas inmediatas.

“Para los países tributarios los problemas de la cultura revisten una importancia especial que, a nuestro juicio, aún no ha sido analizada de manera satisfactoria.”¹⁴

La lucha por una cultura nacional en el plano ideológico-político tiene, como venimos viendo, una trascendencia superlativa, toda vez que representa nuestra voluntad razonada de ser. Pero a ella debe corresponderse un pensamien-

¹³ Ramos, Jorge Abelardo: “Martín Fierro y los bizantinos”, en “El marxismo de Indias”, pg. 90 (Editorial Planeta, 1973).

¹⁴ Ramos, Jorge Abelardo: “Martín Fierro y los bizantinos”, en “El marxismo de Indias”, pg. 88 (Editorial Planeta, 1973).

to específico sobre la cuestión estrictamente “cultural”, es decir, en el plano de las artes. Más aun en un mundo como el actual, en el cual las industrias culturales, como hemos dicho al principio, poseen una centralidad, una preeminencia casi absoluta en la construcción identitaria de las sociedades. Y más todavía porque la contradicción principal, “imperialismo o nación”, tiene un correlato en la producción simbólica, toda vez que existe un centro irradiador unidireccional de bienes culturales que, lógicamente, se corresponde con el centro del poder mundial y tiende a invisibilizar las culturas periféricas hasta en sus propios territorios. En nuestro país no es distinto.

Todo lo cual implica la necesidad de una lucha persistente y encarnizada, al menos si pretendemos afirmarnos talón en tierra y desplegar toda nuestra potencialidad como nación.

“...la crítica a una «cultura» establecida sobre dichas bases consiste en el primer paso para restituir los valores sumergidos (...). Es una beligerancia imprescindible para obtener la síntesis como resultado frente a la pretensión de seguirnos imponiendo una cultura marginada de toda elaboración propia.

“Así, en la Argentina, el establecimiento de una verdadera cultura lleva necesariamente a combatir la «cultura» ordenada por la dependencia colonial.”¹⁵

A la dependencia político-económica corresponde, pues, una dependencia cultural que debe ser demolida, como

¹⁵ Jauretche, A.; ob. cit., pg. 99.

condición necesaria para el triunfo sobre la primera.

“Sólo por la victoria en esta contienda evitaremos que bajo la apariencia de los valores universales se sigan introduciendo como tales los valores relativos correspondientes sólo a un momento histórico o lugar geográfico, cuya apariencia de universalidad surge exclusivamente del poder de expansión universal que les dan los centros donde nacen, con la irradiación que surge de su carácter metropolitano.”¹⁶

Ese “poder de expansión universal” oprime a las propias expresiones, nunca ocultadas del todo, gracias a su profundo arraigo, pero sometidas a una presión hegemónica que busca consolidar y perpetuar la dependencia.

Sobre esto, entre otras cosas, habla en este libro Hugo Fernández Panconi. Con audacia y hasta alevosía, desnuda lo que él llama nuestra “**dependencia simbólica**”, concepto que despliega en su medular ensayo (publicado aquí) “**Expresión popular y dependencia simbólica**”:

“Llamamos «dependencia simbólica» a la respuesta subjetiva y concreta que consigue en nuestro pueblo (y en tantos otros) la estructura industrial imperialista con su fabulosa producción de bienes simbólicos que, gracias a la penetración cultural (dominio del mercado por la colonización pedagógica y cultural efectuadas), invisibiliza la propia producción de símbolos, en algunos casos hasta darla

¹⁶ Ídem.

*por inexistente. También al **acomplejamiento social** que el comportamiento devenido de dicha dominación ha naturalizado entre millones de compatriotas.”*

Es decir, que a la condición política y económica semi-colonial se corresponde una dependencia superestructural o ideológica, y a ésta un sometimiento cultural y simbólico que “naturaliza” en extensos sectores sociales un sentimiento autodenigratorio.

Por su parte, ese **“acomplejamiento social”** y el desprecio subsecuente, aunque hoy encuentran una fuente en la homogeneización simbólica o cultural que provoca la parafernalia comunicacional de los llamados “*mass-media*”, provienen de aquella concepción anticriolla de nuestros liberales del siglo XIX, que procuraron desvincularse de todo lo indígena y lo español para realizar un país “europeo”. En definitiva, la idea había sido borrar el componente criollo (al que, por supuesto, ellos mismos pertenecían). Cuando la inmigración llegó a nuestras tierras, la escolarización reforzaría una visión racista anti-criolla, a pesar de que iría integrándose y fusionándose con el elemento nativo.

El profundo cambio social producido por la inmigración masiva (acompañado por la llegada de las ideas anarquistas, socialistas y comunistas) provocaría tal pánico en la oligarquía que se intentaría un retorno a la “patria vieja”, criolla, pero desde una visión jerárquica que garantizara el orden social.

“Hay un cierto nacionalismo que siendo histórica-

mente anti-unitario incurre en la misma actitud que los unitarios en cuanto al método: a aquéllos no les venía bien el país de entonces, por criollo, y a éste no le viene bien el actual por gringo, y si aquéllos se fugaban de país al hipotético de mañana, no menos fuga es negar el país de hoy por el de ayer.”¹⁷

Para fugar hacia ese pasado idealizado de criollos de a caballo, se podía, por ejemplo, reivindicar el “Martín Fierro”. Pero era necesario ocultar la lucha política de su autor, José Hernández, cabal representante del federalismo provinciano.

Una respuesta similar buscaría la oligarquía, en alianza con la partidocracia y las clases medias más liberales (progresistas o conservadoras) tras el surgimiento del Peronismo, intentando un retorno imposible a la Argentina del Centenario, apéndice semicolonial del Imperio Británico. Como la historia es eso: historia, luego de dieciocho años Perón retornaría a la patria en medio de una convulsión generalizada...

Ninguna reflexión sobre las cuestiones sociales puede prescindir del elemento histórico, que permite analizar las tendencias que presionan sobre el punto del presente, pero eso no habilita a la búsqueda de restauraciones anacrónicas.

“Saber cómo fueron las cosas no implica olvidar que lo pasado pasó. Demanda simplemente plantear el problema para que la desnaturalización no se repita sobre las bases reales de la Argentina de hoy, que

¹⁷ Ídem. pg. 104

*son otras que las de ayer.*¹⁸

Uno de los méritos de estos **“Apuntes sobre la dependencia simbólica”** que nos trae Hugo Fernández Panconi es, precisamente, que se plantea la cuestión cultural no sólo desde aquellos conceptos acerca de lo nacional y popular que venimos analizando sino, también, desde una mirada focalizada en un fenómeno propio de nuestros tiempos, el de la dependencia simbólica por acción de la homogeneización operada por las industrias culturales irradiadas desde el centro del poder mundial. Fernández Panconi se focaliza en la música porque él mismo es, ante todo, además de poeta, pensador y militante, músico.

Si en épocas anteriores las “bases reales” de nuestra dependencia estaban fundadas en la cultura elitista y si, luego, sus cimientos se extendieron a la academia y la escuela, en nuestros días se fundan, además, en las industrias culturales homogeneizantes, que son hegemónicas.

En definitiva, la suma de todos esos componentes (una oligarquía cipaya, una fuerte inmigración “argentinizada” desde la concepción anticriolla (antinacional) de la escuela, una academia eurocéntrica, una cultura de imitación y un sistema de reproducción simbólica homegeneizante irradiado desde los centros del poder mundial) imponen sobre nuestra cultura una presión que tiende a desplazarla de los espacios de reproducción.

Sobre este problema trabaja Hugo Fernández Panconi en **“La melga y la estrella”**, continuando una tarea que el Pensamiento Nacional viene realizando y desarrollando

¹⁸ *Íd.*

hace décadas, siguiendo la huella de una tradición política que hunde sus raíces en nuestros inicios como nación, allá cuando nos pensábamos como Patria Grande, allá cuando las espadas de Bolívar y San Martín medían la distancia que los separaba del abrazo libertador. O seguramente aun más atrás, cuando se sacaron chispas la América originaria inconstituida como continente y esos peninsulares ávidos de conquistas.

De “La melga y la estrella”

Va **sembrando**, el Flaco Hugo, en **una melga bien trazada. La estrella elegida de guía sabe cuál tiene que ser.**

“...los caminos están aquí mismo, señalados por los pastos y las picadas y por las estrellas de este cielo que no es el de la Estrella Polar sino el de la Cruz del Sur. Y esta no es una simple figura, sino la base de todo análisis y razonamiento que se quiera hacer al servicio del país.”¹⁹

Puede parecer por momentos que Fernández Panconi nos acorrale exponiéndonos en toda nuestra propia preñez de penetrados culturales. Así, crudamente. Porque la homogeneización cultural es un derivado de la dependencia –más perfecto, quizás– en el cual estamos inmersos todos.

“Les he dicho todo esto

¹⁹ Íd. pg. 21.

*pero pienso que pa' nada,
porque a la gente azonzada
no la curan con consejos:
cuando muere el zonzo viejo
queda la zonza preñada.*"²⁰

En Nuestra América y en Argentina, particularmente, el proceso cultural primordial es el del mestizaje, lo cual, además brinda a nuestros países una posibilidad única de aprovechar los aportes de otras culturas, que también van volviéndose propias en tanto integran nuestra "diversidad cultural" impidiendo que se convierta en un mosaico de expresiones que se niegan mutuamente.

"Mientras insistamos en dismantelar el complejo de referenciarnos en las lógicas culturales de EEUU y Europa y no nos trampeemos identificándonos con una versión formal de la patria, se puede hablar de una Nación que se (re)construye con las particularidades de todos: los que llegaron de los barcos y los naturales de la tierra, que, en la mezcla, no se pierden ni se niegan sino que devienen en rasgos identitarios de potencialidad libertaria, autónoma y soberana."

La dinámica social de todas las naciones en todos los tiempos está transida por vectores exógenos, y eso es natural y deseable. Pero el problema es que eso suele acom-

²⁰ Jauretche, A.: "El Paso de los Libres", primera Edición, 1934; citado por Jauretche, A. en "Manual de zoncetas argentinas", pg. 9 (Peña Lillo Editor, 1988).

pañarse de una actitud reverencial y hasta cipaya (y una contrapartida autodenigratoria) respecto de los productos culturales ajenos.

*“...ya es nuestro lo que fue ajeno, en la medida que ya está incorporado a nuestra naturaleza. (Sarmiento es tan nuestro como Hernández, como factor determinante hoy, pero lo que no es nuestro es el sarmientismo...”*²¹

Y hay preñeces que aún se ocultan, como ésta de la conformación cultural dependiente. Incluso las hay que se niegan a parir. Ese es uno de nuestros problemas contemporáneos. Sólo nos sobrepondremos a él si nos decidimos a consolidar una identidad que nos permita desplegar nos hacia el mundo.

*“...cultura y arte, por un lado, y ciencia y tecnología, hoy, por el otro, parecieran cosas antagónicas, pero no... ¿Saben qué son? La identidad de un pueblo...”*²²

Sin nacionalismo cultural no hay justicia social, que es una búsqueda fundada en el amor al prójimo y ¿cómo amarlo si nos enseñan que lo nuestro y los nuestros no valen? ¿Y qué es “lo nuestro”? ¿Quiénes son “los nuestros”?
Lejos de plantearnos un nacionalismo de campana-

²¹ Jauretche, Arturo: “Los profetas del odio y La yapa”, pg. 98 (Ediciones Corregidor, 2002).

²² Cristina Fernández de Kirchner, Bariloche, 4 de julio de 2013. <http://www.cfkargentina.com/obras-bariloche-universidades/>

rio, el nacionalismo cultural de Hugo Fernández Panconi es parte de ese “esfuerzo hereditario” de soñar la Patria Grande, sin despreciarla por criolla ni por gringa, buscando desentrañarla para ayudarla a ser.

“Ernesto Palacio escribía en Criterio, en 1928, que el problema de escribir o no para el pueblo, que dividía a los plumíferos, se resuelve escribiendo desde el pueblo.”²³

Desde allí escribe Fernández Panconi, sin dudas, bien plantado en el surco de una realidad que conoce y analiza en profundidad y de primera mano. El método de entremezclar unos relatos que podrían ser aguafuertes y unos ensayos polémicos y teorizantes resulta efectivo y coherente.

“...es un paso previo para la realización de una cultura argentina la adopción de un método mental que es el inverso del utilizado por la «intelligentzia». Se trata de partir de los hechos como son y no como se quiere que sean y de ahí inducir nuestras propias leyes.”²⁴

La llave de la liberación está en lo popular. La clave que abre el candado con el que los dueños de todas las cosas han cerrado la puerta de nuestro destino es *pensar*

²³ Jauretche, Arturo: “Los profetas del odio y La yapa”, pg. 104 (Ediciones Corregidor, 2002).

²⁴ Íd., pg. 238.

en nacional. Llave y clave pueden buscarse en las líneas de **“La melga y la estrella - Apuntes sobre la dependencia simbólica”**.

Del privilegio del prologuista y la expectativa de los editores

Conocí a Hugo Fernández Panconi en el “Bar Británico”, en San Telmo. Me lo presentó Sergio Lobo. Ese bar se había llamado brevemente “Bar Tánico” cuando se recuperaron las Malvinas, en 1982. Los dueños le habían borrado la primera sílaba en repudio a los usurpadores. Pero para cuando nos juntamos con Panconi ya se había desplegado entre nosotros la “desmalvinización” y otras calamidades que pusieron en cuestión nuestro derecho a reivindicar lo nacional.

Panconi acariciaba la idea de realizar un “festival de la canción social”. Comprometimos la participación del Peronismo Militante (donde aún no militaba Hugo) en la tarea. De a poco, la idea cobró fuerza material y, en marzo de 2009 se hizo realidad. Durante cuatro días la Agrupación “Talastilla - Trabajo cultural” le puso música a las noches de lo que alguna vez fue la ESMA y ahora se llama Espacio Cultural Nuestros Hijos (ECuNH*i*). La simbiosis entre el talento de Lobo y de Panconi había dado uno de sus tantos frutos. Decenas de artistas y miles de personas exorcisaron durante cuatro noches los jardines de aquel emblemático centro clandestino de detención.

A partir de entonces, compartí con “el Panco” bares y

unidades básicas, cafés y vinos, asados y fiestas, guitarreadas y escenarios, discusiones, risas y reuniones... su casa y mi casa, como sucede entre los compañeros y los amigos.

Descubrí en él a uno de esos “personajes” que uno no debe perderse de conocer. Mendocino, argentino, americano. Universal no, salvo porque es pintor de nuestra aldea, condición que, se sabe, es la única garantía de “universalidad”. Un creador tan ingenioso como sólido y talentoso. Un buen amigo, un buen compañero. Un docente con dotes de maestro, que vive como predica. Un discutidor empedernido, pero de esos que saben escuchar.

Aprendí muchas cosas entre tantas charlas y muchas otras leyéndolo. Doy por hecho que el lector de **“La melga y la estrella - Apuntes sobre la dependencia simbólica”** también sacará provecho de las ideas de Hugo Fernández Panconi, que aquí comienzan un camino de difusión que seguramente será tan prolífico como su obra musical, exponente de un talento tan envidiable como su sensibilidad penetrante.

La tarea estará cumplida si se hace carne la sentencia panconiana:

“No se puede combatir al imperialismo consumiendo sus símbolos”.

Juan Cruz Cabral
Septiembre de 2014

Fernández S.A.

Promedia la década del '60 y el crío ha cumplido cuatro años.

Su papá hace arrancar el Chevrolet amarillo. A él le gusta más el otro camión, el verde, pero cuando se enteró que iba a acompañar al padre en el viaje no se quejó, no le importó el color.

Después de tantas noches acostándose con la recomendación primero, con el ruego después: “Papi, despertame cuando vos te levantes”; después de tantas mañanas de bronca y llanto, de desilusión y reproche, ahora en un ratito nomás, “a las tres de la mañana” –dijo el padre– se va a subir con él al camión y van a llevar juntos lo que sea que lleva “el amarillo” desde Roque Sáenz Peña –donde viven desde hace poco más de un año– a Villa Ángela o a Quimilí, o mucho más lejos... ¡Ojalá!

De repente, teme que, por ahí, no sea un viaje muy largo. Pero eso no le mella el contento. Aunque ha dormido unas cuatro horas cuando mucho, no tiene ni rastros de sueño.

La mamá lo llamó a las dos y media y él salió volando de la cama. Ya cargó su bolsito con las pilchas y ahora ayuda con las bolsas donde van el mate, unos bizcochos, los cubiertos... Puso los suyos junto a los del padre, que tienen un aspecto raro, debido a que a veces funcionan como herramientas, y por eso son “los cubiertos del camión”.

La madre le ha dado junto con la cuchara y su tenerdorcito, un cuchillo que el tío Cano, también camionero, devolvió roto en la hoja, detalle que a él no le importa tanto como el hecho de que va a trabajar con el padre, y eso lo habilita hasta para usar cuchillo.

Después, ya hombre, regresará frecuentemente a esa madrugada y a la noche siguiente, cuando han estacionado a la orilla de la ruta y el padre le pregunta si se anima a tantear las gomas. Claro que se anima ¡faltaba más!

Casi no se puede el palo pero se las arregla para revolverlo contra las cubiertas, que –esto ya lo ha aprendido antes– devuelven con fuerza el golpe, acompañado de un sonido finito, si están bien. Por el contrario, si alguna está pinchada, el sonido es más grueso y el garrotazo como que se amortigua, en vez de rebotar. Va pensando en esto mientras da la vuelta al acoplado del camión. Está oscuro. Por eso la pregunta “¿te animás?”

Cumple con la tarea, entrega el palo y recibe de la mano del padre un jarro con leche recién preparada y un sánguche. Es la cena.

El crío odia la leche. ¡Y más la leche en polvo! La madre no logra que la tome. Gracias si consiente en tomar la leche fresca que va a buscar todas las mañanas a la carnicería de la esquina, donde compran los alimentos. Una de esas ma-

ñanas la leche demora en llegar, y él ya ha ido tres veces a buscarla. La mamá fastidiada le dice que vaya una vez más y, si la leche no está, “que se vaya a la mierda”. Él hace y dice exactamente eso y, después de la carcajada del carnicero y todos los presentes, se convierte en el “personaje” más joven del barrio.

Ahora no. Esta vez se toma la leche sin chistar. Esta vez está trabajando con el padre. Esta vez la leche es cosa de hombres.

El padre le ha hablado todo el viaje de “usted” y de “socito”. Ahora le dice: “Muy bien, socito. A dormir un rato, que todavía nos falta un trecho”.

El papá se acomoda en el asiento y le deja a él la cama de la cucheta. Se acuesta y hace un recuento de las marcas de camiones y autos que adivinó, cuando apenas asomaron en la ruta: todas, salvo un camión rarísimo que el padre le dijo que era “importado”.

Por la ventanita de la cabina donde tiene apoyada la cabeza, mirando hacia arriba y atrás, le busca formas a las nubes y cuenta las pocas estrellas que se dejan ver. Respira hondo, se dispone a dormir y se dice que no hay nada mejor que ser “el socito”. Cuando sea grande va a ser “socio” y va a hablar con la gente grande de esas cosas que hablan los grandes. Por el momento está muy bien este “socito” y esta cucheta del amarillo. Vuelve a respirar hondo y, con el pecho lleno, bien lleno, se queda dormido.

Con los años va a saber que eso es ser feliz.

Estética del laburante

De la tarea y la herramienta

Mi abuelo solía decir: “El que tiene la herramienta tiene la mitad del trabajo hecho”. Frase que, a fuerza de escuchar repetidas veces, fui absorbiendo como una máxima. Recuerdo que al principio me parecía un recurso (un argumento) para entretenerse en algo que no fuera el trabajo concreto. Tal vez, algo de eso había, pero creo que no le escatimaba esfuerzo ni tiempo a la idea de producir una herramienta que facilitara, simplificara o sintetizara una serie de procesos, sabiendo que esa dedicación redundaría en ahorro de energía y tiempo cuando se acertara con la herramienta adecuada.

Hijo de inmigrantes que cambiaron de patria pero no de condición, engendrado en Italia y parido en Argentina en 1910, mi abuelo se hizo solo —una vez que zafó del contrato en que trabajaban él, su padre, su madre, sus cinco hermanas y sus dos hermanos por el mismo porcentaje— en

un lugar llamado La Vasconia, en el sur de la provincia de Mendoza.

Los “contratos” eran parcelas de tierra cedidas “al tanto” a un “contratista” y su familia. Suerte de semi-esclavitud legal que recién se morigeró un poco con la aplicación del Estatuto del Peón que Perón sancionó en 1944. Y digo “un poco” porque todavía en mi infancia los niños nacidos de un contratista solían trabajar sin salario y a destajo. No sé si aún no suceda...

Pero el viejo no esperó tanto. Se las arregló por su cuenta el día que le regaló al capataz de la firma un juego de aperos de cuero trenzado. El hombre quedó tan impresionado con la calidad del trabajo manual que evidenciaba la “artesanía”, que le ofreció: *“Pedime lo que quieras, Agustín”*. Y Agustín, el viejo, mi abuelo, con 18 años recién cumplidos, le pidió: *“Sáqueme del contrato, déjeme ser peón”*. Con ese artificio de favor, empezó a trabajar por la propia y pudo sumar unos pesos extra al magro porcentaje anual con el que se tenía que arreglar la familia.

Del despliegue de esfuerzos en distintas actividades y de una considerable cuota de ingenio, más el tiempo necesario para ensayar a prueba y error, y su voluntad para persistir hasta concretar algo que satisficiera su magín, supongo yo que mi abuelo fue amasando y consolidando la máxima de la que sus descendientes nos apropiamos gustosos.

Más acá en el tiempo, ya en la ciudad de Buenos Aires, y en oportunidad de una de las tantas mudanzas que he realizado, topé con un plomero y gasista: el correntino Hugo, tales sus señas y matrícula, que llegó al nuevo domicilio para poner en funciones una cocina un tanto destartada

y un calefón nuevo, y arreglar unas cuantas canillas “lloranas”. Hugo pasó un sábado a mediodía, vestido de fin de semana y con un bolsito casi de dama, lo que mi vieja llamaría un “*neceser*”; evaluó lo que tenía que hacer y anunció que volvía a la tarde. Efectivamente, a la tardecita volvió con la misma pinta y el mismo bolsito. Ante mi sorpresa y satisfacción, con una “pico de loro” y un destornillador, más una aguja fina que me pidió, arregló todo lo que tenía que arreglar, y en tiempo *record*. No pude menos que comentarle que era el plomero más “liviano” que había visto, aludiendo a su inexistente caja de herramientas. A lo que el tocayo contestó: “*El que sabe trabajar, trabaja hasta con un lazo*”, y me dejó de una pieza, compuesto como las canillas que ya no lloraban y pensando, por oposición, en la máxima familiar.

En realidad, lo primero que me evocó la frase del correntino –pronunciada también como una máxima, pero desafiante y (auto) suficiente– fue el vínculo que el indio estableció con el caballo traído por los conquistadores. Los fines eran los mismos o similares. La diferencia era estética.

El radical contraste estaba en la relación entre los términos. Donde el europeo tenía un medio o un instrumento sometido por castigo, el indio encontró un aliado a domesticar a través del cariño y la convivencia. Un caballo amansado por el indio era capaz de cosas que el común de los jinetes españoles no podía imaginar. En tanto, un caballo de la “civilización” era prácticamente inútil para el indio: lleno de cosquillas y “miedos”, y casi un ciego para el variado suelo de estas pampas.

De los lemas encontrados

Si uno trata de evidenciar lo que la sabiduría popular sintetiza en sus sentencias, tiene que hurgar en lo aprehendido y el correspondiente acuerdo que lo identifica. Desmenucemos, entonces, las posibles inferencias de cada frase.

Tienen en común la aceptación sin discusión de la necesidad de trabajar. Aunque del primero se desprende una intención industriosa y positivista, el trabajo está presentado como algo agotador que habría que sacarse cuanto antes de encima. El ingenio le apunta a encontrar los medios que le mengüen la tarea al cuerpo humano: hay como una búsqueda del bien general, pues la representación social enuncia –ya se dijo– la necesidad del trabajo. De un modo generalizado, “todos tenemos que trabajar”, pero “el que tiene la herramienta” particulariza, es un privilegiado. Subyace en la frase de mi abuelo la mano de obra explotada al servicio de la producción de materias primas (de la que él emerge). No parte de un país industrializado. Más bien esboza –de una forma pueril, si se quiere– el deseo o la intención del advenimiento de la “industria” aplicada.

Se puede aun ir más lejos: en la ponderación del existir de la herramienta se evidencia su presencia insuficiente. Está merituada como una rareza, lo que no debe extrañar, por el contexto de la época del país, cuando el perfil agro exportador era excluyente: el “granero del mundo” no estaba interesado en desarrollar la maquinaria capaz de hacerlo industrialmente autosuficiente.

En el segundo refrán o “lema” (como más le gustaría a su

enunciador), el acento está puesto en la habilidad personal. Ese alarde: “hasta con un lazo”, esconde o niega cualquier posible adversidad y/o carencia. Como canta mi amigo Sergio Lobo, “*se hace con lo que tenemos*”.

“Todos tenemos que trabajar”, pero acá el trabajo está acotado a una actividad técnica manual que no demanda necesariamente el agotamiento de la fuerza física. Planteado como un desafío de habilidad, es familiar del popular adagio: *más vale maña que fuerza*. Hay una jactancia de un saber determinado, y el que no (lo) sabe es un *inútil*, por más que disponga de la herramienta adecuada.

Esa autoafirmación en la carencia asumida evidencia también un contexto: este Hugo, correntino y plomero improvisado, fue antes un obrero que la “modernización del estado” dejó en la calle en los ’90, cuando los enunciados desde la superestructura lo estigmatizaron como “mano de obra no calificada”. Una patraña vil, ejecutada desde el poder gracias a una traición ominosa. Guarda una paradoja: el saber técnico ha debido absorberse en tiempos de la herramienta rudimentaria; y, condenada su evolución a ese nivel, lo que no dejó de “avanzar” es la pericia de la mano humana.¹ La “maña” se renueva permanentemente. Nuestro “lo atamos con alambre” suple, aunque precariamente, una carencia. Sólo lo valoran negativamente los responsables de la dependencia y sus adscriptos.

Entonces, antes que oponerse, más parece que estas máximas se complementan. El matiz está en el punto cero.

¹ Resulta digno de admiración cómo se interpretan manuales de montaje diseñados para aparatología e instrumental de última generación, y cuya instalación se concreta con las herramientas ordinarias de siempre y los materiales disponibles.

El correntino piensa a partir de su destreza. Es todo lo que tiene, lo que le dejaron. Su capital es su saber personal.

La máxima de mi abuelo parte de un punto donde se dispone de cierta ingeniería, de saberes (a veces, pero no necesariamente) más amplios y repartidos, susceptibles de ser aplicados. Y es a partir de esa “posible aplicación” que surge el “lazo” de mi abuelo, el alarde velado: *el que puede desarrollar la herramienta* se gana su dispensa; el que no, se sigue deslomando.

Pero ambos refranes tienen en común algo que minimiza cualquier posible diferencia: evidencian el traumático (no) desarrollo de la industria nacional, sistemáticamente suplantado por importación de tecnología. Lo que implica una renuncia no sólo a la producción de hipotéticas maquinarias sino, también, al desarrollo del pensamiento y el saber propios del conjunto social que compone un país.

De esta argucia se valieron los países desarrollados para liderar el avance del capitalismo occidental, homologando una ideología a través de una lógica (la del progreso) e iniciando la colonización subjetiva que, en principio solapadamente y luego desembozadamente, trató de sepultar las diferencias culturales preexistentes. Porque la importación de tecnología involucra también las herramientas correspondientes y los respectivos manuales de instalación, con sus instrucciones de uso. Los avances y saberes técnicos que esto constituye forman parte del discurso progresista, en tanto implican un adelanto tecnológico, pero, combinados con una conducta antinacional, devienen algo profundamente reaccionario, en tanto coadyuvan e instalan una dependencia.

De este modo, el avance tecnológico de origen forastero se vuelve una bandera para la dominación *pacífica* de los países más pobres y empobrecidos, cuya colonización mental se completa y perpetúa cuando la industria “desarrollada” del espectáculo (o el *Entertainment*, como le llaman ellos) elabora íconos y símbolos “para la humanidad” con parámetros que apenas identifican una porción de la cultura de una parte del mundo. La renuncia a la soberanía cultural deviene “natural” y la entrega se perpetra casi a nivel inconsciente.

Del culto del laburo

Pero tenemos que insistir: si la derrota es cultural, también lo es la resistencia. Porque ambas frases pregonan tácitamente el espíritu que se rebela a los modos ajenos e impuestos. Donde la oligarquía y la burguesía (in)nacionales se apuraron siempre a calificar incapacidad y vagancia (omitiendo que es por su egoísmo y otras varias defecciones que, a pesar de la habilidad e inteligencia disponibles, no se ha conseguido aún establecer sólidamente una industria nacional), parece más lógico, más justo también, percibir un modo particular de abordaje del desafío, un estilo propio. Claro que, para esto, conviene adherir a la idea de que la tarea ejecutada para conseguir el sustento es susceptible, a la vez, de “realizar” socialmente al sujeto o de contribuir a ello

¿O este argumento –dentro del sistema capitalista en vigencia– es válido sólo para ídolos deportivos, empresarios, artistas y otros elegidos, en tanto para los trabajadores que-

da el ominoso y excluyente rol/función de la explotación? Esa es la visión que desarrolló “científicamente” el marxismo en los ámbitos teóricos, que, además de no agotar o abarcar la totalidad de la condición del trabajador y (mucho menos) las multiplicidades que componen la realidad, argumenta que esa condición sólo sirve para “realizar” al sistema que dicha corriente de pensamiento combate. Independientemente de adhesiones y visiones, el ser humano significa desde y por su hacer.

Ambas sentencias son claras, asimismo, en ese aspecto: no se trabaja sólo por dinero.

Se entiende que las actividades con mayor porcentual “artesanal” favorecen un aporte superior del estilo individual, lo que es susceptible de expresar a quien lo desempeña más allá de la paga que recibe. En tanto, las tareas mecánicas y repetitivas donde la incidencia del sujeto está tan reducida que el mismo resulta invisible ofrecen una ecuación donde la importancia de la remuneración crece en desmedro del factor “realización”. Pero aun esta última situación se compensa si los esfuerzos individuales están contenidos dentro del esfuerzo colectivo. No un sector sacrificado en beneficio de otro/s sino, en cambio, el esfuerzo de todos los sectores en beneficio de la totalidad. Trabajadores = Pueblo = Nación.

Importa establecer el potencial de una fuerza de trabajo que se retroalimenta en los logros que alcanza el pueblo que la contiene.² Re-significar en lo propio admite y exige una estética propia.

² Por otra parte, es claro que al Gobierno nacional, desde 2003 a la fecha, le interesa conseguir ese “establecimiento” en un ámbito de equidad y libertad. Vaya la aclaración, por las dudas.

Por lo expuesto hasta aquí, es claro que al laburante nacional –en su vasta heterogeneidad– le ha resultado más sencillo demostrar su espíritu de lucha, su coraje, su templanza y su retobado sentido de pertenencia que expresar –más allá del ámbito personal y familiar– el orgullo (y hasta la jactancia, por qué no) por el sentir con que aborda y se apropia de un hacer, de un saber hacer, por su habilidad y adaptabilidad, por su sentido de la estética.

El paisaje produce otros sentires. ¿Cómo no va a exigir otros modos?

Apropiado y propio de esta tierra, sin cosquillas como el caballo “indio” y, como él, conocedor del terreno que pisa y dueño de su paso, el trabajador argentino ha sido históricamente explotado y escasamente reconocido. Paradójicamente o no, esta mano de obra es justipreciada cuando emigra.

Digo “dueño de su paso” porque a partir del arribo de Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión, en 1944, cuando se comenzó a revertir la situación de explotación mediante el primer gran reconocimiento, el espíritu de cuerpo de la clase trabajadora no ha escatimado esfuerzos para reivindicar sus derechos, a pesar de las traiciones que sistemáticamente se han materializado en distintas etapas de nuestra historia.

Vaya un ejemplo (de la historia) reciente: el auge de la revolución tecnológica encontró a nuestro país a merced del neoliberalismo, cuyos paradigmas agigantaron la brecha que nos separaba de los países desarrollados, profundizaron la dependencia, devastando la propia capacidad productiva y otros tantos nefastos etcéteras que sumieron

al pueblo y los trabajadores en una profunda confusión e, incluso, depresión. Sin embargo, bastó un talón afirmado en la tierra desde el poder soberano –como es menester para contrarrestar el golpe adversario y preparar el ataque propio– para que la cultura nacional del trabajo y sus mejores cultores, los laburantes, se pusieran de pie y activaran una recuperación de ribetes heroicos, quizá porque la política sucede a partir de la cultura (toda la cultura, pero sobre todo esa que fermenta en agentes identitarios subyacentes) y aquella falaz inversión de los términos que puso a la economía por sobre ambas estaba condenada a esfumarse en cuanto la política se recuperara retroalimentada en/con la cultura.

Es lo que comienza a percibirse claramente ahora que la inversión actual en tecnología, más la proyectada por la Administración del Estado Nacional hasta 2020 (que constituye tal vez la última oportunidad de consolidar una industria y una burguesía nacionales), augura un momento para el trabajo nacional que –enfrentando intereses particulares, y sin “neutralidades”– apunta a generar condiciones de empleo genuino y pleno.

Con el apoyo y el accionar responsable de todos los sectores involucrados, la Argentina tiene la oportunidad histórica de resolver muchas asignaturas pendientes: disminuir el trabajo informal, terminar con el trabajo infantil, eliminar las situaciones de explotación, homologar derechos y remuneración sin distinción de género, raza o condición social y geográfica (porque las leyes nacionales deben abarcar toda la extensión del país, sin excepción de feudos ni republiquetas) y, además, resarcir las frus-

traciones acumuladas de esa estética popular de la que mi abuelo y mi tocayo –entre tantos millones– fueron y son fieles exponentes, haciendo oídos sordos a ese otro latiguillo tilingo que señala: “acá lo que pasa es que nadie quiere laburar...”

Mara

Vamos, como tantas veces, en la chata del Negro Giménez, un Rastrojero '70 o '71, doble cabina, que más que un simple medio de transporte es una prolongación de su vivienda. Ahí adentro, con el Negro al volante y los pozos estimulándonos del perineo al hipotálamo, mientras aspiramos a ganarnos el sustento ofreciendo conciertos didácticos en las escuelas de la ciudad de Mendoza y sus alrededores, nos entregamos con entusiasmo a la filosofía rastrojera... a la reflexión zanjonesa³.

Sobre un fondo tarareado de zamba, tonada, vals o chacarera, le damos luz a una melodía o intentamos un verso. Alguna vez, hasta hallamos una imagen o logramos una rima con sentencia.

El Negro es, además de un gran cantor y entre tantas cosas, un gran conversador: no tanto en la cantidad sino por

³ La ciudad de Mendoza esta circundada por canales, llamados "zanjones", que reciben el agua de posibles crecidas por deshielo o lluvias y, a su vez, distribuyen la necesaria para riego en las acequias de la ciudad. "Zanjonero" alude, en este caso, al mendocino de la capital.

la relación sonido/sentido entre las palabras que prefiere pronunciar. Voy a tardar un tiempo largo en entender que eso es menos influencia de “lecturas” que de algún antepasado indio que le corre por las venas. Pero así viene la cosa: “*cuando el maíz está en barbecho*”⁴, cree que se las sabe todas y se come todos los amagues. Hay que meterle arruga al pellejo y, con suerte, uno aprende por la propia. Y aprender por la propia, de lo propio, lleva para nosotros –ahora lo sabemos– mucho tiempo.

Una de las teorías en las que el Negro suele insistir es que el “aparato” funciona casi mecánicamente y no se equivoca nunca. Puede parecer que a veces se lo engaña, pero a la larga –dice– los engañados somos los mismos de siempre. Le llama “aparato” al “*establishment*” legitimador de la cultura nacional (cada vez que junta estos dos conceptos (“cultura” y “nacional”) me mira de frente, bajando el mentón y con los ojos hacia un fruncido entrecejo, como si usara anteojos y me mirase por encima de los cristales. Es el recurso que usa para “encomillar” lo dicho), y afirma que no se equivoca porque lo que se legitima abona siempre la misma cultura impuesta y establecida.

–¿Vos conocés a Daniel Moyano? –me increpó cierta vez y, al responderle que no, decantó una vez más hacia la mencionada teoría:

–Bueno, el tipo es un riojano⁵ que escribió “Tres golpes de timbal”, una de las más bellas novelas argentinas. Y

⁴ “Cuando el maíz está en barbecho, / luce un color brillantón, / Las hebras como un nailón / presumen con sus lindezas, / Pero agachan la cabeza si la agarra el carbón.” Atahualpa Yupanqui, “El payador perseguido”.

⁵ Daniel Moyano: músico y escritor argentino, nacido en Buenos Aires y radicado en La Rioja hasta su exilio. Murió en España en 1992.

argentina en toda su dimensión: pa' dentro, pa' fuera y pa' todos los costados. ¿Me entendés? Bueno, a ese tipo el aparato no lo deja entrar. Si conseguís el libro, sos un mago...

Frena y estaciona la chata. Me toca bajarme a mí. Después de una corta entrevista con la directora de la escuela, a la que una maestra amiga nos recomendó, quedamos para el jueves en la última hora de la mañana.

Los conciertos didácticos del Grupo Alturas pasarán a la historia como uno de los momentos lúdico/educativos que más han aportado a la conciencia latinoamericana de los escolares y docentes mendocinos. La música en vivo en las escuelas es y será siempre una herramienta invaluable para la expresión popular porque, como primer espacio socializante, ofrece el modelo expresivo en vivo y en directo, no a través de referencias, grabaciones o películas. La expresión artística “mediada” es casi siempre producto de la industria cultural y está muy bien. Tanto mejor mientras más de acá sea. Pero nunca puede sustituir la experiencia de ver a un par, un compañero o un papá o una mamá; o un docente... Un humano, digo, expresándose con un instrumento.

Eso tratamos siempre de alentar porque, como suele cantar por los pagos de Misiones el amigo Gustavo Filippini, la música popular es una “polvareda suelta” y somos parte de ella. Y, además, queremos que se agite y crezca. Si los músicos profesionales –o al menos los entendidos o dedicados– no van a la escuela, los docentes de música deben procurar la música en vivo valiéndose de alumnos o padres u otros familiares que sepan y/o puedan interpretar algo. Las más de las veces, sobre todo lejos de las grandes

ciudades, será más cercano al acervo lo que algún padre pueda conocer que lo que está en la currícula escolar como contenido. Esto también lo aprendimos después, cuando el maíz se vino haciendo mazorca madura.

–No lo editan... –sigue el Negro. –Bah, no lo reeditan. Por ahí se cuidan de no repetir el error. No debe ser negocio la versión novelada, la visión poética de la historia reciente de la Argentina según uno de los nuestros. O, más bien, deben cuidarse mucho y muy bien de que no lo sea...

Arrancamos de nuevo, y la chata y la conversa siguen, como si la interrupción no hubiese existido:

–Entonces, el aparato niega o esconde lo que no acuerda con lo que ellos establecieron.

Al decir “ellos”, el Negro se refiere indistintamente a “esos mierdas” de los diarios de Buenos Aires, a los que tienen “nicho” en la cultura y unos cuantos etcéteras por donde circulan los milicos, los descendientes de Mitre y los “negreros” comprovincianos. Este amontonamiento arrima conceptualmente lo que luego entenderemos con Jauretche, que nos volará la cabeza con “La colonización pedagógica”, y con Yupanqui, que nos volará el alma con “El canto del viento”.

–En algún lugar te das cuenta que no cierra. Por ejemplo: vas a la escuela y te enseñan un montón de cosas, pero cuando salís (digo, suponiendo que podés tener una educación escolar y todo eso), salís a vivir, y ahí te das cuenta de todas las cosas del contexto que la escuela omite. Y bueno... Si ahí usás un poco la de pensar, descubris que si vos sos “en”, “con” y “del” contexto, también sos omitido. Al

menos en parte, ¿no? Funcional... Un engranaje del aparato. Y además nosotros, como músicos populares, ¿ah?... estas canciones que cantamos: ¿te enseñaron alguna en la escuela a vos?

–Eh... No, la verdad que no. Me enseñaron el coro del Nabucco de Verdi. Digo, de lo poco que me acuerdo que me gustó. Más bien cantaba en los actos escolares canciones que *no estaban o no eran* de la escuela.

–Nos formamos como podemos. ¿O no? Los cultores de la expresión nativa (como los llamaría Yupanqui) son herederos directos, escasos, por otra parte; o son buscadores. Buscan... Buscamos, Flaco, agujas en pajares, en la niebla, bajo todo el ruido del mundo.

Pienso (pero no ahí, en la rastrojera y en algún día del '94, sino después, cuando de a poquito fuimos entendiendo que tampoco basta sólo señalar los defectos) en el recorrido y las condiciones de esa búsqueda. Tal vez no tan épica como la describía el Negro, pero admitiendo –al correr el velo de una instrucción sin anclaje en el paisaje propio– el estremecimiento, con las pruebas del escamoteo histórico y con el exacerbado fomento del plagiado (e individualista) “aryentinian way of laif”; pienso, decía: lo que costaba hallar en los '80 y '90 un libro de Jauretche, Ramos, Conti, Costantini, Tuñón, Gelman y tantos otros que ya habían estudiado y analizado el ese “aparato”. Y, además, como en la escuela no hay ni Jauretche ni Yupanqui, no hay transmisión del acervo. Y, si hay algo de esto, es de modo informal, por impronta particular del docente o por alguna rara concurrencia. El educando argentino no tiene las herramientas

suficientes para sobreponerse a la aplanadora cultural homogeneizante de la televisión.

Antes de bajarse él, en la siguiente escuela, que es la última de la agenda, me señala el asiento trasero recordándome el “paquete” y le correspondo asintiendo, como para que vaya tranquilo.

A los cinco minutos, se sube sin novedad:

–Nuestro “contacto” tiene ausente –dice, y arranca una vez más.

Encaramos el regreso, ya medio con la energía en baja y el entusiasmo algo quizá saboteado. La mirada colgada en el pasar del camino y en silencio. Entonces “el paquete”, a la sazón la Marita, que ha venido durmiendo en el asiento de atrás y hace poquito cumplió los dos años, se para, lo abraza al Negro por el cuello y le dice:

–T’amo, papá.

Al Negro se le cae la baba, le agarra la manito respondiendo al abrazo y le dice que él también la ama. A mí se me hace un nudo entre la garganta y el lagrimal y me digo que sí, que hay que seguir, que mientras esa vocecita sea motor, continuaremos inventando, tarareando, intentando y buscando. Sea por zamba, tonada, vals o chacarera, habrá canto para rato. Esa es la sentencia aunque a veces no tenga rima. Porque nos legaron una maravilla que, cual hechizo, no termina de cristalizar en todos los lugares que debiera pero que, como herederos, debemos transmitir.

Y les debemos a nuestros hijos ese “imprescindible”: sentirse parte de una identidad cultural propia del paisaje y de la mano que lo trabaja.

Mientras voy pintando para harina de mazamorra, nada me importa tanto como que el maíz se sepa tal y cuál. Y desde que anda en barbecho...

Joaquín

Cuando era bebé tuvo una enfermedad que le ha dejado dificultades para hablar y caminar. Ahora está en segundo grado y yo, que soy el profe de música, he sugerido que inventemos una canción para la bandera.

Todo el grupo aporta ideas, oraciones, palabras sueltas. Por ahí, entre risas y aclamaciones exageradas e impostadas, suena algo más completo y lo rescato:

“Banderita azul y blanca, ¡Salud!”

–¿Salud?! –digo, acentuando y dramatizando el término: –¿Salud, qué salud?

Se ponen alertas...

A mí me parece un lugar común, una palabra o una fórmula que a los siete u ocho años de edad se repite sin saber por qué y, un poco sobreactuando, pregunto:

–¿Y eso quéee significa?

Se largan todos a reír, se miran entre ellos y se encogen de hombros...

Sólo Joaquín contesta. Y la primera vez no lo entiendo, así que le pido que, por favor, repita. Y entonces escucho:
-Una bandera... resfriada.

Símbolos y simbolizados

En 1995 era maestro de música en una escuela privada de un barrio acomodado de la ciudad de Mendoza y había asumido, desde el área, la responsabilidad de la musicalización total, en vivo, de los actos escolares.

Nos llevó un tiempo prescindir del caset con la grabación del Himno Nacional pero, finalmente, estrenamos una versión adaptada al ritmo de vidala, que se adecuaba bastante bien al espíritu de la introducción y la primera parte del himno. Dado su color telúrico, además de ser muy original, era tímbrica y prácticamente más accesible que la versión “oficial”, debido a la dotación instrumental que teníamos con los alumnos de quinto grado, a saber: seis o siete bombos, para la marcación rítmica; dos teclados, para las notas fundamentales o bajos; y tres flautas dulces, para la melodía. Resultó un éxito.

Padres y profesores largamos el moco más de una vez (algunos solamente se emocionaron), efecto que impactó en los ejecutantes de manera especial.

Pero (siempre hay un *pero*), en la siguiente reunión de padres con el plantel académico de la escuela, una madre de primer grado hizo el siguiente planteo respecto de nuestra versión del himno: *“La escuela, a través del profesor de música, le ha enseñado a mi hijo una versión distorsionada de un símbolo patrio. Quiero saber si la misma (por la escuela) se va a encargar de corregir esa distorsión”*.

Fue un golpe inesperado. Apoyado por la dirección pedagógica, alcancé a argumentar, en mi defensa, que la bandera nacional es originalmente de tela pero una bandera pintada en un cuaderno escolar o en una lámina o en la puerta de un baño sigue siendo “la” bandera; “mi” bandera, si ya he asumido que me representa... Es decir, si de alguna forma “me” simboliza.

La “distorsión simbólica” (el ritmo de vidala) que era preocupación de la madre –tal vez sólo por la temprana edad de su hijo, en tanto éste pudiera entender una *variación* sobre el símbolo como un atributo más del mismo o tal vez porque un abordaje que no fuera el de la estética militar le resultaba inadecuado en cualquier circunstancia para la ejecución del himno– guardaba para los alumnos y el maestro sólo aspectos positivos.

Por un lado, interpretarlo por nosotros mismos (no sobre una música grabada ni sobre un piano ni sobre una banda) implicaba incorporar otras impresiones que las que resultan sólo de pararse firmes y cantar. Manipular la melodía, para los ejecutantes de flauta y teclado, o el ritmo, para los percusionistas e incluso los cantores, al depender de la sincronización de y con sus compañeros, les inauguraba una nueva relación con el Himno Nacional Argentino.

Lo “pasaban por el corazón”, según la feliz expresión de Eduardo Galeano.

Por otro lado, ejercitábamos y asumíamos como nacional un ritmo “norteño”, sembrando un dato susceptible de resonar luego en las sensibilidades ya adultas, para contribuir a identificar un acervo cultural propio.

Claro que el hecho de que “el planteo” tuviera lugar revelaba otra situación. En el imaginario social el argumento materno era atendible según valoraciones que prescriben que lo tradicional, lo instalado y permanente constituye, en relación a los símbolos establecidos, un valor positivo que deviene natural y, como tal, no sujeto a revisión. Por oposición, la variación y el cambio son características o instancias que se perciben como disvalor.

Pero (siempre se puede agregar un pero) si intentamos definir el símbolo, tenemos que decir que es siempre una relación con una idea o un sentir, que a su vez resultan representados por un objeto o acción. Una vez decantado y constituido, su fuerza consiste en superar la contingencia e invocar –en este caso, a la Patria– más allá de cualquier otro uso o interés circunstanciales. Lo trascendental es su contenido inmanente más allá de sus aspectos formales.

Ahora bien, se trata de una convención social. Cuenta lo formal y lo relacional. Olvidando cualquier variación, habría que ver si por ejemplo, la forma fija *Himno* o *Bandera* establece las mismas relaciones con y para todos los integrantes de la sociedad simbolizada.

Si lo fijo y permanente es tanto el objeto/acción como la relación, tenemos derecho a preguntarnos sobre la profundidad que la representación simbólica alcanza. ¿Has-

ta dónde damos por sobreentendida la significación o el sentido de algo, simplemente porque nos acostumbramos a su presencia permanente e invariable desde que éramos niños? Por un lado, se corre el riesgo de confundir al símbolo con el mero objeto/acción que lo representa. Por el otro, se generaliza, convalida y disimula la condición de simbolización ficticia.

El himno cantado en una plaza de armas es el mismo que se ejecuta en la escuela o en un evento deportivo entre naciones y, así sea en la solemnidad marcial, en la observada atención escolar o entre las pullas y silbidos de los estadios, en todos los casos será la música que representa e identifica el sentimiento nacional de los argentinos. O, al menos, de los argentinos que nos hacemos cargo. Antes que las dotaciones instrumentales y los contextos, el problema mayor reside en que dicho sentimiento nacional, entre nosotros, está lejos de ser unívoco.

Ya que mencionamos los eventos deportivos, es notable cómo ciertos relatores y comentaristas que suelen encarnar(se) en voceros de lo políticamente correcto han insistido largamente en señalar el “error” de que los himnos nacionales se ejecuten en las contiendas deportivas internacionales, argumentando que no se trata de eventos de seriedad suficiente, que, siendo sólo un juego, no compromete la oficialidad institucional de los países ni se dirime más conflicto que el que implica ese juego, etc. y que, además, se presta a la falta de respeto por parte del público.

Argumento falaz por donde se lo mire: condenar el símbolo sólo a lo suficientemente serio es hacerlo pasado;

“desmontarlo” de su potencia en presente, vaciarlo para el futuro. Por otra parte, ¿cabe esperar a estar en conflicto para entonar el himno?

Por supuesto que si ello se lleva a cabo en el marco del reclamo soberano sobre las Islas Malvinas tiene una carga –también un dolor– diferente. Pero nosotros, Pueblo y Nación, que en absoluto tenemos la ambición de someter a otro a nuestra voluntad, no podemos suscribir esa pereza mental de asociar himno con conflicto. ¿No es, de nuevo, remitir al travestido modelo de Hollywood, donde la gestualidad simbólica presupone siempre una violencia, una agresión, algún acto bélico destinado (por ellos y para todo el mundo) a ser relato de héroes y aventuras?

¿Por qué no celebrar, los argentinos, nuestra identidad y pertenencia no sólo cuando la ocasión lo demande sino, además, cada vez que nos resulte propicio?

En cuanto a lo de la falta de respeto por parte del público, es un énfasis sobreactuado⁶, otra afirmación funcional a los fines expuestos, y abona cierto complejo que confunde respeto con reserva. Como si se quisiera relegar esa celebración a la esfera de la expresión en privado, contrita, reprimida y reprimible.

Hoy, felizmente, el himno se corea en distintos espacios y situaciones, tarareando –no muy sutilmente, convenga-

⁶ ¿La silbatina a nuestro himno en el partido contra Alemania, durante el mundial de Italia 1990, implicaría una falta de respeto a nuestro país, a nuestra nacionalidad o al juego de nuestra selección? Como fuere, se entiende que en ese contexto no cabe la ofensa en su real dimensión... ¿No recordamos, más bien, la puteada del Diego y el espíritu que ese hecho insufló en los jugadores argentinos para defender heroicamente el título de campeón?

mos— la hermosa melodía de introducción, y se toca con todos los instrumentos, y se canta en forma sentida o a los gritos en cuanta ocasión lo requiere (la dignidad investida es más o menos solemne según las condiciones, pero no por ello menos respetuosa, afectuosa y/o festiva, ya que la alegría también se conmemora), quizá porque ahí reside su verdadero sentido (el del símbolo): en la apropiación activa por parte de individuos y grupos al sentirse identificados y contenidos. Es novedoso como práctica social extendida pero el principio, obviamente, es antiguo.

Cuenta don Atahualpa en “El canto del viento” su excursión con un baqueano a la Laguna Brava, en la cordillera riojana. Estuvieron tres días acampados al borde de la laguna y, uno de esos días, el baqueano, de apellido Cruz, le recuerda que es 25 de Mayo. Entonces, don Ata saca una cuerda de guitarra que había usado para remendar una alforja y la fija al mango de su rebenque. Dice él que, mientras tanto, Cruz lo miraba divertido. Don Ata logra tensar la cuerda y afinar lo suficiente como para tocar las primeras notas del himno. Entonces el baqueano Cruz, que las reconoce, se pone de pie, serio, y se cuadra. Y los dos se transportan al paisaje interno que esa melodía ha creado en sus espíritus.

Esa celebración de pertenencia es, sin dudas, solemne, pero más por su filiación con la tierra que por cualquier ribete marcial, que, por lo demás, huelga en ese contexto. Lo intrínseco está sobre la forma.

El ejemplo vale para ilustrar que el momento histórico, los ámbitos y contextos modifican menos el carácter de los símbolos que *nuestra relación* con ellos. Y, más allá de la

convención social, esa relación, para todos y para cada uno, debe verificarse de modo personal.

Durante la dictadura cívico-militar, cantar el himno era para muchos una imposición, casi como asumir la complicidad en el accionar represivo y criminal del llamado “Proceso”. Luego, con el advenimiento de la democracia, la participación en la expresión colectiva no varió demasiado. Cierta falta de entusiasmo al entonar sus estrofas era hasta natural. Y esto resulta ahora un signo revelador, un síntoma de la época. Como si los símbolos llamados “patrios” no evocaran *nuestra relación* con la Patria sino con los que se habían apoderado por asalto de su destino, y nos vincularan cada vez con esa rémora infame.

Esto implica una inconsistencia del símbolo en la relación con sus simbolizados y/o viceversa. Nobleza obliga, antes de que se nos queme el rancho en el razonamiento, conviene recordar, según lo ya expresado, que el sentimiento nacional de los argentinos no es unívoco, seguramente porque es la idea de patria la que difiere originalmente.

Entre tanta paisanada de a pie o bien montada, que de forma fidedigna responde antes a un sentimiento de pertenencia que a cualquier tipo o matiz ideológico, habrán también quienes, en aquella época hayan entonado con miedo, valor, odio, admiración, etc. el deseo de eternizar los laureles que supimos conseguir. Sobre todo aquellos que eran concientes de la traición, de la nueva entrega de nuestro destino a los filibusteros de siempre. En cambio, los entregadores, aunque hayan nacido acá y se paren firmes en los actos de protocolo y entonen la letra, persiguen otra gloria, que dista sideralmente de la que persiguen los pue-

blos en busca de su liberación.

En la naturalización estática y paralizante de los símbolos, el poder conservador tiene una herramienta, también una estrategia, para apelar a una suerte de sentimiento pueril respecto a la identidad y la pertenencia.

Toda nuestra instrucción escolar está teñida de extrañamientos. ¿No es legítimo preguntarse cómo influye eso en nuestra asimilación y percepción de los símbolos patrios?

Lo que podemos afirmar es que, confundida la inmutabilidad del símbolo con la de nuestra relación (personal, individual y colectiva) con él, resulta quizá más sencilla la operación de usurpación o sustitución de sentido.

El anquilosamiento del poder simbólico opera a favor de una mecánica que aleja o impide el vínculo movilizador del símbolo con lo concreto. Si no está vivo, no hay mística. Y sin mística no hay “espíritu nacional” posible.

En esta etapa de poder revolucionario (o reformador, para los que le bajan el precio) ejercido desde el Estado, lo primero que está en disputa es el sentido. Se lucha por re-significar la historia porque está viva, porque no deja de hablarnos y lo hace en y desde lo concreto y también a través de los símbolos que supimos conseguir (recordar aquello de: Libertad, Libertad, Libertad) y de lo que estos “consiguen” en nosotros.

Se ejercita una dialéctica pública: desde el Estado hacia el Pueblo y viceversa. O sea, es “oficial”. Y, entonces, “oficial” adquiere una nueva semántica: implica anuencia por mayoría; es de todos y para todos los argentinos.

¿Existe o puede asumirse una oficialidad que contenga las multiplicidades que nos componen? Ha llegado el tiem-

po (de terminar) de construirla. Asumiendo al enemigo, se busca desenredar a los confundidos por tantos años de cipayaje alentado desde la institucionalidad y combatir con ejemplar dignidad todo sentimiento entreguista y antinacional. ¿Qué otra cosa que este orgullo da origen y sentido a nuestros símbolos?

Mientras insistamos en dismantelar el complejo de referenciarnos en las lógicas culturales de EEUU y Europa y no nos trampeemos identificándonos con una versión formal de la patria, se puede hablar de una Nación que se (re) construye con las particularidades de todos: los que llegaron de los barcos y los naturales de la tierra. En la mezcla, no se pierden ni se niegan sino que devienen en rasgos identitarios de potencialidad libertaria, autónoma y soberana, susceptibles de unirnos fácticamente porque llevamos grabados en espíritu los mismos símbolos y los refrendamos, y porque los ideales que parieron la patria se fundan día a día, todos los días.

Don Distéfano

“Si uno no sabe buscar, basta con que quiera encontrar”.

“Te lo dicen en todos lados y a cada rato: busca ser generoso, el resto se te dará por añadidura.”

Principios técnico-religiosos de un inventor de vocación y mecánico dental de profesión. Sanrafaelino y beato. A su manera, aventurero. De esos que no cejan ante un desafío mecánico y que se apasionan con los motivos causales que rigen el funcionamiento de una máquina.

Ahora está construyendo un torno para madera y, mientras el Ángel –su hijo y heredero mayoritario de esa impronta– lo prueba con un pedazo de paraíso que será después, si todo sale bien, parte de una flauta barroca. Don Distéfano me cuenta de los tiempos en que tenía un detector de metales y era muy requerido para buscar tesoros perdidos en la Villa 25 de Mayo, donde tuviera lugar la primera fundación de la ciudad de San Rafael.

Estos “tesoros” solían consistir en vajillas y otros enseres que, en su época, los pioneros enterraban cuando tenían

que evacuar el poblado ante la amenaza de malón. Es obvio que algunos no volvieron o no vivieron como para recuperarlos. Y por eso en la zona siempre aparece alguno que tiene un dato de que en tal lugar, en frente de un árbol así y asá, o sobre tal cerro hay un tesoro aguardando ser rescatado.

Lo más grande que encontré –dice– fueron unos gigantes rollos de cable de cobre que sobraron de las obras hidroeléctricas del dique El Nihuil. “Y, como el Estado –deduce mientras relata– *compra por licitación, aparentemente no los puede reingresar en el mercado. Por ahí, transportarlos hasta donde fueran aprovechables les salía más caro que mandar a enterrarlos en la ladera de aquel cerro donde los descubrimos*”. El mismo cerro que, impávido, escuchó los gritos de festejo que daban los cazadores del tesoro, ante la vehemencia con que la chicharra del aparato distefaniano indicaba –se imaginaban– una mina de oro o la platería del Capitán Montoya, por lo menos...

Se deshizo del aparato un día que dos supuestos socios se pelearon a cuchillo en su casa, cuando habían ido a contratar sus servicios y no se pusieron de acuerdo en cómo se repartiría el presumible botín.

–Parece que va a andar –interrumpe el Ángel, y me arrima un tercio de *casi flauta* recién salida del tronco.

Don Distéfano le suma a mi embeleso por la reciente creación su modo de catarla, de observarla minuciosamente y celebrarla a la vez. Me mira con leve sonrisa, lo mira al hijo y al recién estrenado aparato y dice:

–¿Ven? Por complicado que parezca, lo bello tiende a lo simple. Yo he llegado a fabricar piedras preciosas, y no es nada complicado. Es bastante sencillo. ¿Saben por qué? Porque lo precioso es sencillo.

La sombra del ornitorrinco

“Es cierto también que ni el zorro, ni el ñandú, ni la mulita o el peludo, entraban en nuestra zoología escolar... pero conocía la descripción exacta del ornitorrinco que es una especie relicta de Australia. También nos enseñaban lo que significa relicta”.

Arturo Jauretche

Estamos en una jornada de defensa del patrimonio cultural tangible e intangible, donde participo para referenciar parte del trabajo que desarrollamos desde el Frente de Arte Militante. Es la hora del ágape, y los expositores tragan, como desaforados, pequeños y pintorescos *canapeses* y otros bocadillos. Hay uno que se pasea y engulle uno tras otro, parece que camina raudo para bajar lo que embucha.

Alguien del grupo de los organizadores me presenta un gestor cultural, *“de los primeros que empezó acá”*, dice.

Me acuerdo del Chango Farías Gómez, que en un ascensor de radio Nacional me dijo que un gestor cultural –concepto recién importado de España y las uropas– entre nosotros no era otra cosa que “*un puntero político, flaco, un puntero político*”. En aquel tiempo no se lo entendí, pero desde aquel entonces (año 2000) a la fecha creo que la afirmación del Chango, a quien lo avala el recorrido histórico por un hacer colectivo y popular, aludía con justeza a un rol que era función de quien ejerciera su representatividad en su barrio o comunidad.

Bueno, pero no es el caso. El tipo que me presentan da la impresión de ser un vendedor, un visitador médico o algo así. Por trabar conversación, aludo a la exposición que acaba de pasar, en la que se menciona el descubrimiento de una nueva especie de lagarto patagónico, bicho al que parece que no se le da la bola que merece. Se argumentaron cuestiones de presupuesto (la cosa viene de oenegé) y que el Estado es remiso a realizar su aporte, y que los empleados son voluntarios y un montón de previsibles autoloas. Exhibiendo una de las diapositivas de la presentación, donde constan las demás actividades que realizan en el museo, el expositor ha ponderado los “números artísticos de calidad: jazz y música clásica”.

Comento al respecto:

–Son celosos con el lagarto pero parece que con las especies musicales del país no tanto...

Mi interlocutor declara que una oferta conformada por jazz, flamenco y tango, por ejemplo, es una muy buena propuesta. Corroboro que es vendedor. Por seguir la conversa, cosa que es riesgosa, uno ya lo sabe, afirmo:

–Claro, las músicas populares de todas partes son propuestas interesantes. Pero me refiero a la forma solapada en que se soslaya la penetración cultural, que me parece que es algo que no debiera...

–Claro que no –me corta el tipo–. Sin la penetración cultural no tenemos nada.

Si hubiese tenido un canapé en la boca, se me hubiera atragantado pero tengo un vasito de plástico semi vacío que estrujo por los nervios. Es la primera vez que la consideración que insisto en compartir es tan mal barajada de entrada.

El tipo concibe que todo vino de afuera; el descubrimiento, la conquista y todo es penetración. Y eso es entre nosotros un gestor cultural.

Le digo que no, que en la mezcla surgieron cosas que no existen en otro lugar y que eso es propio; que, si no, claro que *propio* no habría nada.

Ahí tercia que sí, que hay. Le sale el docto suficiente y referencia a los pueblos originarios y al legado precolombino.

No lo veo identificándose con los sikuris, ni con los cultores del canto con caja, por ejemplo, como para decir “propio” y que se sienta incluido. Propio del lugar debe pensar el tipo, sobreentendiendo que él es parte ¿tal vez de la conquista? ¿O de la mentada penetración?

La sombra del ornitorrinco de don Arturo, como una gran nube, sobrevuela el ámbito de los doctos engullidores. El tema es plantear el saber como una suerte de esgrima. Hay que “vistear” contra un saber de datos vacíos, sin carnadura:

“...que en el norte existen grupos que a veces con muy buenas producciones consiguen interesar al público nacional, que incluso viajan como embajadores culturales al exterior; que, bueno... Mirá: el declinar del tango tiene que ver con que los tangueros fueron siempre muy cerrados; que hay una camada de pibes nuevos que hacen furor en Europa y que el mundial de tango es un acierto artístico y económico... Hoy por hoy la cultura es un recurso a explotar de la mano con el turismo...”

No me acuerdo si le rebatí algo. Ahora que lo escribo sospecho que esta especie que, lejos de ser relictas, prolifera cual plaga de ratas me espera en fila, y me toca siempre a mí. O tal vez mi pretensión –compartida con unos cuantos otros, de antes y ahora también– de admirar y valorar toda expresión artística popular de cualquier parte del mundo a condición de, primero, amar y admirar lo propio será sólo eso: una vana pretensión.⁷

Ya que estamos, y para reforzar, es un placer citar a don Buenaventura Luna⁸: *“Queremos decir que si hemos asimilado lo extranjero, ha sido, no porque lo hayamos comparado con lo nuestro diciendo que aquello es mejor, sino porque con anterioridad habíamos abandonado y aún olvidado nuestra propia manera tradicional de ser. No es lo mismo negarnos por haber mirado hacia fuera, que mirar hacia fuera como resultado de*

⁷ La expresión que se corresponde con nosotros, en la que podemos reconocernos individual y colectivamente, la de nuestro terruño, con nuestra mezcla originaria, que devino de complicados, profundos y largos procesos, de ninguna manera es lo mismo que la influencia y penetración de tanto tipo de expresión foránea alentada por lo que el mercado considera “de moda”.

⁸ Buenaventura Luna, seudónimo de Eusebio Dojorti. Músico, escritor, periodista y militante político nacido en 1906 en San Juan y fallecido en 1955 en Buenos Aires. El fragmento transcrito corresponde a “Cultura e Identidad” y se puede consultar en <http://buenaventuraluna.blogspot.com.ar>.

habernos, previamente, negado. El 'jazz' y todo extranjerismo, con la consiguiente corrupción del idioma –que por otra parte corresponde a nuevos módulos y necesidades de vida– no prueba nada contra nuestra juventud, cuya natural energía que no puede quedar ociosa, se aplica al conocimiento, aprendizaje y culto de lo foráneo, no antes, sino después de que los padres han abandonado lo de los padres, lo de la casa y de la patria. Siendo ello así, de nada vale irritarse en procurar el desprestigio de la música, costumbres y palabras que viniendo de afuera se sustituyen a las nuestras, señoreando nuestra vida social y desdibujando cada vez más nuestra propia fisonomía social, al debilitar paralelamente, nuestra fe en nosotros mismos. Reprocharle a la juventud su preferencia por el “fox” o por la “conga” será estéril, si no atinamos, antes que nada, a mostrarle y poner a su alcance la superior belleza de nuestros propios aires tradicionales. Éste debe ser el principio de la gran tarea que nos reclama a los argentinos: la tarea de recuperarnos espiritualmente en medio del bullicioso desconcierto que caracteriza a este instante de la historia.”

Del tiempo en que Buenaventura Luna escribía estas palabras al actual, tanto se agrandó y “perfeccionó” lo que viene de afuera, tanto alimentaron el debilitamiento de nuestra fe en nosotros y lo nuestro, que devino complejo de inferioridad.

Aquellos “padres que abandonaron lo de sus padres” fueron imitados por las generaciones subsiguientes. Y continúa. A la diferenciación natural que en determinada edad los hijos establecen con sus padres, el imperialismo cultural le proveyó herramientas y modos que hicieron de la diferencia etaria una excusa para instalar, entre otras tantas

calamidades, la defeción de la cultura hispano americana. Naturalizó la degradante condición de imitadores –como monitos de circo– respecto de cualquier “forma artística” que surja en la América anglosajona y levantó los altares del culto a sus ídolos, no importa que tan nobles o soeces resultaran. Lo consumado fue la invisibilización de la gran mayoría del acervo que resiste como herencia cultural en una minoría de la población criolla, en tanto se aguarda por los resultados de aquella gran tarea inconclusa que el bueno de don Buenaventura reclamaba para los argentinos. Y, con él, hay que seguir admitiendo que el problema no es de nuestros jóvenes sino de los dispositivos socio/comerciales que administran y fomentan realidades a medida del “producido cultural” más barato y accesible. Condenar a nuestros jóvenes porque no conocen su propio acervo cultural sería tan cínico como el establishment vernáculo cuando censura el gusto estético o el “alcance” intelectual de los sectores sociales a los que previamente condenó a vivir por afuera del tramado social básico de dignidad en educación, salud y vivienda.

Pero, volviendo a esos tipos (los emisarios del ornitorrinco), es gente que en la puta vida va a entender de qué se trata la expresión popular. A gatas si entiende la que “ingresa” en su espectro de “mercado de bienes culturales”. Se deslumbrarán con un artista exitoso, se prenderán a la ola de lo que suscite mayor “interés” y/o prestigio; y contribuirán denodadamente para confundirlo todo: las recetas de *marketing*, las neo definiciones sobre cualquier aspecto del “saber cultural”, generalmente mal trasvasadas a la jerga

comercial, el éxito como prueba de talento y/o genio, lo artificial instalado como natural histórico, lo impuesto como opción libre... Contumaces reducidos conceptuales, se ampararán en que el rock, el rap, el hip-hop, el reggaetón y cualquier otra vaina de esas –como la conga y el fox en los tiempos de don Buenaventura– funcionan porque a la gente, y sobre todo a la juventud, le gustan; porque, además, eso “está bien hecho”...

Bueno. Pero ¡fuera bicho! ¡Fuera, sombra del animal de Australia! Necesito que la guía del cóndor me eleve de esta densa nube. Tenemos que ir pa’ delante pero asumiendo el problema, no la “realidad” que estos sujetos se apuran a objetivar según su gusto y alcance.

Al momento de “exponer” en las “jornadas”, contaré la experiencia de “A cada cantor su paisaje”, práctica que compartimos con el grupo de compañeros que integramos el Frente de Arte Militante durante el 2012, consistente en un ciclo mensual de expresión popular de las diferentes regiones del país. De este modo, un grupo de jóvenes de la ciudad de Buenos Aires tomó contacto por primera vez con la música cuyana, la vidala, la payada, etc., deleitándose a la vez con formas como el candombe y la milonga, de las que, mal que mal, alguna referencia ya habían tenido.

Por supuesto que instrumentar propuestas de este tipo no va a variar de un día para otro el gusto o la preferencia musical de los jóvenes pero, al menos, les brinda la oportunidad de apropiarse del dato. Si esto acontece, cada uno de ellos podrá en algún momento volver a mirarse y reconocerse, a la vez que se descubre en el fluir del sentir argentino y suramericano, más allá de las filiaciones a las que haya

adherido (o sido sometido) por “bulliciosos desconciertos”.

En algún lugar y tiempo, el paisaje pide pista y habla y dice. Somos receptores/trasmisores. Esta cualidad natural de la vida, tan vapuleada y aprovechada por los mercaderes del relleno, es dinámica y susceptible de inventar, tanto retornos alumbradores como variantes insólitamente creativas y hasta epifánicas...

Por eso es importante que algo del acervo les navegue, si no en la sangre, en la idea y el sentimiento. Es un brote en potencia. Les escuché a los chaqueños Corcho Benítez y Coqui Ortiz la expresión “prende de gajo”, para referir este fenómeno. Que si no brota de la raíz, la planta se multiplica de sus tallos. Lo nuestro es (re) florecer. Ya deberíamos saberlo.

Del auditorio del magno evento, no sé qué escaso número apreció las consideraciones de un militante de la expresión popular (desde donde yo estaba se veían sendas caras de upite) pero, para mi grata sorpresa, la antropóloga que me sucedió en el uso de la palabra tenía para compartírnos su vivencia e investigación sobre el misachico⁹ y el baile del suri¹⁰ en las comunidades salteñas de la Quebrada del Toro, y, aunque diferenciándose desde una mirada más académica, avaló los puntos de vista que este servidor había manifestado en relación a la función primordial que cumple el

⁹ Misachico: Procesión que se organiza por familia o grupos reducidos llevando la imagen de un santo o santa (que no pertenece a una Capilla sino a una familia) profusamente ornada con cintas y flores. Los misachicos se suman a las procesiones organizadas desde una Iglesia y se acompañan con música de violín y bombo.

¹⁰ Baile del suri o ñandú: Danza que los hombres, cubiertos con las plumas de ese animal, realizan en las procesiones, con acompañamiento musical de bombo y erke.

conocimiento del acervo en la constitución de la identidad.

En la investigación de la antropóloga salteña Florencia Boasso, además de justipreciarse el anclaje simbólico que las prácticas relevadas constituyen para los pobladores, se evidencia, según el testimonio de ellos mismos, la problemática común que subyace: el acomplejamiento de los individuos más jóvenes, que, gracias a la aplanadora homogeneizante de los medios de comunicación, cada vez sienten más vergüenza de su identidad y de participar en los rituales heredados.

Los relativistas absolutos, ciudadanos de la multiculturalidad global y jíbaros de la simbología local ya referenciados, no sienten esto como pérdida (fáctica o posible). A lo sumo se mofan con algún gesto fatalista cuando se enteran que en algunos lugares de nuestro noroeste ya se estila el festejo de *Halloween*, incentivado desde la escuela.

Por lo que –aun haciendo todos los esfuerzos para erradicar la sombra del ornitorrinco– debemos aceptar que, siguiendo la “onda natural” de la inercia y con el concurso de gestores culturales del tipo reseñado, podemos todavía empeorar. Alguno de estos visionarios podría sugerir que, para aprovechar los recursos económicos del turismo, se espectacularicen los rituales tales como el Baile del Suri y, entonces, las plumas, en vez de ser del ñandú, tendrán una fina terminación sintética y tornasolada y los cuerpos danzantes de los descendientes herederos serán sustituidos por los de las vedettongas que “engalanan” nuestros acostumbrados esperpentos televisivos.

Nuestra dimensión admirativa*

Unos sesenta años antes de que la Unesco declarara al tango patrimonio cultural de la humanidad, Homero Manzi –uno de sus más preciados poetas– le demandaba al futuro, en un escrito¹¹ breve y descarnado, *“alguien de fuerzas geniales que realizara un ensayo sobre la influencia de lo popular en el destino de nuestra América”* para recién –decía– *“tener nosotros la noción admirativa de lo que somos”*. Ilustraba el querido Homero, con tono firme, sobre la necesidad de negarse al destino impuesto de la *“imitación irredenta”* y a desconfiar de *“lo culto”* y sus promotores, sabedor de que el pueblo es materia prima, fábrica y espíritu de su propia expresión (*instinto, creación y tenacidad*) y en ello ejercita su capacidad de significación y genera sus símbolos, creando identificaciones primarias y directas y aportando a identi-

* Ponencia para la Vª Jornada de Responsables de Patrimonio Cultural de Organismos Públicos “Metodologías, escenarios y desafíos de la gestión cultural en Argentina”; 30 de agosto de 2013. Banco Central de la República Argentina.

¹¹ “Lo Popular” (Homero Manzi), 6 de mayo de 1948.

dades originales que se resuelven en y desde diversos mestizajes y mixturas.

Mucho ha sucedido desde entonces, pero el ansia justiciera que trasunta el exhorto de Manzi: valorar lo popular americano –siempre vapuleado y depreciado– por sobre la legitimación de la cultura europea, mantiene aún su vigencia. Somos herederos de esa ansia en tanto interpretamos que las políticas liberales implementadas –con dignas pero escasas interrupciones– desde el nacimiento de la patria, y en especial las correspondientes a la segunda mitad del siglo XX, en la región suramericana han obrado en desmedro de lo popular, montando un extenso y sofisticado sistema de legitimaciones y condenas, produciendo en muchos de nosotros un desanclaje contextual con la consecuente sustitución simbólica.

Pero en 1948, cuando el poeta producía el citado escrito, no podía sospechar que, más allá de los ensayos justicieros invocados y los argumentos que desde FORJA venía él mismo esgrimiendo, en los hechos, *lo popular* gozaba entonces de su mayor esplendor. En lo que a su entorno concernía, el tango se había impuesto a una larga cadena de proscripciones y agravios, y gozaba de sí y de sus contextos: arrabal, putas y cafishos tauras, pero también laburantes, inmigrantes y madres sufridas, expresados –es decir, cantados, pintados, contados y bailados– en el modo que crearon por sí y para sí mismos.

El tango se erigía irreverente como toda manifestación que deviene del pueblo, pero posiblemente inconsciente del aporte fabuloso que sumaba al surgimiento del mercado de bienes culturales nacionales. La industria cultural argenti-

na hacía sus pininos en la radio y el cine –y a la brevedad en la naciente televisión– y el tango era un nutriente natural de los contenidos circulantes¹². Y no sólo el tango, claro está, porque al emerger la posibilidad de un mercado también para la música popular, el arte popular provinciano se “socializó” hacia el resto del país.

A partir de la reproductibilidad técnica que posibilitó la revolución industrial (inicios del siglo XX), gran parte del patrimonio cultural mundial comenzó a ser difundido, conocido y comercializado globalmente. En nuestro país, grabaciones discográficas y películas circularon concitando la atención e identificación de miles de argentinos que vieron ampliada su autoafirmación en una identidad heterogénea pero en común.

Es claro que, como resulta con el resto de las industrias, el desarrollo a nivel global de las llamadas industrias culturales está atado al avance técnico/tecnológico que capitalizaron históricamente los países centrales. La tecnología necesaria para la producción de bienes culturales, a la que los países en desarrollo accedieron inicialmente, no tardó en quedar caduca. Esto, además de devenir en un comportamiento cíclico de modernización/obsolescencia, derivó paulatinamente en un relegamiento de las capacidades productivas respecto de las de consumo de bienes ya elaborados provenientes de los mismos países proveedores

¹² La primera película sonora argentina es *Tango* (1933), dirigida por Luis José Moglia Barth y producida por Argentina Sono Film. Otros filmes de la época: *Los tres berretines* (1933), protagonizada por Luis Sandrini y producida por Lumiton; *El alma del bandoneón* (1935) y *Prisioneros de la tierra* (1939), de Mario Soffici; *La muchachada de a bordo* (1936), de Manuel Romero y *La vuelta al nido* (1938), de Leopoldo Torres Ríos.

de tecnología.

Para la generación de esos bienes, en un principio, dichas industrias absorbieron mayoritariamente, como materia prima, el producido simbólico que los pueblos habían forjado. Elaboraron, reprodujeron y distribuyeron esos productos sobre todo para y entre quienes eran sus destinatarios naturales: los pueblos, que a su vez constituían una suerte de co-autores de hecho. Entonces el mercado de los llamados “bienes culturales” fue un agente de circulación que propició y favoreció el conocimiento y el intercambio de diversas expresiones desde y hacia los más variados horizontes.

Más tarde, gracias a la autosuficiencia de la industria cultural, su producción se orientó más a satisfacer consumidores que a identificar y resaltar producidos simbólicos ajenos a la lógica propia de la industria, es decir: ya no a elaborar *desde los pueblos* sino *para los públicos*. Esto, sumado al rol que Estados Unidos de Norteamérica desempeña como potencia mundial y como pionero en producción y comercialización de bienes culturales, condicionó las industrias del rubro en todo occidente, imponiendo una mayoría abrumadora de reproducciones monoculturales (una sola cultura/monocultivo) sobre una más abrumadora plataforma de difusión que ahoga o relega las expresiones de las demás culturas a mercados alternativos, generalmente locales, a menudo informales o directamente inexistentes.

Cabe aclarar que las expresiones populares, así como no necesitaron de un mercado para surgir, tampoco lo precisan para continuar existiendo. Lo que se modifica con su debi-

litamiento o ausencia en dicho mercado es el potencial de filiación y fortalecimiento identitario que conllevan para los pueblos y, obviamente, también las posibilidades de desarrollo de industrias integralmente propias de los países que estos pueblos componen.¹³

Ya en sus tiempos, Manzi critica el cine hollywoodense y europeo de Gardel porque el aprovechamiento que la industria extranjera hace del mayor icono popular nacional perjudica al cine argentino. Un ejemplo más de cómo el ansia de progreso argentino, para algunos, es limitarse a disponer y/o participar del avance tecnológico; y, para otros –Homero y nosotros, por ejemplo– es el contenido propio con que dicho uso se nutre.

Al genuino amor de la pareja Nacional-Popular se lo bastardea históricamente desde “lo culto”, que siempre vino de afuera. La procedencia se prioriza sobre las demás categorías. Así, el arte importado, ya sea culto o popular (en el caso del primero aunque pierda su aura aristocrática por la duplicación mecánica y consumo masificado), conserva siempre, al menos, la alcurnia de no ser de acá.

El tango, también como genuina expresión popular, no debe haber sospechado jamás el tremendo honor que el comité de notables reunido en Abu Dabi le confirió en 2009. Tal vez esta distinción de la Unesco lo haya sorprendido gratamente tanto como antes lo sorprendió –no tan gratamente– el desembarco del twist, el foxtrot y el rock & roll en territorio propio. Más y mejor grabado, a precios más

¹³ El antropólogo argentino Néstor García Canclini ha desarrollado largamente el tema de las industrias culturales en América Latina. Desde el análisis histórico hasta la importancia estratégica para el empoderamiento de individuos y pueblos.

competitivos respecto de la novel industria local y –sobre todo– con una cobertura de difusión a nivel mundial, el producto internacional –en verdad, mayoritariamente norteamericano– de la industria del *entertainment*, primero lo apartó de las radios y canales de televisión y luego, más temprano que tarde, de los clubes donde se generaba el trabajo diario y sustento para cientos de músicos.¹⁴

Ese desplazamiento fue gradualmente un pase a retiro. El tango fue menguado y confinado. Del brillo y esplendor de la identificación ciudadana en las capitales a la vera del Plata, pasó a resistir en reductos de entendidos y diletantes, en los circuitos subsistentes que sus cultores defendieron con uñas y dientes y que, disminuyendo, fueron reinventándose al día de hoy en fondas y boliches de culto, en milongas itinerantes por algunos bares notables de Buenos Aires y en más o menos improvisadas academias de baile. Nacido en los arrabales, se había curtido para sobrevivir en casi cualquier condición, y así lo ha dejado demostrado.

Este mecanismo de desplazamiento hacia el ostracismo y la resistencia forzada es parejo al ejercido sobre las manifestaciones populares y músicas de las distintas regiones del país: la tonada en Cuyo, la vidala catamarqueña, la murga porteña, la payada bonaerense o el chamamé del litoral, por citar sólo algunos ejemplos; con diversos grados de visibilidad en su resistencia, que resulta proporcional a la fuerza con que, en su

¹⁴ Este auge de la expresión popular importada no tardó en generar sus intérpretes vernáculos. Así, por ejemplo, un tal Billy Cafaro graba en 1957 y en inglés “Pity, pity”, produciendo la primera “rockmanía” local, hecho que desplaza –también por ejemplo– los fraseos y compases del gordo Troilo y su orquesta, entre tantos otros. Al pueblo, obnubilado ante el desembarco incesante de “novedades” y semi anestesiado, casi no se le movió un pelo.

momento, impactaron en el mercado cultural nacional.

Pero, volviendo a Abu Dabi, sería deseable que no haya que esperar que “los jeques” las descubran y, juntándose a escanciar, decidan si la humanidad se merece o no las respectivas salvaguardas. Porque en este punto, y siempre siguiendo a Homero, “*la noción admirativa de lo que somos*” debe provenir, antes que nada, de nosotros mismos. ¿O las demás expresiones del acervo popular no constituyen patrimonio cultural para los propios si no se avienen a las definiciones internacionales?

Si la función de la salvaguarda de patrimonio mundial se efectúa cuando las expresiones más genuinas del acervo —en algún momento devenidas producto cultural o no— están relegadas y/o impedidas de vibrar emblemáticamente en el pueblo que las parió, es una solución que llega tarde. “*Duele lo que se perdió, cuando no se ha defendido*”, dice un célebre joropo venezolano¹⁵. El reconocimiento “unesquiano” es, entonces, una suerte de exhumación que reubica los restos en la circulación comercial, recategorizados en un nuevo *status*, pero desnaturalizados. (Y tal vez más importante para el “Tango japonés” que para el rioplatense).

La de la industria en general, no es la única analogía que se observa a simple vista. Quizá, es hasta más obvia la que puede establecerse con la historia. Las luchas libertarias de los pueblos de América Latina, que son una continuidad, se mostraron, desde la visión homogénea del poder establecido, como aislados brotes o estallidos inconexos en tiempo y espacio. La atomización del pasado constituye una ne-

¹⁵ “Florentino y el Diablo”, Alberto Arvelo Torrealba, (1905-1971), Venezuela.

gación y favorece la precarización del presente y la manipulación de posibles futuros. Del mismo modo, el manto de olvido tirado sobre el acervo modifica el punto cero del origen en la expresión popular.

Lo apropiado, aunque siempre revela particularidades del que ejerce esa acción, nunca puede sustituir el peso de lo propio heredado.

El problema de ciertas “apropiaciones” reside, quizá, en una latencia del “original”, que no deja de actualizarse. Un ejemplo: las generaciones de jóvenes argentinos que acceden a la expresión popular desde el llamado rock nacional¹⁶ desconocen, en su gran mayoría, el patrimonio cultural que les pertenece y corresponde. La naturalización de esta realidad es funcional a la manipulación coercitiva de la historia, pero, además, no es aun la peor, pues el flujo de emisión angloparlante no deja de crecer y muchos compatriotas han naturalizado el escuchar/consumir sólo música en inglés. A esta sustitución de símbolos nos referíamos al principio; y a esta dependencia no asumida es que debemos atacar con la defensa del patrimonio cultural.

La valoración del patrimonio cultural nacional es estratégica. Desde la creación del Ministerio de Cultura y la presentación del proyecto de ley para la creación del Instituto Nacional del Folklore, hasta las prácticas de expresión

¹⁶ Expresión popular que, partiendo de la apropiación de elementos característicos del rock anglosajón, ha producido desde manifestaciones cercanas a esa cultura hasta creaciones de innegable originalidad criolla. A nivel mundial, el fenómeno alcanzó notoriedad bajo las consignas de paz y amor y evolucionó creativamente como alternativa (contracultura) al estereotipo de consumo masivo de bienes culturales. En Argentina, la diversidad musical contenida bajo esa designación impactó definitivamente en el mercado cultural durante la guerra de Malvinas.

popular desarrolladas en los territorios (murales callejeros, teatro comunitario, música y danza en los espacios públicos y unidades básicas, etc.), la consigna es defender la soberanía cultural; y el objetivo recuperar y revivir acervos todo lo que sea posible, para revertir el lugar y la condición de “exótico” de las manifestaciones nacionales propias.

Afirmarnos en el más inmaterial de los símbolos: el orgullo de ser nosotros, es imprescindible para la liberación definitiva y para refutar de una buena vez todos los análisis y diagnósticos proferidos –siempre a partir de un defecto o una defección (algo que *tenemos* mal o algo que *hacemos* mal)– en contra de lo propio y a favor de los miserables intereses de una minoría apátrida.

Es innegable que corren buenos tiempos para este propósito. El gobierno argentino viene desarrollando en lo cultural políticas de inclusión, visualización, diversidad, etc. que no tienen precedentes¹⁷. En mayor o menor medida, políticas similares se perciben en la mayoría de los países de la gran Nación Latinoamericana. Insistir en la autoafirmación de la expresión popular implica correr el punto cero en la línea histórica para comprender los orígenes que nos explican y, acaso, hacernos dignos del legado. Es también percibir el patrimonio cultural vivo y viviente. Con doscientos años de vida como país, el patrimonio cultural tangible e intangible debe

¹⁷ Más de cuarenta salas del espacio INCAA destinadas a la exhibición de cine nacional, más de un millón de libros distribuidos en las bibliotecas populares, más de cincuenta Casas del Bicentenario construidas en todo el país. Visibilización de la producción cultural de los Pueblos Originarios, colectividades latinoamericanas y comunidad afro descendiente. Plan de igualdad cultural a favor del acceso democrático al consumo de bienes culturales, etc. Y el ya mencionado Ministerio de Cultura, dirigido por una exponente de la música popular nacional, tal como es Teresa Parodi.

estar en manos de jardineros, antes que de exhumadores.

Ensayo propositivo

Hay que demandar a las personas que trabajan en relación al patrimonio cultural de los pueblos (los referidos jardineros) que diseñen e impulsen políticas concretas a favor del orgullo de ser parte de esos pueblos. Los ámbitos educativos y/o de formación en distintos niveles deben proveer las herramientas y contenidos necesarios para tal fin. Si, como dice Rodolfo Kusch, *“la cultura es un molde simbólico donde se instala una vida”*, es sencillo inferir que la permanente alteración de ese molde a través de la presión y penetración efectuada en esa cultura impacta directamente sobre el modo de vivir... (Y de morir, como suele agregar nuestro compañero, “el Gallego” Héctor Fernández, en referencia a los modos de violencia magnificados y publicitados por ciertos nefastos productos culturales).

“Inventar o errar” es una disyuntiva vigente. El reconocimiento de lo que somos los suramericanos implica, por la magnitud de la tarea, una invención y, por la postergación, la corrección de un error larga y prolijamente inducido.

Desnaturalicemos el consumo de “mensajes” en lengua imperialista. Potenciemos, como quería el compañero Manzi, nuestra habla y la diversidad que contiene. Que la dimensión admirativa de lo que somos no deba provenir del exterior para que sea considerada.

El sueño de la Patria Grande es un esfuerzo hereditario. Seamos dignos de ese legado.

Aforrismos

Como mexicanos de película

La civilización reproduce la barbarie, tal como los fabricantes de medicamentos multiplican enfermos.

Nos enseñan que los argentinos no ciudadanos somos ese estereotipo (el del bárbaro) y lo naturalizamos. Los caudillos de las provincias se igualan a los mexicanos de las películas del lejano oeste. (No es accidental, Hollywood lo hizo con Pancho Villa entre tantos otros). Vean si no, Aballay. Un cuento del mendocino Di Benedetto, hecho pelota, digo película, por el porteño Spiner que “logra” un *western* yanqui en Amaicha del Valle, Tucumán, donde los porteños son los *americanos* y los provincianos, los denostados *mexicanos*. Nada que ver con el cuento. Di Benedetto está muerto. ¡Menos mal!

Cantar como el culo

Exponentes del “*Star Sistem*” yanqui como Madonna, Britney Spears, Beyonce y las más latinoamericanas Shakira y Jennifer López, entre otras muchas han logrado vaciar de sentido a la expresión “canta como el culo”.

A fuerza de violentar el flujo semántico interno entre el verbo deficiente y el siempre admirable y portentoso sustantivo, uno se siente tentado de sustituir la comparancia por la preposición “con”. Amparado en la verdad de que el segundo es lo más expresivo de la humanidad de las citadas intérpretes, aunque invirtiendo el peso crítico de la afirmación original, lo vuelve, naturalmente, un elogio.

Pasa algo similar en el ambiente vernáculo.

(Nota: otra cosa es la variante “canta para el culo” que a veces nos han dedicado. Lejos de amilanarnos, nos afirma en nuestra fe. Deidades son deidades)

Relativismo absoluto

El relativista absoluto se caracteriza por comenzar una discusión sobre la necesidad de un semáforo en una esquina del barrio, por ejemplo, y concluir, a los diez minutos, en la miserabilidad innata del ser humano como causal primaria de todos los problemas de la creación, incluidos, obviamente, los de tránsito vehicular.

En ese breve lapso tuvo tiempo de responsabilizar (preferentemente) al Estado y acusar de corrupción a los irresponsables funcionarios que el gobierno designa al frente de

la cartera de economía, salud, educación, etc., indistinta y discrecionalmente.

Tal conducta suele atribuirse con frecuencia sólo a partidarios de Trotsky, pero es más común de lo que se cree, y proviene de una terca y generalizada imposibilidad de percibir el entorno inmediato e interpretarlo con las variables que emanan de él.

Si uno se topa con uno de éstos a la hora de hablar de problemas como la identidad y la penetración cultural, no importa de qué punto se parta en la discusión, él arribará casi de inmediato a la conclusión de que la cultura del mundo y del hombre es una sola, con diferentes modos de expresarla, y que si hay especies que mueren también hay otras que nacen o surgen... Lo que no deja de ser, parcialmente, verdad. Pero lo llamativo es desde dónde se profiere ese juicio tan desprovisto de pertenencia. Hay que advertir que no se puede hablar de lo nacional con quien dice “lo nuestro” y no lo siente propio.

Parece un absurdo pero este argumento se emperra en no ver que la homogenización cultural del globo tiene un asqueroso resabio de imperialismo yanqui. (Se podría extrapolar con aquellos que, tendiendo hacia el internacionalismo azuzado desde el otro lado de un muro que ya no está, negaban con prolija obediencia los nacionalismos correspondientes a sus países de origen. El rango de boludez alcanzado —pa’ no repetir “absurdo”— nos exime de considerarlo una paradoja).

Así como abundan conservadores en lo político que son neoliberales en lo económico, están —además de los cipayos de siempre— los que pueden llegar a sentirse políticamente

nacionalistas pero cultural e identitariamente “relativistas”.

Pantallocracia

La vida es tiempo... frente a una pantalla.

Este “flagelo” de nuestra época hace proliferar tantos inconvenientes como ventajas ofrece la velocidad en la disponibilidad de la información y la posibilidad de democratizar el mundo de la opinión. Todos podemos echar a rodar en la red nuestros puntos de vista sobre diversos asuntos, entre lo más banal y lo más trascendente. Esto no encierra en sí mismo un problema, pero la contrariedad aparece cuando en la opinión se trasunta, antes que una idea o convicción, una letal procedencia: la vida empantallada.

En ella se asumen posiciones frente a más de un tema, con un común denominador: la prescindencia del contexto. Entonces se está a favor de los deportes extremos, digamos, pero en contra de la doma, porque se maltrata a los caballos. Los defensores de la vida animal, mientras se sirven de (o aceptan sin chistar) la explotación social, te quieren hacer sentir un asesino si considerás que la paloma es un bicho de mierda, por más que tenga buena prensa porque la pintó Picasso y le hayan tramitado los papeles para representar a la paz.

Para no extenderme en la problemática de los animalitos que constituyen plagas voy a volver a la cuestión de la doma, que cada festival de Jesús María, despierta la enconada voz de estos protectores del derecho animal. El maltrato de animales está mal, sin atenuantes. Pero demandar que

suspendan actividades como un festival de doma, es una tropelía típica de empantallados. Convencerlos de su error –ya que pocos animales gozan de tantos cuidados como los “reservados”– resulta menos arduo que comprender el por qué de su negación respecto de la destreza y el valor de los domadores, igual que la finalidad y las variantes de tal actividad, que no les llaman la atención, es obvio, porque provienen de un contexto que desconocen prolijamente.

Con el tiempo, los empantallados tratarán de abolir cualquier muestra de destreza física y temple de espíritu que no se ajuste a las comercializadas por deporte o por turismo en la red inextricable de pantallas, pantallitas y pantallotas.

Mientras, consumen todo tipo de producto y “segura actividad física” tendiente a bajar la masa abdominal y reducir los contornos del culo, tan acostumbrado a la silla, a la que la pantallocracia lo condena.

La metáfora del zombie

El cine yanqui proyecta los horizontes de la sociedad norteamericana y, por lo tanto, condiciona los de muchas otras. De las loas al “american way of life” a la propaganda armamentista y pro invasión de todo país que no se avenga a las reglas del sheriff, pasando por la conquista del oeste en perjuicio de los “pieles rojas” (y tantas otras temáticas para demonizar siempre a otro, que devinieron un amontonamiento de meros convencionalismos en el repetido y repetitivo relato hollywoodense) ha llegado a la irresistible

atracción por la estética (y ética) de los zombies. A la sazón: “muertos vivos”

Por y con lo que exaltan su magnífica decadencia social: aun muertos van a seguir deseando... Para colmo de las analogías, algunas de estas ex personas sienten un irresistible apetito por los sesos las personas vivas. O sea: criaturas que le devoran los sesos a “la población”.

O son demasiado cínicos o el vicio de autorreferenciarse los aleja y exime de aquello en que se han convertido.

Se muere para todo, menos para consumir, sería otra interpretación posible.

Artistas sin público

Resulta al menos llamativo que no se vincule la falta de público demandante para las expresiones populares nativas (música, danza, teatro etc.) con su ausencia en las escuelas.

Ya es un argumento archiconocido que los medios de comunicación pueden instalar “necesidades” que de tan fugaces resulta que no eran tales. A esto apela el irregular y viciado mercado de las industrias culturales de estos pagos nuestros, valiéndose de ese otro dispositivo social llamado “moda” que instaló las conductas del “use y tire”, en boga y aumentando.

También se presume que el modo de “enseñar” música, teatro y plástica requiere un método que resulta en beneficio del educando.

¡Mentís, Mecha!, diría mi viejo. En general sólo persigue sacarse un problema de encima para la mayoría de los

docentes y –desgraciadamente– también de los alumnos.

Las materias expresivas debieran garantizar básicamente eso: el abordaje de la expresión para cada uno de los escolarizados, que no tiene que ser uniforme y que, precisamente por eso, debe constituir una alternativa a la que resulta de consumir compulsiva o indolentemente los productos de los medios de comunicación.

Como esto no sucede, son los medios, con los *productos culturales* de moda, los que forman el gusto artístico de la población estudiantil (el de los docentes hay que darlo por atrofiado en un altísimo porcentaje, precisamente –y sobre todo– desde su etapa estudiantil y por la misma causa). Y, como allí, en los medios, la producción de la expresión popular criolla o nativa casi no existe, es muy difícil que ésta sea sembrada como futura “necesidad” sensible de los estudiantes.

Es evidente entonces que los artistas populares que traten con la expresión nacional padecerán este círculo negativo y tendrán más dificultades a la hora de cautivar la atención de un público que se (de)formó gracias a los “medios de prensa y empresa” y a una escuela que mira para otro lado.

Un paralelo bien para lelos

En septiembre de 2013 se murió el músico cuyano Anselmo Bustos, conocido también como Anselmo de Mendoza. Era sanrafaelino y tenía 72 años. Miembro fundador de “Los caballeros de cuyo”, compuso hermosas tonadas y

vales, cuecas, zambas y milongas que hablan de las cosas que les pasan a las personas sencillas, con la seriedad y el respeto con que amerita ser tratada cada persona. Cubrieron la noticia algunos medios “regionales”. Página/12, por hablar de un diario de tirada nacional, no se enteró nunca de su existencia. Por ende, poco podía importarle consignar su deceso. El ambiente musical y el cuyanaje en general lo estimaban hondamente.

Un mes más tarde viene y se muere el músico yanqui Lou Reed. Era neoyorquino y tenía 71 años. Recordado por la celebérrima banda “The velvet underground”, le cantaba a las realidades jodidas: drogas duras, sadomasoquismo, “ambigüedades sexuales”, dice la crónica (curiosamente, de Página/12); y agrega “que no lo quería nadie, por su mal carácter”. O sea que era probablemente un sorete (lo que en los cánones del “star system” no deja de meritarse como rasgo o condición necesaria del genio). No obstante o por eso mismo, Jorge Lanata leyó en su programa de televisión un poético obituario según el cual el tal Lou se murió haciendo tai-chi, que, como todo el mundo sabe, es una forma muy delicada –aunque oriental– de morir. Este fallecimiento sí fue noticia a nivel mundial –incluido San Rafael– porque se trata de alguien que influyó en millones de jóvenes. Yo, que fui joven y soy villatuelino, que es un modo de ser de San Rafael, conocí, es decir escuché, antes a Lou que a Anselmo.

Lou fue un artista *poco* masivo para el masivo mercado cultural norteamericano, en el que toda crítica como la que supuestamente Lou formulaba deviene propaganda. Anselmo no pudo trascender el escaso espacio que la mú-

sica cuyana tiene en el de por sí escaso mercado cultural nacional y su impronta de ética campesina sólo se aprecia y circunscribe a esa “regionalidad”, aunque es universal.

El problema para los que vivimos acá y queremos escuchar el paisaje propio está en los que insisten en referenciarse en otra realidad que no nos representa ni contiene en absoluto y que sólo nos identifica en tanto consumidores. Son los mismos que replican en los medios y las campanas de la urbe para “asimilarse” a esa patria siempre exterior. He ahí la “grasa de las capitales”. La emisión contaminante que cubre el “globo” y prepara las juventudes del mundo para las drogas duras, por ejemplo, entre otras beldades de los tiempos que corren.

En tanto, la juventud argentina –para no ambicionar de más, pensando en la latinoamericana– se pierde la expresión (también el ejemplo) de Anselmo Bustos

Una cosa más: la ventaja de asumirse como penetrado cultural –a lo que alentamos desde estas palabras– es que se puede corregir, no sólo en la opinión sino en el hacer. Una melga mal trazada debiera ser rehecha.

Como dice Anselmo del hombre que va madurando, en una de sus bellas tonadas: *“Trata (de) dejar de vuelta, lo que no pudo de ida”*.

Trata, dice. Hay que tratar, entonces.

El sentido pervertido

Lo popular definido por lo que el pueblo consume, y no por lo que crea.

La franja etaria juvenil antepuesta comercial/culturalmente a la nacionalidad de los jóvenes que la integran.

Lo cultural propio como: deficitario - antiguo - lejano - pasajero - exótico.

La sumisión y admiración al poder fáctico externo entendidas como “pacifismo” y el robustecimiento de una política propia de defensa como provocación belicista. Extrapolado a lo cultural, la misma mierda: los sometidos son los amplios, los otros (nosotros) los reaccionarios.

La consecución de la justicia social como alteración del “orden natural” de las cosas.

El éxito comercial como legitimador de (no)contenidos.

La identificación mediático/masiva como sustituto de la filiación/identidad colectiva.

Los viejos de hoy y de siempre

El bueno de Charly García le dedicó una canción a los tangueros en aquella época en que revistas escritas por gente que no sabe escribir, destinadas a gente que no sabe leer,¹⁸ nos enteraban a los pibes argentinos –entre otras maravillas– de la antinomia *roqueros* vs. *tangueros*. La canción se llama “A los jóvenes de ayer” y planteaba la cosa jóvenes vs. viejos.

Lo viejo era por supuesto el tango y sus artífices “*se besan todo el tiempo y lloran el pasado como vieja en matiné*” se

¹⁸ La frase completa es: “El periodismo musical consiste en gente que no sabe escribir entrevistando a gente que no sabe hablar para gente que no sabe leer”. (Frank Zappa)

burlaba el bigote bicolor, que por aquel entonces era emergente y representante de “lo joven”.

Lo joven, por su parte, era tan joven que casi acababa de ser inventado. Surgido en los años sesenta a partir de consignas como “la imaginación al poder” (como si al poder le hubiera faltado imaginación alguna vez), propiciadas por el Mayo Francés y la movida “jipi” pacifista anti Vietnam: “hagamos el amor, no la guerra”. Consignas que, fácilmente superadas, se diluyeron en otra más afín al mercado: “sexo, droga y rocanrol”.¹⁹

Como todos los inventos que valen la pena (no me vengan a joder con el dulce de leche), lo *joven* se inventó en Norteamérica y Europa, y desde acá se copió lo “mejor que se pudo”.

El viejo poder, “sin imaginación” y accionista principal de la industria cultural, descubrió una nueva franja etaria, “rebelde y contestaria”, a la que venderle productos que, entonces, nadie más querría, y que hoy consume una mayoría abrumadora de la llamada sociedad occidental. (Sobre todo falopa y más falopa). Desde la ropa a la música, desde los libros a la comida, los “inventores” le metieron mano a sus viejos trastos y le dieron una vuelta de rosca para revelarlo y rebelarlo... o adecuarlo de rebelde, bah.

Acá los micos copiaron ávidos cómo venía la cosa y adaptaron con lo que tenían todo lo que podían (sin derrochar, claro: “*Se acuerdan del tipo que rompía las guitarras cuando nadie tenía un miserable amplificador...*”, dirá luego el mis-

¹⁹ No soslayamos los avances sociales y políticos de la época. Sólo ponemos el foco en la maquinaria que, lejos de desmontar, el imperio perfeccionó cada vez más, y continúa en ello. La de la penetración cultural para la sustitución simbólica y la consecuente colonización subjetiva.

mo Charly). La vieja música sajona y yanqui, remozadita, pasó a ser la música joven del mundo. Bajo la pantomima de la rebeldía y la desfachatez surgieron las primeras legiones de colonizados *rockers* a lo largo y ancho del planeta. (Si es yanqui, el “folk” –con todo el paquete– es bienvenido. Así, los que acá ni por joda iban a escuchar a Jorge Cafrune, se mataban por los discos de Kenny Rogers, por ejemplo).

El asunto es que les/nos vendieron como nuevo algo que era más viejo que la injusticia, como suelen decir los viejos, precisamente. Y, como quien dispone de un método o receta infalible, excusados en la injusticia de la guerra, los inventores de lo joven (pues la guerra ya estaba inventada) no dejaron de reprobear la injusticia y esparcir la guerra, para tener siempre a mano una “injusticia actualizada” (saqueen la cuenta desde Vietnam a Siria) y de la cual generar simbología y productos (películas, libros, historietas, canciones, juguetes, etc.) para vender en el gran mercado de la “paz mundial”.

No olvidar que este “verso” de la paz mundial fue uno de los grandes discursos/recursos de la llamada “filosofía rock”. Si hasta el bueno de Lennon escarneció al mundo exhibiendo el ominoso culo de Yoko Ono como argumento pacifista... Una crueldad absoluta.

Hoy, sexagenarios y septuagenarios *roquers* locales e internacionales se contonean con espástico frenesí al ritmo de “una música universal” que se calza sin problemas cualquier idioma para que todos podamos cantar la letra y sentirnos jóvenes y rebeldes como ellos, con el sempiterno mandato –mundial y de mercado– de “cambiar el mundo”.

La rebeldía así propagada y comercializada –rebajada a

mueca— produjo tantos dividendos para el viejo Imperio, que, en los casos más emblemáticos, los otrora adalides del mal comportamiento han sido ordenados “sires” por la corona británica. Tal el caso de Mick Jagger, entre otros tantos característicos.

En tanto, la poética filosófica y musical tanguera —aunque rescatada y sostenida por muchos jóvenes en la actualidad— se circunscribe a “lo viejo”, a no ser que caiga en manos de los sátrapas arriba descritos, que le inyectarán “juventud” a costa de envilecerla. (Por lo demás, el viejo misterio de la vida y sus dilemas no parece, en estos tiempos, andar con ganas de representar a nadie).

Más allá de lo que nos quieran (y nos dejemos) vender, como decía don Arturo: “No se trata de cambiar de collar, sino de dejar de ser perro”. Acá no falta quien, moviendo la cola, luce contento las tachas de moda en los collares de una omnipresente, “sabia” y fingida juventud.

Malarreados y desertores

Recién al cuarto intento conseguimos un lugar donde morfar algo. Habíamos deambulado una cuantas cuadras procurando un restaurante a la salida del Teatro Cervantes²⁰ y estaban todos al tope. Finalmente, nos hicieron lugar en la planta alta de un boliche donde hasta el techo nos quedaba ajustado y nos fuimos acomodando Juan Cruz, Maxi, el Gallego, el Indio, Cata, Julia... Éramos una tropa.

Cuando el mozo se disponía a repartirnos los menús, se armó un revuelo de gritos y ademanes espantosos con una pareja que estaba sentada en una de las apretujadas mesas. Pasó que, apenas entró, el Indio identificó al vuelo a un tipo que habían reportado en la tele unos meses atrás en una de esas marchas –la del 7 de junio del 2012, creo– contra el gobierno, o más bien contra el país...

Ese que pedía *“Por favor, Estados Unidos, ayúdennos, porque nosotros somos gente digna y somos amigos de ustedes...”*. Sí,

²⁰ Inauguración del Congreso Nacional de Mujeres “Del Fuego al Coraje”, organizado por el Peronsimo Militante. Agosto de 2012.

ese junagrán estaba cenando o por cenar ahí y –siendo los que éramos– alguno, en el ingreso, seguramente sin querer, le rozó la mesa, y el tipo se molestó. Se le pidió disculpas primero y, luego, viendo que no era para tanto y tratando de sentarnos de una buena vez, se le recomendó que no jodiera más. Y justo ahí, en ese momento, el intempestivo del Indio le sacó la ficha y empezó a apuntarlo con el dedo:

–¡Yo sé quién es éste! Ya sé quién es.

Lo señalaba al tipo.

–¡Yo te saqué! –le decía y nos miraba a nosotros, que no reaccionábamos.

Hasta que el tipo se levantó y se fue puteando, golpeando la mesa y recomendándonos desfachatadamente la lectura de “*Civilización y barbarie*”, en realidad “Facundo”, del celeberrimo Domingo F. Sarmiento.

Habíamos estado más preocupados por la sorprendente conducta del Indio que por atender lo que nos decía. De a poco todos caímos en la cuenta sobre la identidad del personaje y lo despellejamos, como corresponde a un cipayo. Aclaro que el despellejamiento fue sólo conceptual/ideológico, y no como preferiría un buen lector de Sarmiento, más proclive a los linchamientos a lo Echeverría o los degollamientos a lo Ascasubi.

¿Qué entenderá por dignidad este miserable? Todo un síntoma: el tipo que nos mandó a leer “*Civilización o barbarie*” es el que le pide a Estados Unidos de Norteamérica que vengan a “ayudarlo” contra un gobierno legítimamente elegido por el pueblo. No se merece ni el desprecio que provoca, pero tal vez esa conjura contra el pensamiento, esa

clausura recurrente de remitir al libro sarmientino como una declaración de pertenencia, esa gansada de mandar a leer se merezca una pequeña reflexión.

Un contrasentido más: te tildan de bárbaro y te mandan a leer. Claro, pué. Para los “leídos”, el vulgo es ignorante porque –aunque sepa leer– no es dado a la lectura. Por ende, los bárbaros no hacen otra cosa que perseverar en la barbarie. La imprecación no persigue ayudar, como es de suponer que pensaban los iluministas: *el saber nos haría buenos*. Por el contrario, persigue y consigue, las más de las veces, sostener la antinomia, indicando que el imprecador es el que sí lee, el civilizado.

Como si sobre la ventaja de saber a no saber leer se hubiera asentado una tradición vernácula del culto del desprecio.

El relativo capital incorporado a través del estudio se utiliza (en una medida considerable) como un ariete más para la diferenciación social, y no para la conformación y fortalecimiento como cuerpo en común de un determinado grupo social (en el caso que nos ocupa: una patria).

Diferenciado del que no sabe y del contexto que lo guarda, un educando debe comprender –antes que el valor de la educación– que está socialmente sobre el par que no goza de esa condición. Por otro lado, el “civilizado” identificado bajo este recorte será/es un profundo ignorante del medio que lo circunda, intentando desarrollarse en la profundización de un saber “universal y objetivo” pero abstracto y descontextualizado.

Esto quizá contribuye a explicar cómo la vigencia de ciertas antinomias (que en su propia lógica resultan insos-

tenibles) coadyuva a la profusa existencia de calificativos peyorativos que se emplean para señalar el hacer y las prácticas de la gente del pueblo. Pequeño pero significativo vicio que, de tan naturalizado, constituye una piedra basal de nuestra cultura, verdadera limitante de cualquier proyecto político democrático. Pero, si se persigue descolonizar mentes y corazones, hay que comenzar por desnaturalizar.

Posiblemente la escritura sea el medio más simple y/o completo para transmitir experiencias y nociones, pero de ninguna manera es el único. Para los cagatintas del establishment el saber comienza con la lectura. Su patria es la literatura; una biblioteca su paraíso. (La cultura de los pueblos ágrafos, por ende, es inviable). Descuentan que no hay saberes previos y/o posteriores a la “lectoescritura” tan o más importantes para el desarrollo de la vida de muchos paisanos, donde un libro era/es un objeto improductivo (o tal vez, dada la extrañeza y futilidad de su contenido, sirva acaso para suplementar las patas de alguna mesa o aparador).

El amigo Pablo Solo Díaz, payador de Las Flores, con ingenuidad propia de su bonhomía, sostiene que es un error de Borges y los escritores cultos presentar la gauchesca como una literatura inventada por hombres de ciudad. Los hombres de ciudad son los que consiguieron editarla, dice. La parieron oralmente los paisanos de distintos lares de la patria.

Tiene razón. Sólo que yo no avalo lo del “error”. Para mí, es deliberado. Responde al complejo de no ser Europa (literatos desplazados del centro del mundo, resignados a

escribir desde las orillas²¹) y descalifica sobre todo realidades como las vertidas en las sextillas de El Gaucho Martín Fierro, que, antes de ser leído masivamente por individuos alfabetizados, fue leído en rondas de pulpería, en forma grupal, memorizado y difundido gracias a ese pequeño recurso de la trasmisión oral. Un desertor, según el inefable Borges. No un gaucho (mal)arreado a la frontera con el indio por la conveniente ley de levas sino, simplemente, un desertor... Como tanto nombre y mote que nos echaron encima, tal vez sea tiempo de hacerse cargo de ese también. ¿Porque qué otra cosa le cabe a uno sino ser un desertor? Un desertor de la falsa pertenencia cultural a la que nos arrearon con engaños, igual que a Fierro a la frontera.

*Aquello no era servicio,
ni defender la frontera,
aquello era ratonera
donde solo gana el juerte,
era jugar a la suerte
con una taba culera....*

Ni más ni menos, la taba “cargada” siempre favorece a la *intelligentzia* y sus amaneramientos. En teatro, por ejemplo, encontramos un Discépolo por cada doscientos griegos y Shakespeares, o Millers o cualquier pelotudo que ponga un musical en Broadway.

Otro ejemplo, y retomando los escritores ya citados: se acepta como una verdad incontestable que el produci-

²¹ Beatriz Sarlo ha escrito un panegírico sobre Borges titulado “Un escritor en las orillas”.

do literario de la parte civilizada es el que refleja, además del acontecer histórico/artístico de nuestra breve vida como país, su (nuestra) impronta hacia el mundo. Engrosan sin pudor este listado autores que imprimieron su trazo a sangre y fuego (para lo cual no fue ni es precisa la valentía), refiriendo en innumerables pasajes las injusticias que no cesaba de causar la barbarie. Por ejemplo, Echeverría, donde la turba famélica –presumible u obviamente federal– avanza sobre el petimetre inocente e instruido –seguramente unitario– y lo veja “a verga y puñal”. O los degollamientos de Ascasubi, que, a través de un tal Paulino Lucero, le hace expresar a un mazorquero los pintorescos y divertidos visajes de los unitarios al ser degollados, relatos que tal vez prepararon a la población para los degollamientos reales de Cañada de Gómez, perpetrados por las fuerzas de Mitre contra las tropas del Ejército Federal, sorprendidas mientras dormían. Viejo ardid que sigue vigente: presentarle a la opinión pública como *un peligro* a aquellos sujetos que se quiere eliminar.

En tanto, a la “civilización”, a más de no ser una cuestión de modales, la pensamos y sentimos distinto. Existe una producción popular, literaria y musical que tiene la clara intención de educar por una ética, de moralizar en el derecho de los justos, de concretar una patria libre y justa. Quien quiera (y pueda) oír que oiga y contemple y lea. “El gaucho Martín Fierro”, de José Hernández; “El payador perseguido”, de Atahualpa Yupanqui; “Las Sentencias del Tata Viejo”, de Buenaventura Luna; “Diez años sobre el recaó”, de Wenceslao Varela; “Memorias de la sangre”, de Julián Zini, son algunos de los tantos ejemplos de la expresión poético/musi-

cal que formulan el deber ser de nuestros connacionales. En todos hay un rosario de injusticias padecidas y en ninguno campea el odio de la venganza. Ausencia que es característica identitaria del lado popular o “bárbaro” de la antinomia alentada por los civilizados.

Finalmente, para los que quieran encontrarse con una visión literaria que parte de la vida y no de una biblioteca, si hablamos de criollos y hombres de campo –que los mentados cagatintas han espiado y espían desde un *living room* de estancia o de alguna sórdida redacción de diario–, pueden leer a Juan José Morosoli, y me van a decir si la economía en la prosa también es invención de un autor concreto o más bien resulta intrínseco al estilo comunicacional del criollo... que, recuerden, ¡no escribe!

Esta recomendación –tengo entendido– ya la facilitaba el bueno, genial y argentino de Haroldo Conti, que se auto calificaba “escritor” en tanto duraba la acción de escribir. Después prefería sentirse un hombre a secas, quizá porque él sí podía ser parte del pueblo, pequeño detalle que además se nota en su escritura y –al igual que en Morosoli– en el amor y el respeto con que son tratados sus personajes.

A mí me la dieron (la tal recomendación) unos malarreados de los pagos de Pergamino una noche inolvidable de música, cuentos y copas.

Y hablando de noche, a ésta que sostenemos entre los desvelados más porfiados ya le queda poco. El Gallego pide la cuenta, se enciende el pucho número mil y medio y le dispara a Cruz una otra tarea impostergable: que disponga lo necesario para encarar una “deserción” integral y conjunta hacia la indiada actual: nosotros mismos.

El anglófilo y Malvinas

“Amo ser colonizado”, declara el anglófilo. No lo dice de *motu proprio*, no tiene esa conciencia. Reacciona, provocando, a la observación hecha sobre su condición de anti-nacional, colonizado por los productos/símbolos de la cultura Pop que ingleses y yanquis difundieron e instalaron en casi todo el globo.

—¿Vos qué te hacés el gaucho ahora? —se agranda el anglófilo. Se siente “local” en su pensamiento extranjero y extranjerizante.

Este tipo de anglofilia, algo pedestre, si se quiere²², se ha naturalizado de modo que, al discutir un punto de vista, un gusto, un criterio, el anglófilo apela a toda una “artillería argumental” tan absurda que es casi incontrastable. Su complejo de inferioridad es tan superior que, ante la enunciación del derecho que, por ejemplo, se podría plantear, de

²² No estamos hablando acá del anglófilo de paladar negro que, surgido a la sombra de la dependencia económica, continúa vigente aún hoy, alentado y protegido por el pasquín de Mitre, con un cipayismo siempre renovado y pujante.

escuchar canciones en el mismo idioma en que se habla, contraponen que entonces no hay que tomar Coca-Cola, ni usar internet ni subirse a un automóvil, porque son todos inventos extranjeros.

El anglófilo piensa en inglés, se imagina en inglés, se viste en inglés y hasta tararea en inglés. Pero la caga en castellano. Porque tiene la “desgracia” de haber nacido acá. Acá, en este país “todavía bastante civilizado” (se consuela con un argumento también anglo), porque podría ser peor... Pues suele horrorizarse cuando se compara con anglófilos de otros países semi-colonizados de la región: un “punk” peruano o un “emo” boliviano, por ejemplo, le provocan risa, pero su propio reflejo en el espejo (¿menos originario, tal vez?) le parece cien por ciento genuino, es decir inglés o yanqui o cualquiera de sus derivados.

Y es común encontrarse en Purmamarca (siempre por ejemplo) con algún hijo de los pueblos originarios de compete engominado en el pelo o estrafalario flequillo, todo vestido de negro y con tachas. Es tan fuerte el contraste que mueve a risa, pero es cuando es más triste

Al anglófilo ciudadano las músicas populares del país le resultan expresiones de “world music”, y ojalá fuera éste (la ciudad) su hábitat circunscripto. Pero no. La anglofilia se expandió como un virus, a veces con el consentimiento y beneplácito de sus portadores, otras con indiferencia o ingenuidad: un cosechador de tomate, o un zafrero o cualquier peón rural viste remeras con leyendas en inglés, pues los colonizados de la ciudad ya decidieron por él que él no quiere una leyenda en castellano en su pecho.

El anglófilo piensa como “cree” y cree que sus pensa-

mientos son lo mismo que su capacidad de pensar. Este estancamiento deductivo, medido por la auto diferenciación que implica su anglicidad, deriva en un círculo vicioso que lo segrega socialmente. Pero no dudará en culpar a la “sociedad” o al “país” de dicha segregación.

Esto ha sido potenciado por el tráfico simbólico que las ya aludidas industrias culturales imperialistas impusieron sobre sus dominios, desplazando al lugar de lo exótico lo que debe ser propio y dejando en el centro de las culturas subordinadas una batería de símbolos extraños que, “naturalizados”, no resultan tales. El anglófilo presume de bien informado, está siempre en la onda y enterado de las vanguardias amarillistas extranjeras que “debieran” aplicarse aquí. Es uno de los tantos subproductos perfeccionados por el sistema que han derivado desde el colonialismo pedagógico al subjetivo.

El gusto es una construcción, como lo es la creencia, dos pilares de la subjetividad que cada vez es menos propiedad del sujeto o del grupo social al que pertenece y depende más de las pulsiones que el mercado arroja sobre la sociedad como formas de resignificación. Desde este punto de vista, el anglófilo, como cualquier colonizado, es una víctima (lo que no está en discusión para el cronista, pero sí para la mayoría de los que caben en esa descripción) a la que le venderán todas las porquerías imaginables que estén relacionadas con sus “mitos y vacas sagradas”: desde las memorias no autorizadas de sus divas/bataclanas a un disco con ininteligibles últimas versiones de algún decadente héroe de la guitarra eléctrica o el anecdotario más pederro sobre el impacto post traumático de algún héroe de guerra

débilmente arrepentido y una larga fila de “novedosos” et-céteras.

Y en esto la industria nacional relacionada con la subjetividad, o lo que sea que haya en su lugar, tiene también su cuota de responsabilidad, a pesar de su “raquitismo”, producto tanto de la crónica patología imitativa en pos de “estatus” como del hecho de correr siempre atrás de los avances tecnológicos, en desmedro de la construcción de contenidos identitarios.

Así también las estrellas y gurús del rock nacional, que fueron/son adalides del colonialismo mental anglófilo (con sus excepciones, obviamente) y otros exponentes de muchas expresiones desde lo sociocultural, meritúan la procedencia “anglo” antes que el contenido u origen. Los negros del jazz, por ejemplo, son “geniales” porque son yanquis; el resto de la inconmensurable influencia africana está en un nivel inferior, cuando no directamente marcada y/o reducida por el estigma de la negritud; a veces también reforzada con el adoso de “lo español”; y mucho menos son capaces de vislumbrar a qué intereses responden. El movimiento “hippie”/pacifista, por ejemplo, en su camino de re-ubicamiento sistémico, después de experimentar con diversas drogas para (no) alcanzar el estado de gracia espiritual, decidió abogar por una alimentación sana, natural y burguesa, para finalmente militar en las filas del ambientalismo “yuppie”. Estas “grandes causas” globales –como, en su momento, la “paz mundial”– no son otra cosa que argumentos de la antipolítica.

El tipo de idiota en cuestión desprecia toda acción directa sobre su entorno inmediato. Por ende, para esta clase

de anglófilo que puebla nuestras pampas y sierras y selvas y montañas el tema Malvinas es “bastante sencillo”. La guerra fue un disparate y la llevó adelante una dictadura genocida... Con eso, listo. La legitimidad sobre la soberanía de hecho y de derecho que asiste a la Argentina no les parece tan gravitante, pues *hace mucho que los ingleses están ahí. Y en esas islas nunca hubo nada...* Y, además, *¿justo ahora se les da por hacer un reclamo?*... Por increíble que parezca, para este espécimen, el tema Malvinas es una cortina de humo que, lanzada por el Gobierno nacional, busca distraer a la población de alguna problemática siempre más grave y acuciante. En ningún momento sospecha siquiera que tal artilugio puede ser disparado por el gobierno británico *¡No! ¡Por favor, los ingleses son dignos y puntuales!* Los ingleses están exculpados *a priori*...

Y acá –aunque los gobiernos argentinos nos hayan resultado indefendibles durante largos y penosos años– hay que recordar que es el actual gobierno de Cristina Fernández el que, con su accionar en pos del recupero de la soberanía argentina (tal el imperativo peronista), logra que nuestro anglófilo –cipayo por definición– y cierto tipo de gorila (no son necesariamente lo mismo) que puebla nuestras pampas y sierras y selvas y montañas se unan en una suerte de comunión de odio antipopular y antinacional.

Le valen verga (al anglófilo) la causa y los soldados muertos; como cuando se relativizó el número y la condición de los desaparecidos. Porque, aclaremos: la *dictadura genocida* (de su argumento a favor de la Reina) es genocida recién ahora. Antes lo fue, fugazmente, en el gobierno de Alfonsín. Pero, en su propio momento, la dictadura no

era algo *taaan* malo... Estaban prohibidas *algunas cosas*, sí, pero era funcional al estado “*natural*” de las cosas, donde los símbolos locales orillaban la ilegitimidad y los de afuera –disfrazados de avance hacia el primer mundo– eran accesibles y políticamente correctos (si hasta Palito trajo a “La Voz”, por primera y única vez, a nuestro pobre país, el culo del mundo, según Lanata), y en la radio se escuchaba mayoritariamente música en inglés y también (como después *con el Caaarrlos*) *se podía ir a Maiami y comprar todo por dos... ¡Happiness!*

El anglófilo, ya se dijo al principio, no es un producto de sí mismo. Me atrevo a decir que, cultivado con paciencia desde los tiempos de Rivadavia, floreció con más fuerza cuando limpiaban a 30 mil de los nuestros (que podían tener cualquier tipo de gusto y/o criterio respecto del adentro y el afuera, y miles de cosas por definir, como cualquier hijo de vecino, pero pensaban y sentían en el lenguaje de acá), después de proscribir y prohibir y perseguir el acto humano más natural desde que el hombre se agrupó en sociedades: la política

El anglófilo “rocker” (o de cualquier otra tribu) es producto de una abstracción o evasión que implica sacar el cuerpo. Esto no es condenable en (ni reducible a) un sujeto, ni siquiera en/a un grupo, pero es un fenómeno a tener en cuenta para entender cómo algunos lenguajes y símbolos, pretendiendo ser libertarios, son apenas liberales, cuando no directamente reaccionarios. Quien esto escribe, piensa que no se puede combatir al imperialismo consumiendo sus símbolos.

También es patético que, a treinta años de la guerra de

Malvinas, tengamos que fumarnos la visión/versión del ex Pink Floyd, Roger Waters, como válida para nosotros, los argentinos. (Recordar: llenó 9 estadios de River, aprox. 400.000 personas; más de 242 veces la cantidad de kelpers que votaron su “autodeterminación”; 25 palos verdes que se llevó a sus arcas este artista “comprometido”). Quizá “*¡Oh, Maggie, Maggie!, ¿qué hemos hecho?*” puede funcionar para los ingleses que no quieran la guerra (sospecho que no deben de ser tantos, pues es como creerse el mito pacifista de EEUU), pero no para la población de la Nación Soberana de las islas Malvinas y de las aguas donde fue torpedeado el crucero General Belgrano, ¡fuera de la zona de exclusión delimitada por los mismos hijos de puta de los ingleses!

Porque eso es, “*Oh, Maggie*”, lo que han hecho y siguen haciendo... y siendo: unos reverendos hijos de puta que se cagan en los derechos (es decir, bombardean, invaden, bloquean, violan, saquean, asesinan) de cualquier país del globo. *¡Oh, Maggie!* Eso siguen siendo, *¡Oh, Margarita!*, para los anglofóbicos o, más sencillo, para los que prefieren, naturalmente, el castellano.

Hemingway, Riquelme y los problemas de sintaxis

Ocurre a veces que ciertos sucesidos en que nos vemos envueltos asumen ribetes tan insólitos que resultan más cercanos a la ficción que a la realidad. Si se es propenso a los viajes y la literatura, puede ser además que se desarrolle cierta predisposición hacia dichos sucesos.

Dado que viajar y leer son acciones que se complementan de maravillas, sobre todo en caso de querer acortar distancias, se recomienda prestar también atención a los otros viajes (esos internos, a menudo abismales) que alienta o implica la lectura, como a las otras posibles lecturas del viaje y su mutua interacción en tiempo real.

El sucedido en cuestión transcurre en el interior de un colectivo de larga distancia. Mi trayecto va desde el barrio porteño de Liniers a Villa Atuel, mi pueblo, en la provincia de Mendoza. Poco menos de mil kilómetros. Me ha tocado una butaca individual sobre el costado derecho, en tanto en el izquierdo, con las butacas dispuestas de a pares y en línea con mi ubicación, van sentados un sanrafaelino al pasillo

y un yanqui del lado de la ventanilla. Ambos han delatado esos gentilicios y/o procedencias en cuanto intercambiaron sus primeras palabras.

Hay una ficción y la llevo en mis manos. Gozo de la hermosa costumbre que adoptaron mis hijas de regalarme libros y, en esta época, se les ha dado por los cuentos completos. He recibido en ese formato a Di Benedetto, Costantini, Conti, Morosoli, Saer, Castillo y Hemingway. Este último es el que voy leyendo, más precisamente el cuento llamado *“Un lugar limpio y bien iluminado”*.

Cuenta allí el bueno de Ernest la historia de dos camareros de café que discuten sobre el último cliente que les queda: un viejo sordo y solitario que no deja su mesa y sigue bebiendo coñac. El camarero joven que lo atiende (que lo atiende mal) quiere irse a casa temprano. El otro camarero está más en sintonía con el viejo borrachín, acaso porque le entiende eso de la soledad...

(En los cuentos de Hemingway suele pasar que no pasa nada pero, a medida que el o los diálogos se desarrollan, la cosa se va cargando y, de repente, se está en medio de una situación que desnuda las tensiones humanas y sociales de personajes tan miserables y/o generosos como las personas reales).

Mientras he ido devorando las líneas de esos diálogos no he podido dejar de notar —porque los párpados existen sólo en los ojos y no también en los oídos— que los dos contertulios de al lado han entrado en confianza.

El yanqui de la ventanilla dice *yunóu* después de cada parrafada. Acto seguido, y ante la sonrisa impávida del sanrafaelino, que no *nou* (o sea, no entiende ni jota), intenta

expresar lo mismo en castellano. Pero le faltan los sustantivos, así que balbucea largamente mirando a su interlocutor, que asiente con la cabeza mientras pronuncia al azar términos que nunca son los que él procura. Al principio me dio la impresión de que eso no podía durar, pero al rato, cuando vamos por la cena, siguen “emitiendo” por turnos, jugando a que se comunican. Al parecer han coincidido en un apellido cuando el yanqui ha dicho a quién le compró la finca donde vive ahora. Al sanrafaelino se le embrolla la cosa cuando quiere que el otro entienda la palabra o el concepto “cuñado”. Escucho:

–Sí, los Roca. El Alberto es amigo... eh... Sería... *frién* de mi cuñado.

–¿Cuniaro?

–Eh... No. Cuñado. Cuñado: el hermano... el *bróder*, sería, de la *guaiif*.

–¿Your wife?

–No, no. *Guaiif* –dice, y comienza a ayudar su dicción con un movimiento de la mano derecha–. Señora o esposa (junta los dedos en montón hacia arriba). *Guaiif*. Esposa... –describe con el brazo un arco hacia arriba y lleva la mano al lado del yanqui con los dedos hacia abajo.

–Repite el mecanismo con las palabras “hermano” y “*bróder*”. Mira subrepticamente hacia mí, que lo observo hipnotizado.

–El *bróder* de la mujer –dice de nuevo, consultándome con los ojos. Con los míos, le devuelvo que ni idea, mientras trato de deshacerme de la visión coreográfica del brazo.

–¡¿Sister?! –exclama el yanqui, que cree haber descubierto la palabra que el otro busca.

—No, no. *Síster* o *bróder* de su *guai* es su... ¿*yor?*... ¿qué?
...Eso, bah.

El tono ha ido subiendo mientras los artículos desaparecen. Quedan las palabras sueltas y un repertorio gestual que no disimula la frustración. No sé si al compatriota lo frustra más lo limitado de su inglés o la imposibilidad de explayarse sobre el vínculo que venía describiendo.

Me vuelvo al libro, donde el viejo le ha pedido otro coñac al camarero que se quiere ir a su casa:

“—*¡Terminó!* —*dijo, hablando con esa omisión de la sintaxis que la gente estúpida emplea al hablar con los beodos o los extranjeros—. No más esta noche. Cerramos.*”

La situación me hace reír. No puedo creer que esté leyendo esto mientras atestiguo el diálogo que acabo de contar — que se sigue resistiendo a morir y busca otros tópicos— entre el sanrafaelino y el yanqui.

El cuento destaca la importancia que adquieren ciertos detalles en la soledad. El viejo se va solo y tal vez tenga éxito en su próximo intento de suicidio, el camarero joven se va rápido a su casa pues tiene quien lo espere, el camarero mayor cierra el café y piensa en el viejo que está solo como él, mientras busca un lugar donde también poder tomar algo, un lugar decente. Preferentemente limpio y bien iluminado...

Regreso a los dos charlatanes. Pienso en la sintaxis de los estúpidos, en los borrachos y los extranjeros. También en los que están solos y en los que le tienen terror a la soledad y a esa suerte de emisario suyo: el silencio.

Casi me siento un perdonavidas cuando oigo mentar un

nombre querido, aunque medio deformado. Los muchachos vienen ahora hablando de fútbol. El comprovinciano dice que el tipo es talentoso pero muy conflictivo (hablan de Riquelme), el yanqui acota que *nou tiene los estudios completous y nou sabe leer... y...*

Aguanto hasta ahí. Hasta acá me banqué el estilo campechano/positivista y cordial/capitalista, barra gorila/selfmeidman de los dos. La verba equívoca mecida por el aura empresarial, con las mandadas de parte del local ante el menguado entendimiento del imperial del norte y viceversa.

Pronuncio un sonoro “¿Y a éste qué le pasa? ¿Ahora sabe algo de fútbol?” Y dejo caer una puteada que incomoda al angloparlante y sonroja al sanrafaelino, que me mira sorprendido. Esta vez le devuelvo la mirada, fija, a sesenta centímetros de distancia, como responsabilizándolo a él de lo que ha dicho el otro.

Se hace el boludo. Obvio. Estos especímenes tienen un “master” en esa materia. (Posiblemente haya pensado que soy un lunático).

Envuelto en la antipatía que me despertaron desde un principio, me los quiero olvidar y trato de gambetear la pena y la bronca que me genera la belleza inapreciada.

Cuando Riquelme deje de jugar, el fútbol perderá a uno de los que articula mejor su sintaxis. Pero eso qué carajos les va a importar a estos y tantos otros charlatanes de cuarta que creen que se comunican cuando en realidad llenan de vocablos el tiempo porque les aterra el silencio.

Una buena sintaxis reside en la calidad de los nexos. Lo saben los buenos viajes, la buena literatura y el fútbol bien jugado.

Don Agüero y los mosquitos

El rito de la amistad precisa de templos adecuados, sobre todo en los reencuentros. Por eso el Negro Giménez me anuncia que vamos a cobijarnos por un ratito en un sueño ajeno. A saber, el de un tal Agüero. Que es más bien “Don” Agüero, no sólo por la edad sino por el respeto y la delicadeza que infunde cuando nos recibe e instala el código de la conversa.

Nos sentamos bajo un alero que enfrenta al viento del este y forma parte de una construcción de material que algún día va a ser, si Dios quiere, un barcito.

Pero no todavía... “*Qué va’cer*”, dice. “*Hay que encontrarle la vuelta. Como el mosquito, que se tira al suelo de espaldas pa’ que no se lo lleve el viento... ¿ah?*”

Del festejo de la ocurrencia se disparan unos conceptos acerca de la malignidad y astucia de los zancudos de Lavalle, que es donde estamos, bajo el alero y cervecando con Don Agüero, gozando de lo austero de su vocabulario y lo generoso de sus ademanes. Si describe, por ejemplo, el

tamaño de un árbol añoso, eleva el brazo y cuelga la mirada en la altura. Y ahí se demora, como si además de evocarlo lo invocara... De modo que uno no puede evitar la tentación de buscar con los ojos esa magnificencia, aun sabiendo que sólo nos circundan el alambrado y el polvo que peina la peladera del patio de tierra.

Se prescinde de los nombres de pila y se rastrean los apellidos en la pertenencia del paisaje y en los oficios. Don Agüero, lavallino, es parralero y medio cantor pero, además, de los que escriben.

En las melodías que a veces le suelta su guitarra, suele él atar unos versos austeros y cabales como su realidad. Le “salen” tonada y vals, y hasta le han grabado un par, dice con discreto orgullo. Si le sale una zamba, se lamenta diciendo que eso no va con el “sentir de un cuyano” y se toca el pecho del lado del corazón.

Cuando ya nos ha regalado un par de tonadas y no queda más cerveza, nos despedimos hasta más ver y promete, para la próxima, un vinito patero.

“Entonces, con tal de volver, habrá que hacer como el mosquito”, le digo, y se sonríe mientras nos estrechamos la mano.

Han pasado varios veranos de aquel saludo y no he vuelto. Tal vez el patero me espera en el mostrador del barcito que soñaba Don Agüero, si es que, como tanto pobre “de espaldas en el suelo”, le encontró alguna vez la vuelta al viento que lo enderezara...

Por ahí, quién te dice, con éste que viene soplando ahora...

Expresión popular y dependencia simbólica*

Llamamos expresión popular al conjunto de manifestaciones sensibles generadas por las culturas contenidas en el pueblo. Eso que vulgarmente, y generalizando, se llama folklore y, si se particulariza en la música, música folklórica. (No se habla de teatro, pintura ni literatura folklórica...) Recordamos que don Atahualpa Yupanqui hablaba de “música nativa”; el Chango Farías Gómez de “música popular argentina” y, como ellos y tantísimos otros, no preferimos el uso de la palabra folklore o música folklórica (aunque sabemos perfectamente qué designan en el habla popular dichos términos), en principio para no batallar sobre cuál definición alcanza o encuadra a tal manifestación o a qué pueblo o comunidad (si es *folk* o no *folk*) pertenece, o si es un hecho de folklore o de folklorismo (o folkloraje); ni quedar subordinados a quienes hacen de la etimología una clausura del pensamiento o del poder deductivo. Y, sobre

* Escrito base de la charla realizada en el 9º Encuentro de Músicos Populares de Rosario, Santa Fe, Argentina. Agosto de 2012.

todo, para no favorecer la falsa percepción (y proyección) particionada en regiones de nuestra extensa patria, tal cual lo alientan los *admiradores del árbol que no quieren ver el bosque*, que, en vez de tender hacia una resultante que contenga la suma de todas las particularidades, persiguen la preeminencia de una o algunas en desmedro de las otras. (Los fanatismos regionales, hablando de música, aunque entendibles, resultan perniciosos, en tanto favorecen que sea otra música, no nativa, la que comienza a “asemejar” la mayoría de la población que habita el país).

El sueño de toda la música nativa y criolla dialogando en un mismo idioma noche tras noche fue el impulso siemiente de nuestro Festival de Cosquín.

Claros en que los nombres de la cosa no necesariamente implican la cosa en sí y que pueden responder a convenciones de hecho (o, como decía don Arturo: “lo que define la cosa no es el nombre sino los objetivos”), apoyamos y alentamos desde estas líneas la ley de creación del Instituto Nacional de Folklore²³, en el entendimiento de que la jerarquización institucional de nuestro acervo (al margen de cualquier diferencia o variación nominal) es clave para repeler los embates de deslegitimación y oscurantismo a que fue y es sistemáticamente sometido. Las músicas y las danzas nativas –es decir, nacidas acá– conservan el dato identitario histórico de esta parte del mundo. Por eso deben valorarse, preservarse y transmitirse.

Asimismo, la combinación “arte popular”, aunque la usamos por una cuestión de entendimiento práctico, no nos

²³ Proyecto presentado por la diputada Julia Argentina Perié en el Congreso Nacional, en 2010.

parece del todo veraz ni inocente, pues el vocablo *arte* presupone el dominio de una técnica preexistente, y la “expresión popular”, en cambio, las más de las veces, surge junto con un abordaje que inventa y que luego será tal vez técnica. Y, encima, “arte popular” sólo puede proferirse desde otro lugar/arte que no es el popular.

Por lo demás, ambos conceptos: *arte* y *folklore*, y sus producidos simbólico y técnico, están parcialmente contenidos y sincretizados en la expresión popular de nuestro tiempo, y mal puede un término definir o nombrar un todo del que es parte. Ambas categorías son también externas al medio popular, como dice Discépolo: “Los pueblos son anteriores a las academias”.

Llamamos “dependencia simbólica” a la respuesta subjetiva y concreta que consigue en nuestro pueblo (y en tantos otros) la estructura industrial imperialista con su fabulosa producción de bienes simbólicos que, gracias a la penetración cultural (dominio del mercado por la colonización pedagógica y cultural efectuadas), invisibiliza la propia producción de símbolos, en algunos casos hasta darla por inexistente. También al acomplejamiento social que el comportamiento devenido de dicha dominación ha naturalizado entre millones de compatriotas.

Del desembarco de “lo bello”

Es preciso recordar que, con la conquista europea, veinte siglos de historia “occidental”, plegados en quinientos años, se encajan en el continente americano. El arte, como

las demás instituciones, es trasplantado para cumplir una evangelización paralela a la religiosa. Toda la historia y prehistoria de escuelas, movimientos, tendencias y obras de la expresión humana –desde los frescos de Altamira hasta el mingitorio de Duchamp, pasando por el Partenón o el David de Miguel Ángel y la Opera Lulú de Alban Berg, ejemplificando al azar– se amontonarán en las colonias y semicolonias para erigir el aura del gran arte occidental.

De este desembarco y el subsiguiente contacto con las culturas precolombinas más el aporte africano en la corriente colonizadora ibérica deviene el riquísimo proceso de mezcla que caracteriza nuestras culturas. Aunque es evidente, a más de quinientos años, que dicha mixtura y los diversos procesos de asimilación y fusión en el campo artístico o de la expresión constituyen uno de los acervos culturales más extraordinarios de nuestro planeta, los aparatos culturales legitimados en/por las oligarquías latinoamericanas persisten en la mentalidad colonial y tributan aún a una fantasmagórica corona/cultura europea. Quizá como salvaguarda cultural a la balcanización geopolítica plasmada.

La crítica planteada a ese “plegamiento” del gran arte o arte culto –o más bien a su remitir constante a una centralidad europea de la que seríamos un suburbio acomplejado– se hace necesaria, puesto que ha operado como entidad y recurso negador del producido histórico de la citada mezcla de culturas. Referenciarse en aquel arte es aún hoy garantía de legitimación para artistas y diletantes.

De ningún modo pretendemos subvalorar o negar lo que implica el gran arte en la historia –esa faceta extraor-

dinaria de la aventura humana— ni el potencial manifiesto del aporte creativo en la modificación de las sociedades y el mundo en general, sino considerar cómo las clases que detentan el poder usufructúan su capital simbólico y, mediante una relación de legitimaciones estatutarias y jerarquizaciones sociales, pergeñan un dispositivo más sutil de dominación, que permea hacia las capas medias y bajas.

Porque, vale decirlo una vez más, el problema no es en abstracto, sino con las clases que se han arrogado históricamente el poder en Argentina y América Latina: las ya mentadas oligarquías locales. Genuinos y valerosos defensores de los intereses europeos en América, para quienes el capital cultural —que sistemáticamente reniega de lo nativo— es un bien ostensible y legitimador de status social, que los arrastra a una irracional identificación con lo europeo en general y con lo francés e inglés/yanqui en particular, actitud acorde con la dependencia económica a la que sometieron a la región y en la que desgraciadamente persisten.

Individuos vs. pueblos

El enfoque usual positivista propone para la historia oficial de las Bellas Artes un compendio de visiones y aportes de individualidades que, atravesando las épocas y sus correspondientes escuelas y tendencias, “evolucionaron” —en un constante suceder de vanguardias “superadoras” del antecedente— la expresión artística culta hasta las características que exhibe hoy, en el siglo XXI. Como institución legitimada, el legado o aporte a la sociedad —en tanto cultura

occidental— es o pretende ser de carácter universal.

En contraposición, todos los pueblos del mundo se expresan y construyen su propio “cuerpo de expresión” (en canciones, danzas, ritos, comidas, etc.) en forma empírica y por acumulación y transmisión oral (a veces también escrita), que se legitima con y por el aval de los mismos implicados y representados en la expresión, con intereses, vivencias y desafíos en común.

El análisis y sistematización de las expresiones populares, junto a los contextos en que se desarrollan, genera el cuerpo de saber que estudia la ciencia que solemos llamar “folklore”. Esta suerte de contrapartida de la “individualidad artística” precisa, por convención académica, que las contribuciones sean colectivas y anónimas. (Ironizando un cachito, se puede decir que es un buen recurso para abordar y/o dar cuenta del legado acumulado que pueblos y culturas en cuestión produjeron hasta el arribo de “académicos” interesados en estudiar lo popular).

A diferencia de las Bellas Artes, el legado a la humanidad contiene o implica sólo desde y hacia las identidades involucradas. Es decir, al no ser “institucional”, no cuentan con más legitimación que la que le confieren quienes lo ejercen, y su entrada en la historia es difusa y confusa, aunque irrefutable.

Esta contraposición planteada quiere ser antes una herramienta para facilitar un análisis que un establecimiento de categorías estancas, pues tanto contenidos como técnicas y tecnologías atraviesan, más tarde o más temprano, todos los ámbitos y no hay forma de contener los saberes que

la humanidad consigue en su experiencia, por más elitistas y conservadoras que sean las ideologías²⁴.

Si se mira bien, sin complejos, se puede notar que el par opuesto “arte culto”/ “expresión popular” es complementario, pues se beneficia constante y mutuamente. El arte culto, que durante siglos no dejó de abreviar en motivos populares, tiene siempre disponible ese recurso en permanente crecimiento; y los “grandes artistas” le imprimen su impronta de acuerdo a cómo se relacionan con la sociedad que integran. Por otro lado, la expresión popular, además de inventar las propias, absorbe técnicas tradicionales y de vanguardia, gracias a la irreverente curiosidad de sus cultores, entre otros múltiples factores.

Esta expresión (la popular) porta naturalmente los componentes identitarios y sus modificaciones en el tiempo; produce y contiene tanto individualidades como grupos que, variando en relación a su distancia con la centralidad del poder, el progreso y la información, son susceptibles de atesorar y ejercitar lo más antiguo de nuestro acervo. Se cuentan en sus filas desde los espíritus más tradicionalistas, dados a la tarea de la conservación y resguardo de expresiones “puras”, hasta los más inquietos y vanguardistas, que aplican recursos novedosos y experimentan con el discurso popular. Ambos “extremos” son indispensables para la sobrevivencia y evolución de la variada capa de grises que engendran entre sí²⁵.

²⁴ En el plano de la expresión artística, técnicas, instrumentos y tecnologías no son privativas del mundo académico (a veces ni siquiera son propias de ese mundo) y los artistas o cultores las abordan y aplican en la medida de sus posibilidades y en los ámbitos a los que pertenecen, que tampoco son excluyentes.

²⁵ Durante años la mirada acompletejada y pro-academicista de nuestros “estudiosos” ha embarullado conceptos y prejuicios con el objeto de condenar las manifestaciones propias, una vez más, a situaciones y ámbitos estancos. Así, se

Esto genera un manantial inagotable de expresión y simbología, que no se aviene a normas preestablecidas, ni se reduce a intereses (según el ideal romántico; no se es artista por convención ni por conveniencia), aunque eso no es sinónimo de fortaleza, ya que como se dijo al principio en algunos casos tal producción no se ve, o parece no existir. Es que el escamoteo ha comenzado a efectuarse...

El tercer círculo

En esto de la convención y la conveniencia entra a tallar un factor determinante de la historia mundial y componente característico del capitalismo: el mercado. Desde que la expresión sensible –ya sea de élite o popular– devino mercancía, la circulación de bienes simbólicos ha gravitado sobre las conductas humanas. De hecho, la conformación del manantial de la expresión popular del que hablamos no hubiera sido posible sin dicha circulación y sin el aporte del mercado que, en su momento, fue pieza clave en la disminución de la brecha socioeconómica, así como factor de democratización del acceso a las obras de arte y diversas manifestaciones sensibles.

Pero lo que en los países llamados “centrales” es desarrollo capitalista, en los subdesarrollados o semicoloniales es imperialismo. Los bienes simbólicos producidos por los países poderosos son usados para penetrar en las subjetividades de diferentes pueblos y generar diversos condicio-

preocuparon falsamente de distinguir entre tradicionalistas y folkloristas, nacionalistas y regionalistas, alentando antinomias que no son tales, pero a las que nuestro espíritu crítico –al parecer– es adicto y, como tal, dependiente.

namientos que responden a los intereses de los primeros. Esta penetración cultural suele ser suficiente para la avidez imperialista pero, cuando no lo es, funciona como prólogo o epílogo de la guerra.

Dice el escritor venezolano Britto García: “Las bombas empiezan a caer cuando han fallado los símbolos”, graficando esa potestad “natural” del imperialismo sobre el resto del planeta. (Siguiendo este razonamiento y extremándolo, ¿si nos parásemos en/con nuestro propio capital simbólico y derrotáramos a los usurpadores, es posible que se nos acusara de fabricar armas químicas?).

Una mirada al mercado local de bienes simbólicos nos debe quitar todo tipo de temores: las radios replican constante y mayoritariamente canciones en idioma inglés, donde la palabra es percibida sólo como sonido, como un instrumento más (no se puede negar que es un logro cultural casi con rango biológico); cuesta encontrar música del país en las radios y la televisión de cualquier provincia; visitan asiduamente nuestro país grandes estrellas del rock y el pop internacional que llenan estadios; la mayoría de las películas que disponen que veamos son yanquis (y de esta mayoría, la mayoría es pura mierda); las obras de teatro de la calle Corrientes son éxitos mundiales como “Mamma mia” (sobre las canciones del grupo sueco ABBA); y sigue una penosa e interminable lista de etcéteras.

¿Cómo hemos llegado a esto? Las primeras respuestas están en Jauretche. Las escribió hace sesenta años y siguen vigentes. El problema es que “La colonización pedagógica” no se estudia en las escuelas, es parte de “nuestro *corpus* de saber” escamoteado. La educación escolar argentina tiene

un perfil universalista que resulta funcional a la negación de lo nuestro. Lo denuncia el bueno de don Arturo, pero no pasa nada... Los tiempos no se detienen, los medios de comunicación de la actualidad instalan –a fuerza de repetición– gustos y demandas a su propio antojo e interés.

Los partidarios del desguace del estado propusieron (y lo sostienen) la ley de oferta y demanda para la autorregulación de los mercados. Queda probado que es una estrategia desastrosa para nuestros países, pero insistirán porque no se sienten parte de nosotros. Se sienten los dueños y, en algunos casos –porque responden a patrones forasteros–, mayordomos del dueño ausente. He ahí la oligarquía.

Los mercados no regulados operan libremente para sí mismos. Toman lo que potencialmente les sirve, lo usan mientras se vende y luego lo dejan. El jazz estadounidense fue un suceso comercial mundial entre los años '30 y '50; más o menos en la misma época, el tango y la música nativa de las provincias en Argentina. Hoy no lo son. Ignoro si los fanáticos de Duke Ellington dirán que el *jazz* no existe más o que entró en una crisis terminal, como tantas veces lo escuché del tango. Pero es evidente que la crisis no estaba en la expresión musical (o de cualquier índole) sino en el comportamiento “natural” del mercado que para desarrollarse apeló a otras geniales invenciones (y, si ya estaban inventadas, las magnificó) como el culto a la novedad, en el dispositivo sociocultural que llamamos moda²⁶.

De modo que no es adecuado inferir de la proliferación de “productos de mercado” su directa aceptación o identificación con los gustos y las pasiones del pueblo. Aunque

²⁶ Gilles Lipovetsky: “El Imperio de lo efímero”.

parezca de Perogrullo, hay que recordar que lo popular no es sinónimo de masivo/famoso/convocante/etc. Es lo que el pueblo crea o hace suyo. Colectiva y anónimamente o en la dialéctica artista-pueblo que plantea Carpani:

“La cultura es elaborada colectivamente por las masas con su diaria actividad creativa. En tanto objetivación de ella, el arte es también, en última instancia, una elaboración colectiva, y la creatividad del artista consiste, precisamente, en su capacidad de captarla y expresarla sintéticamente. Captar y expresar en obras esa actividad creativa de las masas y en el contacto de estas obras con el pueblo volver a actuar dialécticamente sobre éste consolidando la cultura colectiva”²⁷.

En tanto destinatario consumidor, el pueblo o “la masa” cumplen su rol en la lógica de mercado, pero no necesariamente lo contenido en el bien simbólico los expresan subjetivamente.

La expresión popular no es del mercado. Puede convivir con él y/o existir sin él. Pero si una nación pretende defender su soberanía subjetiva, su nacionalidad cultural, no se puede dar el lujo (la torpeza) de permitir, en materia de símbolos, un mercado librecambista y autorregulado. Resulta obvio entonces que la expresión popular nacional debe dar batalla también en el mercado, so pena de que éste, plagado de simbología imperialista, modifique –siga modificando– criterios y conductas en desmedro de la integridad e identidades propias.

²⁷ “Arte nacional y militancia revolucionaria en América Latina” (Ricardo Carpani).

La mano de obra en el mercado cultural local

Como se puede entrever, existe una relación directa entre la penetración cultural y la falta de trabajo para los cultores de la expresión popular nacional. Se ha naturalizado que la música se consume mejor “envasada” que “en vivo”, sin dimensionar que eso anula puestos de trabajo. Revertir esto es responsabilidad de los mismos músicos respecto a las patas corporativas que tiene la actividad.

Pero también hay medidas que se pueden tomar desde la base educativa:

Propender siempre a la expresión en vivo es una forma que debiera exigirse en las escuelas; terminar con materias de relleno, como la versión generalizada de Música y Plástica (curiosamente las expresivas), y nutrirlas de contenidos asequibles a la población escolar, que hagan hincapié en lograr que ésta se exprese –de verdad– sensiblemente. Esto forma público y genera una necesidad que será demanda de emoción a la expresión.

También ir a más en la difusión de las músicas nacionales en las radios y la televisión²⁸. Es descorazonador llegar a Misiones y no poder escuchar una polka ni un chamamé en FM, y si acaso alguno de fondo o cortinando un programa de información general en AM. Lo mismo pasa en Mendoza con la tonada y la cueca cuyana. El turismo nacional se

²⁸ Para los sectores progresistas, que piensan que el 30% (la mitad para la música independiente) que establece la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual en la difusión musical es un gran logro, hay que recordar que en 1950 Perón dicta el Decreto N° 33.771 (B.O. 12-1-50) para la difusión obligatoria de música nacional en un 50 %; en 1974 el porcentaje se amplía al 75% , mediante el Decreto N° 1085/74 (B.O. 16-10-74).

ha venido desarrollando exponencialmente en los últimos años. ¿Cómo no aprovechar esto para que los músicos del país tengan más trabajo? ¿Cómo es que valorando el trabajo productivo del hombre y la tierra que lo acoge no se pone en valor la expresión colectiva propia de la región?

Aparece otra vez el complejo sociocultural o la mayordomía cipaya y entonces –como vi hacer en los años ‘90– se contrata un flautista “clásico” que interprete a Debussy mientras unos turistas franceses otean los viñedos de una bodega de Agrelo...

Cuando no encuentren quién se cante una vidala en Talampaya para un grupo de japoneses con cámara y haya que poner una banda de jazz o rock o punk o pop o rap o cuac y nadie lo note porque resulte natural para propios y extraños, el escamoteo se habrá consumado totalmente. La colonización subjetiva se reasegura difuminando la huella de nuestra impronta original.

La Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual plenamente aplicada es un factor determinante en este punto de la batalla cultural. No podemos obviar que la penetración cultural naturalizada se debe en gran parte al accionar de los medios, claros agentes del mercado internacional. Las radios y canales de cooperativas y otras organizaciones deben ser vías de difusión de la expresión popular que históricamente ha resistido pegada al dolor y los sueños del pueblo: la murga porteña, la cifra y la payada bonaerenses, la tonada cuyana, etc.

Y no sólo para sostenerse como resistencias estancas. Las expresiones regionales no son islas. Son, por el contra-

rio, las diversas cepas –los varietales– de donde obtener todavía vinos de una maravillosa profundidad, que se brinden a la salud de todos los que habitamos este bendito suelo.

La problemática es compleja, pero nos obliga el compromiso con el legado de nuestros mayores. No se trata de amenazar libertades en tanto algo no debiera escucharse y/o consumirse; se trata de restaurar derechos capturados, como el de conocer las manifestaciones del propio país y contribuir a la afirmación de una subjetividad nacional. Esto también nos dará el derecho y la oportunidad de conseguir una industria cultural nacional que se piense, como las demás industrias, en tanto fuente de trabajo –con su materia prima y su valor agregado– y mejore sustancialmente las condiciones materiales de los cultores de la expresión popular nacional.

Empanadas salteñas

Estoy en “El Farito”, sentado en la vereda, frente a la plaza 9 de Julio, comiendo unas empanadas y disfrutando del sol del mediodía de Salta. Acá –me ha contado, entre otros, el Luis, el menor de sus hijos– se sentaba el Cuchi Leguizamón con su estentórea voz y su estilo jodón, a compartir historias entre vinito y empanadas con otros tantos entrañables como Manuel J. Castilla, Miguel Ángel Pérez y vaya a saber cuántos más, a ver pasar y crecer su gente y su ciudad, a esperar esas imágenes sonoras que son sus melodías, a pergeñar zambas y arreglos. Bah, esto último me lo imagino yo, puesto que entiendo que la producción creativa suele elegir el paisaje cotidiano para aparecer y desarrollarse en sus orígenes, hasta que se le mete mano...

Lo otro que imagino que el Cuchi debe haber hecho acá es putear a los funcionarios de cultura de turno. Me baso en un lugar común: la casi invicta mediocridad de los funcionarios y su sempiterno enfrentamiento con los artistas que han producido lo más valioso de nuestro acervo; la inercia

histórica que la oficialidad suele ostentar cuando se arrastra con la moda y el mercado. O sea... casi siempre.

Estoy en Salta. Lo constatan sabores, olores y colores... Pero no suena a Salta. Pasa un auto nuevo, que parece un baffle con ruedas. Suena una música infame. Ni siquiera puedo distinguir el idioma pero, al parecer, eso no importa demasiado.

En esa conciencia ruin ando batallando –ayudado por la belleza del día, que quiere rescatarme de cualquier cerrazón– cuando se sientan al lado cuatro señoras que en un santiamén vuelven loco a uno de los mozos con la solicitud de la variedad de empanadas disponible, a saber: carne, pollo y queso. Le piden de a pares, una por gusto con diferente combinación, y cada una por separado.

El tipo lleva cuarenta y cuatro años atendiendo ahí. Siempre que he ido los veo a él y a los demás de civil. No necesitan vestirse de mozos. Se acercan y dicen “¿qué va a ser?”, orgullosos sabedores del prestigio del lugar, que una de las señoras desconoce y humilla, al solicitar una pizza.

Las señoras son de la provincia de Buenos Aires. De comedido, o de metido nomás, les comento que están por comer las empanadas más célebres de la ciudad, si no por la calidad de la factura, por el plus antes descripto. Pero no las impresiono. Desconocen prolijamente al creador de La Pomeña, Balderrama, Maturana y tantas otras.

La nube ruin gana terreno contra el verídico sol y me dan ganas de putear. Pienso además en el Chivo Valladares, Ramón Ayala, mi maestro Tito Francia, en tantos hacedores de nuestra música, de talento irrepitible, prolijamente postergados u olvidados, devenidos tesoros a descubrir sólo

para un mínimo de los argentinos.

Quiero zafar de la nube y se me da por consultar el motivo de la visita a las señoras. Han venido a ver a la virgen. Pinta para peor. Me quedo en el molde porque recuerdo el diálogo de la noche anterior con mi amigo Hernán. En su ocurrente imaginación dice que esas procesiones son como un *bowling* espiritual: contabilizan cuántas personas caen por día cuando las toca la Señora... Yo entiendo poco. Pregunto si la señora es virgen o si la virgen es ahora una señora... Me desasnan: la Señora tiene poderes, y va tocando con su mano a todos los que hacen la cola, que a veces es kilométrica. Algunos, ante el poder de su “toque”, caen desmayados y, se supone... “curados”. Pero dicen que nadie vende nada, lo que es un buen argumento a favor de la fe: no es un negocio.

—El negocio son los viajes, papá —me dice el ácrata de Hernán—; explican que es puro porque ahí no les venden nada. El tema es que se lo han vendido antes...

La razón del Hernán me resulta verosímil y aplicable a tantas cosas. Ante los bienes culturales de los centros de poder, el valor del objeto en sí no representa sino la fidelidad a un “producto/idea” que ya se ha consumido... que ya nos vendieron antes.

Esa noche también me han desasnado sobre el panorama de la educación laica en la tierra de Güemes. Al parecer es obligatorio dar religión en las escuelas estatales. ¿Otro sapo que nos tenemos que comer? ¿Y la Violeta Parra, que cantaba aquello de la bolsa negra sacra a la que los estudiantes les bajan las indulgencias? (*porque hasta cuándo nos dura/ señores, la penitencia/ caramba y zamba la cosa/ que*

viva toda la ciencia).

Se me juntan estos temas como si fueran uno sólo. Aristas del mismo problema. La identidad escamoteada, disfrazada de variable de mercado; el sometimiento ideológico, de principio moral.

Esquivando el parloteo de las señoras, pido dos empanadas más de carne. Lamento que no tengan de charque y, con ese lamentar, la nube sigue creciendo...

Me acuerdo cuando mi amigo el Rulo me organizó, en San Rafael, una agenda de amigos y contactos suyos a quienes “sablear” con auspicios para presentar mi primer trabajo grabado. Uno que estaba en el negocio de las farmacias aceptó aportar para la causa no sin antes aclarar —se iniciaba el apogeo neoliberal de los ’90— que de ningún modo pertenecía al grupo de los que condenan la falta de apoyo a la música nacional. La charla fue larga y penosa. Aún hoy no la puedo evocar sin furia pero citaré, para sintetizar, la frase que se lleva la palma: “No veo por qué el Estado tendría que subvencionar, por ejemplo, a Yupanqui, si a la gente le gusta Madonna”.

Explicarle a este tipo que el Estado imperialista (o sea, EEUU) subvenciona todos los bienes culturales que produce porque son, además de la segunda industria en generar ingresos (la primera es la de armamentos), una formidable herramienta de penetración cultural; que, curiosamente o no, funciona también en tándem con los muchachos de la industria de matar (o te seducen lavándote la identidad o te matan, y viceversa); que el gusto se construye; que renunciar al paisaje es social y políticamente suicida; o cualquier otro aspecto que intentara menguar la barbaridad pronun-

ciada era una pérdida de tiempo. Pero los '90, gracias a Dios y al diablo, ya pasaron...

Esta es una discusión que, más temprano que tarde, tenemos que darnos más allá de la superficie, y como conjunto, los argentinos. Así como se protegen los bienes tangibles producidos por la industria nacional, lo intangible (la capacidad de simbolizar del pueblo) debe ser protegido y alentado desde la valoración de la propia pertenencia. Éste es el tiempo y éste es el gobierno, al menos a nivel nacional, que tiene que propiciarlo...

También puedo imaginarlo al Cuchi fantaseando con que esta idea, verbalizada tantas veces por tantos y de modo parecido, agarrara cuerpo alguna vez o fuerza de ley, como sería quizá menester, mientras se manda una jocosa chanza o una rotunda puteada para solaz de los presentes, sentado acá, en "El Farito", donde –entre empanada y vinito– le festejamos una y le refrendamos la otra... Y lo evocamos con devoción.

Autogestionados, independientes y librados a su suerte*

El derecho de gestionarse por sí mismos, para los artistas y para unas cuantas otras actividades, es, entre nosotros y en la mayoría de las veces, una consecuencia que no ofrece demasiadas opciones y que deriva, generalmente, de la no pertenencia/pertinencia. Toda expresión que no cabe en o no responde a las expectativas o demandas establecidas en su tiempo y espacio por las variables de mercado/consumo no es pertinente. En tanto, la que no es generada dentro del circuito de las industrias culturales, obviamente, no pertenece; y ambas son susceptibles de ser consideradas como independientes.

¿Independientes de qué? De una industria, concretamente.

En países donde la industria está limitada a funcionar como contratista de franquicias de productos internacionales cuya rentabilidad está asegurada (tal la figura subsi-

* Escrito preparado para la mesa de Arte y Autogestión durante el VIIIº Congreso Internacional de Salud Mental y Derechos Humanos, organizado por la Asociación Madres de plaza de Mayo. Noviembre de 2009.

diaria de las industrias culturales en Latinoamérica), puede considerarse un mérito y un privilegio integrar el magro porcentaje de producción propia o “local” que dicha estructura contempla. Pero lo más común y generalizado es lo independiente y autogestivo.

A pesar de que dicha producción generalizada tiene las consabidas dificultades de generar permanentemente caminos alternativos para tratar de sobrevivir ante el obturado circuito de la industria cultural caracterizada, deviene la más abundante (en algunos casos también la más representativa), antes por su porfía en existir que por cualquier característica contestaria o anti hegemónica, que tanto puede tener o no. Rasgos que, en cambio, en los países centrales son constitutivos de lo “independiente”.

Ese sobrevivir (insistir y resistir) es, de alguna forma, el capital simbólico que va asociado en nuestros pagos a lo independiente y autogestionado.

A la marginación inaugural que propone una visión “oficial” de la cultura se suceden otras que se identifican como “de mercado”. Una industria siempre en ciernes, que –aun en sus esplendores intermitentes– no capitalizó su perfil nacional, no tuvo tampoco ningún complejo en recortar y abandonar las fases que no le resultaron rentables. La vinculada a lo musical, por ejemplo, hace décadas abandonó la inversión en el desarrollo de artistas y se limita a vender el producto de los más conocidos o consagrados. Ante esta realidad, más de uno entendió que le metían la mano en la lata y se liberó del trato leonino que implicaba invertir como particular en la propia carrera, para –sólo si resultaba bien– dividir ganancias con algún sello, generalmente mul-

tinacional. La mezquindad y torpeza empresarial consigue, en algunos casos, beneficios para propuestas que supieron/saben hacerse cargo de su propio proceso.

Por otro lado, al no desarrollar “industrialmente” recursos de “materia prima”, la gran mayoría de los argentinos con inquietudes artístico/musicales de la índole que sean no tiene otra que peregrinar en los senderos de la autogestión. Este escenario contribuye a la ¿conveniente?, paradójica e irreal apreciación que la sociedad ha elaborado en su imaginario sobre el artista, y sobre todo el artista popular: por un lado, portador de un don o halo que le permite expresar e identificar aspectos de la sensibilidad colectiva; y, por otro, alguien que –salvo una escasa minoría– sobrevive desarrollando otras actividades u oficios.

Tanto en el circuito profesional como, y con más razón, en el independiente, las posibilidades que un artista argentino tiene de vivir de ese quehacer son bastante remotas. Vale esta (in)necesaria aclaración, ya que ponderar un tipo de organización para la sobrevivencia puede llevarnos a la confusión de asociar la sobremetada independencia antes a una libertad que a una limitación.

En países como el nuestro, donde la disputa por los medios de producción ha suscitado masacres sistemáticas (la desaparición forzada de personas instrumentada a favor de un perfil socio-político-económico) y sucesivas derrotas culturales (una cultura oficial que se mira en Europa y los EEUU, en desmedro de una matriz multicultural que exprese lo nacional sin complejos ni negaciones), parece utópico pretender siquiera industrias culturales propias y fuertes, máxime cuando la soberanía cultural es una bande-

ra que ha pasado más tiempo arriada que flameando.

La industria cultural de un país refleja y condiciona las posibilidades de sus políticas culturales, y viceversa. Una industria exitosa (pero propia, de productos “con contenidos manufacturados y envasados en origen”; esto es, por ejemplo: no los cines del país atestados para ver “Rápido y furioso 15”, sino las películas del cine nacional con la taquilla completamente vendida) permite una estrategia política en beneficio del conjunto. En tanto, una industria subsidiaria –tal lo ya expuesto– condena a las políticas culturales a diseñar parches de dudosa efectividad, que sólo transfieren recursos al sector privado; y éste, habitualmente, a una economía exterior.

Es obvio que la lógica empresarial se mueve en una dirección común, sea cual sea la especialidad a la que esté abocada, y, en tanto tal, se comporta buscando los medios que la favorezcan. Se invierte en aquello que reedita. Cortito, claro y concreto. Ahora bien, que la evolución de la sociedad que integramos nos haya conducido al tiempo en que se habla de “bienes culturales” no debiera hacernos olvidar que el hecho artístico cultural se agita en conjunto y a través de las culturas de las que emana, más allá de su perfil de “producto” o “bien”. Esto es que, aunque la lógica de producción capitalista afecta todas las fases, la creación (el hecho creativo artístico) se produce a veces al margen y, otras, decididamente en contra de dicha lógica. No obstante, todo hecho creativo susceptible de ser considerado un bien deberá avenirse a las reglas de mercado para su distribución y consecuente consumo. En eso consiste el poder del sistema instalado.

Es una poderosa herramienta de consolidación cultural. A qué o cuál “cultura” responde es harina de un otro costal, que venimos tratando de indagar acá, mientras intentamos por todos los medios disponibles seguir *combatiendo al capital*, digo a la homogeneización cultural.

Si la materia del arte se confirma en el sentir, su devenir es símbolo. Entonces, más allá del soporte sobre el que viaja lo simbólico y los artefactos y contextos que lo traducen para su consumo, lo importante, lo definitorio y definitivo es la creación inicial. Y el sentir, lo creativo –lo que me simboliza, en tanto lo interpreto y me identifica– tiene para la industria un valor convencional en dinero, que no tiene nada que ver con el que tiene para quienes recibirán el mensaje de la tierra y del hombre.

Tierra como geografía; hombre como historia. En suma, una identidad cultural determinada que se manifiesta en el creador-intérprete y en el espectador-oyente, que de ninguna manera puedo designar: “consumidor”, siendo, como es, un continuador, un resonador de la creación que se autolebra en una pertenencia común o se contacta con otras dimensiones simbólicas de otras culturas.

Entonces es claro que las lógicas entran en pugna porque representan intereses de índole muy diferente. Si tengo que participar de un juego de términos o vocablos complementarios y me dicen “mercado”, contesto casi sin dudar: “consumidor”. ¿Qué respondería si me dicen “Nación”?... El cuidado de las condiciones que favorezcan la evolución de una identidad cultural, de una conciencia nacional, con todos los matices que ello implica, no puede quedar librado al juego de la oferta y la demanda porque este “universo” no

es –no debiera ser– aplicable a lo simbólico. Esto debe ser una responsabilidad indelegable del Estado, tal como lo es la educación pública.

El circuito del entretenimiento (el *show business*) puede o no abordar lo artístico, pero no es su objetivo ni su razón de ser. Condición que, en cambio, define las propuestas artístico-culturales, tanto populares como académicas, cuyos posibles destinos pueden contener o no el éxito comercial. Pero éste no las define, en tanto no es su razón de ser. Estas posiciones frente al hecho artístico y el permanente desafío de constituir una actividad auto sustentable en la práctica laboral de la(s) actividad(es) provocan diversos grises intermedios. Así, hay que precisar que las áreas y circuitos citados se influyen e inter-penetran sin por eso perder sus características. Pero también es necesario establecer que la industria cultural, en general, apuesta sólo por el entretenimiento.

Esta limitación o pobreza alimenta diversas paradojas: sucesos comerciales y artistas pobres; “artistas consagrados” que no manejan ni el lenguaje ni la técnica que determina su arte; artistas ninguneados que convocan su público al margen de la prensa; legados artísticos que expresan e identifican al pueblo y circularon en pasados esplendores industriales; creadores que mueren en el olvido y la lista sigue y sigue...

Ya desde “Talastilla”, la agrupación de trabajo cultural que desde el 2005 impulsamos con Sergio Lobo, ponderamos la autogestión como posibilidad de producir acciones y visiones fuera de cualquier imposición mercantil y la independencia como aspecto irreductible de la creación ar-

tística, pero –en tanto y en cuanto espacio/agrupación que milita desde la expresión artística para influir y aportar a la consolidación de una cultura nacional y popular– la visión estratégica que hemos venido proponiendo es la necesidad de debatir sobre la instalación de políticas de Estado que atiendan la problemática de la expresión popular nativa, que tiene un rol fundamental en la construcción de la identidad nacional y en el desarrollo de las industrias culturales propias.

Es evidente que con los últimos avances tecnológicos la producción de bienes culturales se modificó, y muy drásticamente en algunos casos. La edición musical o, más vulgarmente, “el disco”, por ejemplo, mutó en su dimensión de “negocio”. Eso trae aparejadas algunas consecuencias que no habría que pasar por alto.

Entre los cultores/artistas y los resonadores/consumidores han existido desde siempre distintas instancias de significativa importancia en el quehacer musical, como esos pequeños sellos dedicados seria y tozudamente a la grabación/edición de música relacionada con lo que no resulta en el fondo un negocio sino, más bien, una patriada que sostiene a la disponibilidad del público un magro porcentaje del acervo cultural propio y su consecuente devenir. En relación con las multinacionales (comparando inversión/rentabilidad), es la alegoría de David contra Goliath.

En tanto, la imagen/categoría de resonadores/consumidores –o sea: paisanos y paisanas que se nutren (que lo intentan) de la expresión popular nacional que se edita actualmente y/o de la que quedó editada– cumple con un rol que trasciende largamente el mero consumo. Son busca-

dores, arqueólogos de su propio capital simbólico. Sobre todo en el caso de quienes persiguen las músicas del país, grabadas durante aquellas etapas de esplendor industrial referidas. Una abrumadora mayoría de ese fabuloso *corpus* expresivo ha sido descatalogado. No lo reeditan más pero, por una curiosidad del “sistema”, los productores fonográficos se reservan sus derechos, que les pertenecían, hasta hace poco, por un plazo de cincuenta años posteriores a la edición, plazo que fue ampliado a setenta, seguramente para proteger su apuesta o para premiar su *modus* especulativo, ya que no ejercen ese derecho de reedición.

El caso es que, gracias a la tecnología virtual, muchos coleccionistas, diletantes y melómanos han tenido la solidaria deferencia de compartir, de modo gratuito y anónimo, las obras que poseen, en blogs y distintas redes sociales usuales en internet. Pues bien, este ataque a la “propiedad privada” también ha sido combatido y son cada vez más difíciles de encontrar las páginas desde las que se podían obtener registros de las músicas de la patria. Conclusión: es la obra, la producción expresiva, firmada o sin autor, pero que fue sometida a las reglas del mercado, la que está definitivamente en el limbo. Ni la reviven reeditándola (en lenguaje comercial: no la podemos consumir, sencillamente porque no existe) ni la dejan compartir como producción común (legado) de la población (que es, en suma toda expresión popular, firmada o sin autor), escudados en la protección del negocio de alguien.

Más allá de los avatares del negocio y su “dependencia”, desde estas líneas les transmitimos a los numerosos hacedores/artistas que no se sienten ni “pertenecientes” ni “perti-

nentes”; a los pocos arriesgados empresarios/productores que no traicionan la industria nacional porque la consideran propia; y a los muchos resonadores/consumidores que, con su accionar sensible, mantienen la llama de la expresión popular nacional, nuestro agradecido reconocimiento. Y esperamos que las ansiadas políticas culturales reclamadas, finalmente, cristalicen un día...

Pancoto

Hemos disfrutado, sin saberlo, el último asado juntos. El tipo que tengo sentado enfrente, que casi me triplica en edad, ha trabajado en cuanto oficio se le ha puesto a la mano: de abrir surcos a trenzar cueros, de ordeñar a cosechar lo que haya. Ha sido relojero y bandoneonista, ha sido también el primer zapatero del pueblo.

Es autor de esta máxima: “El que tiene la herramienta tiene la mitad del trabajo hecho”.

Yo, que soy propenso a que una bujía me deje a pata o a que una clavija me prive de mi guitarra, cito la frase con frecuencia y, cuando puedo, invierto en una pinza o un destornillador.

Tiene fama de cabrero y boca sucia. Como buen nieto, heredaré esas virtudes. Su nombre es Agustín Panconi y relata por enésima vez, a pedido mío y del vino que me he ido guardando adentro, la expedición al cerro Mesa en busca de un tesoro: de cómo escarbaron en seis o siete lugares distintos sin hallar ni una piedra que no fuera del color del

cerro, de cómo un amigo había soñado el mapa, el tesoro y la acción, de cómo –sin creerle demasiado– se prendió en la aventura con su Ford T, de cómo se perdieron al regreso...

La historia es vieja pero esta vez aparecen detalles reveladores. Interrumpo con porqués, paraqués, cómo y cuándo. Quiero eternizar la sobremesa y lo escucho como si le mirara las palabras. Quiero guardarme cada rasgo, cada gesto.

Hay un motivo: el viejo se va a morir. Le hubiera gustado hacerlo en el campo, calladamente, pero la modernidad y nuestra cobardía lo condenarán a irse en una cama de hospital. La última vez que lo visite, me apretará la mano y me preguntará si no quiero ese puesto “por un ratito”...

Y desde entonces andaré, vanamente, atrás de una herramienta que me facilite el trabajo de soportar este mundo sin él...

El pueblo desde el bar de Ramos

Villa Atuel, fundado el 20 de octubre de 1912, cumple un siglo de vida. Sus habitantes estables despliegan ideas y posibilidades de festejo que comparten entusiasmados con los pueblerinos que el lugar recupera para las fiestas de fin de año.

Seguramente, como en todas partes, la iniciativa y la organización recaerán en algunos pocos. Aunque esta vez la novedad es la confluencia de intenciones entre la delegación municipal, el consejo vecinal y unos cuantos particulares que alientan diferentes modos de autocelebrarse. Ya se armó una comisión por acá, ya crearon un par de grupos en las redes sociales por allá (para ampliar la convocatoria, recuperar algo de la historia y recopilar imágenes de la vida social y familiar), entre otras actividades, generando, al menos en principio, un estado de participación genuinamente democrática y comunitaria.

Claro que, como en todas partes, lo que de verdad es propiedad común son los comentarios y las opiniones: de

todos y para todos los gustos y pelajes.

Estamos departiendo un rejunte de gentes y temáticas en una mesa de la vereda del bar de Ramos, dándole duro a la cerveza para apechugar mejor el calor. Está el Dardo (más exactamente, Félix Dardo, cómo y por Palorma²⁹), empleado municipal, crítico de los menguados alcances de la Delegación del pueblo, dada la tacañería que caracteriza a la Intendencia de San Rafael respecto de los distritos que contiene. Están también el Sapito, un empleado de vialidad provincial que, apenas nos vio, se vino a nuestra mesa, huyendo de la que ocupaba y algo ofuscado por las cargadas que se estaba ligando a causa del “tiempo libre” que actualmente tienen en esa repartición; el Tito, un rockero lateral derecho de la “Topadora Roja” (al menos hasta este último campeonato), que justo pasaba por ahí a confirmar el asado de más tarde; y, de yapa, don Marcos, reciente jubilado de la firma española que se quedó con lo que era Bodegas y Viñedos Arizu.

Don Marcos, nomás al sentarse, dispara: “Villa Atuel es así: de personajes”, frase que sirve tanto para distanciarse de ciertas particularidades ajenas como para asumir las propias. Afirmación más piadosa –y tal vez más certera– que aquella que acusa a los pueblos chicos de ser grandes infiernos.

En eso estamos, charlando y compartiendo algunos puntos de vista y algunas “vistas al punto que pasa”, porque para eso nos sentamos en la vereda, qué joder. Por arrancar un tema, digo que el Coco Gorri –raramente

²⁹ Félix Dardo Palorma: Músico, compositor y cantor mendocino (1918-1994). Autor de una vasta y maravillosa obra.

ausente— me contó de la “cuyanía” del Kico Mansilla, un villatuelino fanático de la tonada, por cuya casa han desfilado todos los músicos cuyanos que se puedan preciar de tales, y me comentó la pena que le da que los puntanos, reconociendo el trabajo artístico de Anselmo Bustos³⁰, “se lo hayan llevado” a San Luis a cambio de vivienda y algún salario.

(Ya desde mi infancia, la palabra —y el concepto— “tonada” comenzó a cargarse de una mala fama injustificada, gracias al complejo social de la clase media mendocina —media pacata, media ignorante, etc.— y el pueblito que tenía un par de guitarras por cuadra se fue quedando sin su propia música, equiparando el daño en lo sensible de la expresión popular con el político y económico que nos descerrajaron a todos por la cabeza. No fue la única falta que se produjo, pero es una de las que más siento, ahora que ya no me va a dar viruela).

El Sapito dice que antes el pueblo era otra cosa y los barrios competían a ver quien organizaba el mejor baile (pondera, naturalmente, a los del Barrio Vasconia), el mejor torneo de papi y/o babi futbol, el mejor carnaval (se evocan los del Barrio Arizu). Nos preguntamos si en los festejos que se preparan estará contemplado que haya música cuyana. ¿O se habrá lavado tanto la identidad que

³⁰ Anselmo Bustos o Anselmo de Mendoza. Para el tiempo de preparación de este libro, más precisamente el 20 de Septiembre de 2013, moría este cantor, autor y compositor de una de las obras de música cuyana más importantes de los últimos años, totalmente inédita en el formato CD, por lo que hay que apelar al caset para apreciarla.

le seguirán dando pasto a esa fiera fiebre del “folklore festivalero”?

Alguno se queja ahí de la estética de Jesús María y de Cosquín.

–“Kiosquín” –corrige el Tito.

Cuento también que el Pablito me habló de la Comisión de la Tonada, que resiste y se reorganiza y que tiene en el pueblo la *Noche de la Serenata*.

–Sería lindo –dice don Marcos.

El Tito arruga el morro, como desconfiando.

Mientras, risueño, el Dardo nos refiere a su viejo, que se sienta frente al televisor y putea prolijamente a tantos “neofolkloristas”, promotores de un insólito amaneramiento del canto popular.

Él mismo desvía el tema y plantea que el centenario es una gran ocasión para conseguir –desde no importa qué instancia de poder– alguna obra importante para el pueblo: las cloacas o un polideportivo realmente municipal y público (empezaron a armar uno, pero en el playón de la Iglesia; y ahora resulta que al cura le joden los ruidos y el tinglado se usa mucho menos de lo que se podría y debería). Genera la aprobación unánime, pero ninguno se hace muchas ilusiones. El más ilusionado, como suele pasar, es el que porta la idea.

El Sapito ya está un poco más entonado que el resto y, evocando a su padre, don Perfecto Fernández, se queja del presente pueblerino. A todos se nos vienen otros viejos que desde su lugar sumaron siempre a la causa común del pueblo: don Ceferino Giménez, José Jofré; mi vieja, la Ñata; el Rulo Dal Dosso y la puta madre (es como le

gustaría ser evocado: con una puteada); el Quito Ruiz, poeta oficial que se extraña en la mesa; el entrañable Coquito Ales, que entró emocionado al negocio de mi vieja el día que se enteró de que podía jubilarse sin tener todos los aportes y, al borde del llanto, le mostraba (a mi vieja, que ya lloraba también) sus callosos dedos de trabajar la tierra desde siempre, en esas manos “*Carpani*”, cinco números más grandes que el resto de su humanidad; y tantos otros, en fin...

“Pasó un ángel”, suelen decir los chicos cuando se hace un silencio grupal. Este grupo hace silencio cada vez que pasa alguna hermosa villatuelina. Por suerte, en el pueblo –en cualquier época– las mujeres lindas se dan como las plantas y los futbolistas como los yuyos.

–Sirven para alegrar el ojo y el corazón –me guiña el ojito don Marcos.

El Tito se larga a contar sobre la escuelita de fútbol que va a empezar con “Los Yuyitos”, del Barrio Arizu. Pero no puede desarrollar el tema porque el Sapito ya prácticamente monologa e insiste con los esplendores del pasado.

Le digo si se da cuenta que su queja lo deja mal parado (a él y a todos los que fuimos y seguimos siendo “hijos de”) ante el hacer, evidentemente más comprometido y también más solidario, de aquellos padres nuestros.

Dice que sí, pero me espeta un raro argumento auto justificativo:

–Mirá: si hacés porque hacés y si no hacés porque no hacés, en este pueblo culiao...

–¡*Culiador, dijo Aveiro!* –lo corrige el Tito y, en la carcajada generalizada, apuramos el último trago y empezamos a rumboar para lo del Pablito, que ya debe haber empezado a hacer el fuego...

Prendido del sol (tonada)

Anda mi pueblo prendido del sol
Como racimo de un vino mejor
Pleno de tiempo para madurar
Porque la historia sabrá melescar
Nació de puras ganas de nacer
De la simiente caudal del Atuel
Entre rumores de acequia y canal
Con sangre india y la que cruzó el mar

No es por cantar que te canto
Al tiempo de celebrar
Saqué de vos la porfía
De no dejar de intentar
La vida es un mientras tanto
Cuando hay canto por largar

Su gente sabe lo que es aguantar
Si hasta el olvido se puede habitar

Como vibrando en otra realidad
Parece cuento pero es de verdad
Algo de todos se queda con él
Por eso siempre se quiere volver
Algo de él crece en los que se van
Como un profundo y mañoso animal

No es por cantar que te canto...

Desde la patria un sentido laurel
Baje en cogollo para Villa Atuel
Su justa gloria debe merecer
Quien desde abajo se apresta a crecer
Que las tonadas se vuelvan a oír
La juventud no se tenga que ir
Que cuando el fruto sabe en su raíz
Crece en el pueblo la savia de aquí

No es por cantar que te canto
Al tiempo de celebrar
Saqué de vos la porfía
De no dejar de intentar
La vida es un mientras tanto
Mejor brindarse y brindar.

Índice

Introducción	9
Prolegómeno	11
Fernández S. A.	47
Estética del laburante	50
Mara	61
Joaquín	68
Símbolos y simbolizados	70
Don Distéfano	79
La sombra del ornitorrinco	81
Nuestra dimensión admirativa	90
Aforrismos	100
Malarreados y desertores	113
El anglófilo y Malvinas	120
Hemingway, Riquelme y los problemas de sintaxis	127
Don Agüero y los mosquitos	132
Expresión popular y dependencia simbólica	134
Empanadas salteñas	148
Autogestionados, independientes y librados a su suerte ...	153
Pancoto	162
El pueblo desde el bar de Ramos	164
Prendido del sol	170

El lector de "La melga y la estrella - Apuntes sobre la dependencia simbólica" sacará provecho de las ideas de Hugo Fernández Panconi, que aquí comienzan un camino de difusión que seguramente será tan prolífico como su obra musical, exponente de un talento tan envidiable como su sensibilidad penetrante. La tarea estará cumplida si se hace carne la sentencia panconiana:

"No se puede combatir al imperialismo consumiendo sus símbolos".

Músico, guitarrista, autor y compositor; docente y técnico en comunicación social, Hugo Fernández Panconi nació en 1963 en Villa Atuel, provincia de Mendoza, Argentina. Reside en la ciudad de Buenos Aires desde 2001.

Maestro de música en escuelas primarias, diseñó talleres para docentes de nivel inicial e intermedio y formó grupos de música popular y murgas en su Mendoza natal.

Editó en forma independiente cuatro discos compactos con canciones originales: "El Lugar De Uno" (Mendoza, 1998); "Cielo de los desventurados" (Buenos Aires, 2002), nominado para el Premio Gardel; "Amores nómades" (Buenos Aires, 2006); y "Es con Guitarra" (Buenos Aires, 2012).

Como técnico en Comunicación Institucional ha dictado cursos para personal del Estado, y participa del diseño y planificación para nuevas estrategias comunicacionales en diversas Organizaciones Sociales.

Es miembro fundador de Talastilla, agrupación de trabajo cultural con la cual impulsó y realizó el "Festival de la Canción Social" en el Espacio Cultural Nuestros Hijos (ECUNHI, ex-ESMA), en 2009.

Coordina espacios de expresión en organizaciones sociales y agrupaciones políticas. Define a su militancia como "un esfuerzo por influir en y aportar a la consolidación de una cultura nacional y popular".

Integra actualmente la Organización Peronismo Militante y es columnista habitual de la revista "Capiangos", órgano de dicha organización política.

Publica un blog llamado "Panconadas".

